



BIBLIOTECA NACIONAL



0203019

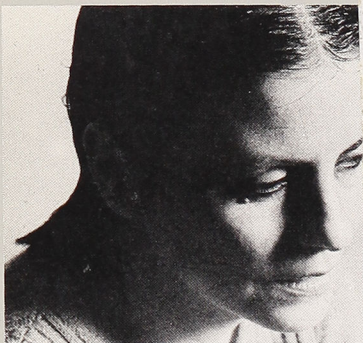
941347-58)

POR LA PATRIA

DIAMELA ELTIT



Las Ediciones del Ornitorrinco

**BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE**

Sección *bnch*
Clasificación *QA(347.58)*
Cutter
Año Ed. *1986* Copia *1*
Registro Seaco *64379*
Registro Notis. *AAB6330*

Diamela Eltit, chilena, profesora de castellano y licenciada en literatura por la Universidad de Chile.

Ha publicado la novela "Lumpérica" (1983) que está siendo traducida al idioma inglés.

En 1985 obtuvo la beca Guggenheim en mención Literatura.

Por la Patria es su segunda novela.

POR LA PATRIA

9A/347-581

591

B6330
C1

Colección Nueva Narrativa

FOR LA PATRIA

Revista Semanal
Nº 100
Registro No. 11111

56

Colectión Nueva

07842
E5
1973
633

POR LA PATRIA

Diamela Eltit

506

AB6330

ca



Las Ediciones de Ornitorrinco

04379

© Diamela Eltit, 1986
Inscripción N° 65346

Las Ediciones del Ornitorrinco

Derechos Reservados para todos los idiomas.

Prohibida su reproducción total o parcial
sin permiso de los editores.

Concepto de portada: Lotty Rosenfeld

Diseño y Producción: EQUUS Arte y Diseño.

bnch

Ch863

E51 p

1986

c.1

AAB6330



En un perdido rincón del planeta los ornitorrincos se extinguen.
Con seguridad, no hay en toda la Tierra seres que luchen con más
empeño por sobrevivir en ella.

Agradecimientos:

A Leonora y Humberto Díaz-Casanueva.

*A la Fundación Guggenheim, que me otorgara
una beca para escribir.*

**I. LA LUZ, LA LUZ, LA LUZ,
LA LUZ DEL DIA**

1. SE RIEN

ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma
ma ma ma ma ma am am am am am am am am am am am am am am
ame ame ame ame dame dame dame dame dame dame dame dame
madame madame dona madona mama mama mama mama mama
mamá mamá mamá mamacho el pater y en el bar se la toman y arman
trifulca.

La mamastra la besa en la boca y su papá la besa en la boca: hostigan.

Cuán desafora la rubicunda con su teñido pelo rubio y gringo mientras
cimbrea su ambivalente figura. Caderas amplias de buena madre y
mancha ese centímetro de raíz negra de mamá mala, su pelo grueso
y tosco, no como arriba que es rubiecito: ondas y crespos de su
infinita bondad.

Se ríen.

Se ríen de su pelo que asoma entre los pelos que tiene abajo su machi,
por no salir rucia le toca el tinto y apuntan sus mechas y el palo
papacito la empuja adentro y atrás.

De juerga están y de farra.

Ríe la madre con su boca, pero después se pone triste como un
lagarto, lagartija, le dicen, india putita teñida va a ser.

¿Pa dónde sale con ese cuero y con esas quiscas en la cabeza?

¿Ni un rulito? ¿Ni un brillo pa que dorado la quieran?

Cuando se revolvieron yo no estaba. Miento. Estaba al acecho: ¿Me querís? ¿me querís? dijo, y él le contestaba con ronquera: sí, sí, pero daba vuelta la vista, la ponía muy lejos como si estuviera ensoñando.

Miento otra vez. El dijo: no querís ¿por qué no querís? a ella que estaba dándole la espalda, mientras la mano subía a la cadera muy suave, muy lento, hasta hacerla torcerse a medida que le hormigueaba el cuerpo, con la piel engranujada de gusto al desdecirse: sí, sigue, sigue. Salvo el momento del susto en que se puso rígida y con mala cara. Fue probable que se enrabara, porque siempre le pasaba eso, aunque entonces no sabía, no sospechaba siquiera ese modal que tenía.

Yo casi estaba presente, por lo menos a medias, sin buscarlo con curiosidad, cuando empecé a oír bien lejos los asentimientos que resonaban como los ecos. Los sonidos se alargaban unos sobre otros. Así también estaban, en igual posición que casi no se puede nombrar sin ofender. Corrijo. Era al revés, lo mismo pero de la otra manera. Cada vez más fuertes los ruidos, perdidos en la cosa, interrumpidos, cortados por el corte que ella realizó con violencia.

No, no fue así.

El produjo el corte. El fue quien se retiró con brusquedad al no encontrar obstáculo y ella recayó en hablar: sí sigue, a él que le tenía dada vuelta la espalda, cuando la pequeña mano empezó a dar unos avances, como si viniera la caricia desde la cuna hasta voltearlo y el eco se trenzó con más vigor aún, como una pelea a cuchillo por el sonido del acero. De esa manera me parece poder asegurar que fue frente a frente a ellos que estaban de costado, mezclados. Y es esto, quizás, lo único verídico y aun cuando fue en el momento del advenimiento, hubo una afirmación, sí, sí, lo creo y aunque nadie estuviera para repetirlo, ni yo por incipiente y precoz, sé que la postura y el ruido me formaron la costilla, el hueso, el costado, el costoso ir y venir.

Iba y venía el remezón, pero con un ritmo muy ordenado.

No, no era así. No puedo describirlo, no me acuerdo con exactitud de cada una de las cosas, ni de las posturas, ni de los requiebros. Sí, sí, es mentira: estaba ahí entre los ruidos que subían, bajaban, se apagaban sí, sí.

¿Qué hice? ¿qué dije? ¿por qué la mama no puja?

La chapucera de los menjunjes de toda especie: matico en las patas, yerbabuena en los senos, ventosa en la espalda, mostaza en la guata. A fin de cuentas el vino se arregla con agua: no veo el viaje y no puja la ingrata.

Fue el malo, el mal, la tiña, la sed, el freno que estoy reseca y si se abre me hieló entera: “abre las piernas pa que me quepa el hueso y nuestros pelos se enreden en la maraña arisca y tenaz”.

Si puja avanza, se alarga el hueso que la golpea al monte duro de tierra afuera desdicha ¿o es dicha? changa la nena, hinchada la lerda, asqueada la chanca.

Ay del hueso, la médula, la cúpula, la cópula que selecciona su mala sangre. Ay del hueso, del monte, del río, bajo los pelos es piedra lo que detiene su entrada.

Dame del tinto y del arreglado. Pásame el vino caliente. Madame dame que se me hielan las crenchas negras, dame la ronda que ni las deudas las pagan.

Dame porque soy Coa, quiero decir ma ma antes que se me ponga la boca roja, mama del tinto y la borrachera se vuela. Con estos pelos que me le crecen hasta los hombros me embarro: mamo y la boca se me abre en balde. No hay trago y la matona me pega, me empuja el vientre que se le hincha. Si es que le explota ahí mismito me voy de corte, me voy al fondo de la barriga pa que la vaca no le dé palos a su misma hinchazón. Ma ma ma me viro patas pa abajo y pido

fuerzas pa la salida —dame más— murmuro a trompa abierta que aún no aprende a chupar. Se me hace agua la boca y siento la mano de la santona que me conturba, pero yo misma me repliego y me muevo hasta donde la mano no me abra.

Si me da rabia pateo, si me da pena pateo. Con hambre, con sed a oscuras me quedo quieta.

Lo que me gusta es la fiesta. Si mi mamá está tranquila, sé que peligro de muerte me acecha. Mi ma ma sin vino tiembla y llama a su mamacita con ansias. La mamacita de ella también retumba y de madre de madres se arma la acústica. ¿Quién le da el vino a madame?

Mi mamá, mi padre
mi trío que soy machi.

Mi mamá le pasa su garra a su madrecita y se tienden sobre la guata, mugen y gritan todas a costa mía, hasta que de tanto pedir se les da vuelta la amanecida: no duerman, porque si cerramos los ojos me matan.

Me buscan con un palito para ensartarme. Me indaga con el palillo, me azuza con la varilla, con cuanto existe me tienta en la muerte.

Yo estoy en cruz en el revés de mi mami. Yo honro su cuerpo, la expando con creces, la hambreo con ganas. Nado y nada pasa por mí.

Para, pare padre que me lo hicieron con tantas ganas que esta carrera ya está fijada: ni matico, ni muerte alguna dilatarán este encuentro.

No veo a mi mamá.

No veo a mi papá.

Los veo cada vez más seguido en las confusiones que tengo y las ganas que se eleven y leviten a mi alrededor. Por eso cuando camino, miro hacia los lados y para arriba, por si acaso andan cuidando que nada me vaya a pasar. Nada más. Nunca.

No están.

Salvo en unos indicios que me salen. Por ejemplo, en una mesa veo a dos figuras que se les asemejan, que hablan y ríen con complicidad: son ellos, pienso, tan unidos que están, y cuando se me va a abrir la boca para nombrarlos me fijo en el pelo de él que es rubio y por eso mismo no es, y el de ella oscuro que tampoco.

De ahí me cambio a otro y a otro, hasta casi desarticularme por el gesto de los brazos abiertos en cruz. Después me empiezan los dolores. Sí, lo creo, que así se gestan los dolores, por las ganas de abrazar que se interrumpen antes del doblez. Pero no da como para hacérselas sola y en eso, bruscamente, me paraliza la presencia de ellos, el ruido sí, la bulla de las conversaciones.

Estoy de espalda, tranquila, sin pena y oigo un timbre de voz: mi padre, digo, que ha llegado a sorprenderme. Me levanto con mucho cuidado a buscar un espejo y estar más presentable ante él, para que no se decepcione ni sufra, pero a mi vuelta ya ha desaparecido, ha sido cambiado por otro mucho más tosco y enronquecido. Lo mismo, igual cosa pasa con ella.

Me arriesgo. No me recompongo cuando los oigo. Me doy vuelta lento y pongo los ojos en la mesa que está detrás y de nuevo están cambiados: él como si fuera ella y ella convertida en él, es decir, no son.

Me parece que tengo que pensar desde atrás, para ver si es verdad el cuento y me fuerzo la mente en los recuerdos que me pueda traer y

algunas, llego al plural momento que compartimos los tres. No éramos tres. Si empiezo a enumerar no acabaría nunca y de nada me sirve.

El múltiple número se extiende y me pongo a disminuirlo, lo que tampoco es seguro o certero. Por eso caigo y detengo el flujo de las posibilidades, de las voces, los perfiles, las amenazantes mesas en las que se instalan.

Con todo esto, no alcanzo a entender si ellos me persiguen a mí o soy yo la que no les doy paz, porque finalmente no fue sino, apenas, una junta circunstancial en la que nos encontramos sumidos, que con el tiempo y las costumbres que se estilan, se transforman en permanentes visiones, pero, sin embargo, los toco.

Primero me caliento bien las manos para no causarles estupor y luego, con las yemas de los dedos tibias, repaso el contorno de las sillas, las cubiertas de las mesas y con las manos abiertas voy palpan-do las paredes.

Si mi cuerpo descansa en una silla, ahí, las piernas de mi padre me remecen, pero mi madre, desde el otro lugar nos mira reprobando la confianza y entiendo que es muy mal pensada, muy corrupta y él también lo sabe y deja de mecarme como para que me retire.

Me demoro, hago como que no percibo, burlando los ojos de mi ma mam mamá, pero las piernas de él se deslizan y yo me resbalo y estoy obligada a levantarme, a salir.

Con ella lo hago sólo por cumplir. Me subo en ella, pero desconforme, porque termino siempre adormecida en su falda, un poco atontada y apenas puedo abrir los ojos. Temo que, tomándome desprevenida quizás qué cometa conmigo, porque como madre es capaz de todo, siempre, por el cariño ilimitado que les demuestro.

No es verdad. Mis dedos se han vuelto ásperos por no poder distinguir una textura clara, pero me balanceo en las sillas, pulo las cubiertas de formalita. Limpio las paredes.

Estoy segura que son ellos los que andan detrás mío, me obligan a moverme incesante de un lugar a otro similar. Pero el deseo es no verlos, no toparlos, no abrir los brazos ni que me toquen. Esquivar las miradas. Todavía no. Sí. Habría que entrar en explicaciones,

sentarme en triángulo y separándolos, hablar por muchas horas a lengua traposa.

En soledad total. Sentada en un lugar solitario, se abre la puerta y alcanzo a ver sus sombras que se proyectan en la pared; son ellos.

Sin ninguna duda que han venido tomados del brazo a vigilarme o a llevarme de vuelta. Pero cuando concentro muy profundamente la vista, desviada a las carnales figuras, veo siempre a dos vacilantes borrachos que se apoyan el uno en el otro: son, pienso, son ustedes, un par de veces he hablado y bajo la mirada con vergüenza por haberme turbado en sus facciones que son distintas, absurdamente contrarias a las mías.

De a poco he empezado a tratar de grabarme cada uno de mis rasgos en profundidad y a descomponerme en todas las caras posibles que pudieran haberme diseñado y en este esfuerzo sé con certeza total cuál cara les pertenece a cada uno, cómo con el paso del tiempo pudieran alterarse y hacérseme extrañas al pasarme cerca. Eso es verdad. Muy próximos deben andar para percibirlos con tal nitidez.

O es el olor que me dejan al estar un momento antes que yo llegue y yo voy siguiéndolos con mi olfato desarrollado como los animales o los ciegos. Basta que entre y sé cuál es la mesa que me corresponde: olfateo y ocupo la silla de mi madre y le hablo a él las cosas que ella le ha dicho. O 'a la inversa, elijo a mi padre, el sitio que tenía y gesticulo a su modo, miro, pienso, largo de la misma manera.

No me atrevo a tomar la tercera silla, ni puedo, sé lo que me dirían. Una vez me pasó y no me salió la voz, es decir, me salió, pero la de ellos: parte de una frase de mi madre y la otra mitad de mi padre.

El olor, el olor es muy distinto en uno y otro, pero si yo misma me huelo, el terror mío es que, además, hay otros en mi piel que no sé, no comprendo de dónde surgen, aunque podría definir a cuál posibilidad se hermana, a qué momento.

Para no seguir, bajo la cabeza, tiendo mi olfato y voy hasta el próximo dintel que ya han traspasado y mi hombro fue paterno, totalmente masculino cuando sorteé la entrada con mi pie femenino, la planta de mi madre que me guiaba hasta donde ya el abandono.

Lo mismo, igual que los vasos en donde ella ha puesto su boca en la

mía y, ocasionalmente, hemos bebido juntas traspasadas de saliva y amor y ahí sí que he sabido lo mucho, lo desesperadamente que me quieren.

Jugando descuidadamente con la tierra, sentada en el suelo escarbando, he sentido como una ráfaga que me aprisiona la mano.

Aún con el brazo sepulto, intento dilucidar quién de los dos es. Pero yo sé cuál es su origen y miro hacia la ventana de mi casa y veo sin asombro, sin ira, cómo la cortina se mueve y diviso el ojo que me observa. Al cruzarnos cae rápidamente el pliegue y todo vuelve a estar en regla.

No me atrevo a culpar a ninguno, me parece cruel en extremo, especialmente si miro el escaso cuadrado de tierra, tan mínimo que sería imposible contenerme, porque mi mano ya está tocando el cemento que me frena.

Pero es verdad que alguien, alguno de ellos ha removido la tierra, se han dado el esfuerzo para mí, porque la tierra es mía, como el frontis de la miserable ventana en que asomo.

Jugando de nuevo, juego a zafarme, mientras me miran levantar polvo como una tromba, porque a ellos nunca les ha gustado la mugre y verme enterrada, como sucia que soy, los arrastre hasta el desquicio y por única vez en toda la vida me nombren, me vean, me toquen en el golpe.

En fin, me paso la vida, me he pasado el tiempo sorteando los obstáculos tan simples y desbocados como el agua, el líquido en que me meten la cabeza para limpiarme. Eso me espera: el vértigo con la cabeza sumergida para sacarme la tierra, por un rato peligrosamente largo, arrastrada, llevada de los pelos sin misericordia alguna, por la pena que tenía, por el miedo y la emoción que me embargaban.

Noche afuera, bar afuera, acordonado todo el barrio con sigilo sobre

los cuerpos y así mi ojo, una parte de él percibió, los vio reptando por la oscuridad del erial, un poco antes que la mano tensada de Juan me retirara, un instante antes que empezara la primera pesca y la violenta espera sobre los bultos.

No atiné a nada sino a nombrarlos. No, a gritarlos, sabiendo que se agravaba el peligro sobre mí, pero es lo usual, es completamente normal en esos casos, sí, lo creo, llamar a la mamá, nombrar a su papá.

Está oscuro afuera y yo bailando: mientras más me muevo, mejor me río y fuerte. Me tironean las piezas y quiero complacerlos a todos, porque yo bailo de todo, aprendí cuando se me iban solos los pies ante la máquina.

Estamos celebrando y tomando mucho para ponernos contentos y oigo que me nombran para arriba y para abajo: soy el centro de la fiesta y del manoseo.

Mi mami se aparece y se va, pero se me figura que está afuera tratando de escuchar lo que decimos. Yo no sé de dónde sacó esa costumbre cuando la madrecita de ella era mucho más consentidora, no como mi mami que siempre anda pensando, buscando cosas.

Yo le ordené a ella que no bailara y también le avisé a los demás que se acababa la fiesta si alguno la sacaba al ruedo. No es por nada, pero después me comparan con ella suponiendo cosas desagradables; mi mami cuando baila empieza a hablar y a ofrecerse por un trago. No, quiero decir, ofrece trago y la amistad.

No es que baile tampoco, es muy tiesa para moverse. Sigue las canciones con los labios y de a poco termina cantando a gritos.

Yo no la he oído, pero alguien me lo contó una vez riéndose. Mirándola no lo puedo creer, porque cada vez que se abre la puerta veo sus ojos clavados en el vaso y en mi vientre pegado, frotado con el que me abraza. Sí, ella, toma en serio un poco de diversión con que salgo favorecida.

Continúo con el ritmo, aunque ya tengo el estómago asqueado por el vino y los banales movimientos, pero es que trato de evadir la oscuridad del afuera que me perturba. Paro y me despego: mi madre está a mi espalda.

Sus dedos recorren mi columna.

Sus dedos recorren mi columna y creo que me pide un baile. Sí, es completamente seguro que quiere moverse conmigo ahora que las copas la animan. No me atrevo delante de la gente, pero ella me ha

escogido y acepto su mano en mi cintura y sus pechos oprimiendo los míos. Casi no puedo apoyarme en su hombro, es que me da, siento vergüenza cuando su pierna se mete entreabriendo las mías: no hagai eso, le digo, pero es inútil, no hay cosa que la detenga.

Además es zurda y por eso la sigo con mucha dificultad, con los pies que se me enredan, hecha yo, convertida en una bolsa en sus brazos.

Se ríen de nosotras en el bar:

Sí, salen de los reservados para la burla y por eso nos aplauden acompañándose de gestos extraños: empiezan a ofrecer plata. A mi madre-cita le suben el punto, la apuntan con los dedos, le puntean con ofertas sus partes y ella, con inmensa alegría, con sublime prestancia, echa la cabeza para atrás de gusto.

Les dice, les grita que no se mueve sin su hija, que por las dos es el precio. Yo esquivo la vista y concedo, cedo mi costo para no arruinar el tacho de la fiesta y que persista la ceremonia.

No conocen a mi madre que es la opaca de la turba.

Termina la canción y siguen desfachatando el local, sin darme parte en el asunto, como si yo no.

Crece el consumo, el vino corre por las mesas, las palabras, los gemidos de ella que llora: ¿qué tenís? ¿qué llorai tanto? si te han dado esta noche como ninguna, estai más que la Coya de requerida, sí querida ¿qué?

Mi mami en vez de, me sube la falda, me zarandea las piernas y se reclina para darme un beso en la rodilla. Yo desde arriba veo su pelo rucio, teñido rucio y gringo.

- No hai sacado ni una oferta Coya, hasta ahora yo no más y nadie.
- Sí mami, le digo, pero ya va a ser.

Y levanto su cabeza hasta la mía, la seco, le limpio la cara manchada, le aliso el pelo y le doy una sonrisa al brillo oscuro de sus ojos.

- ¿Me querís Coya?
- No madre, nunca a usted.
- Coya, yo la mando, así es que diga.

Está la noche afuera del bar, pero por mientras las luces nos iluminan, los fluorescentes nos protegen, largando una imagen ardiente a nosotros que nos apoyamos en la baranda, quiero decir, en el borde de la mesa que se bambolea ante las caricias de la hija a su mamá y el fondo sucio del piso que me amenaza al vértigo.

- ¿Nos vio alguien Coya?
- Sí, las personas salieron de los reservados.
- ¿Qué mujeres hay que no las distingo?
- Mis amigas, estaban todas mis amigas.
- ¿Dirán mal de mí?
- Creo que va a ser pestilente.

Ya no dice mi mami y no le cuento que un hombre la demandó y que la oferta por sus piernas fue el precio más elevado que nunca haya escuchado por el cuero de una mujer. Tampoco le observo la cancelación del consumo, cuando mi zurda acompañante se doblaba, se atracaba a mí con todas sus fuerzas y las ganas de bailar la hacían parecer una esclava bajo la luz que la resplandecía.

Estuvimos, nos quedamos calladas. Al mucho rato la miré:

- ¿Tenís sueño? le dije.
- Todavía no. No. Nunca, nunca más la toco a usted.

Oí con asombro esa frase suya, porque después era Juan quien me dijo que mi padre me mandaba estar en la casa y que él se iba a quedar a festejar a mi mami.

- ¿Y si me demoro?
- Anda, yo te la cuido.

Al salir a lo oscuro me volteé y por la rendija de la puerta vi a Juan que miraba a mi mamá de frente.

No. Lo último que vi fue a mi madre, el perfil suyo recto y alucinado. Lo último que vi esa noche fueron mis propios pies que cruzaron la línea de la calle.

Mi madre recorrió con los dedos mi columna.

— ¿En qué estás Coya?

— Nada malo, un poco de baile apenas.

Me hunde los dedos en la espalda hasta toparse con mis huesos y desde allí me aprieta y entiendo sí, que quiere ejercer conmigo su movimiento danzarín para que hagamos un número.

Voy, camino hasta la máquina, busco la canción que me va a apropiarse y meto la moneda: me dirijo a ella que me abre los brazos y el abrazo me cubre ósea, disparejamente frontal el choque con su frente y en la cúpula su pelo rizado y el mío lacio se agarrotan, se entrecruzan en las orejas las palabras y las paredes se me vienen encima.

En las vueltas se me da vueltas. Yo paso mis manos alrededor de su cintura y así estamos hasta que el grito retumba:

— Coa, Coya.

Sale la voz desde un reservado. No era un grito sino un gemido.

Sí, alguno del reservado yacía clamándome en su final.

Después Juan me dijo lo de mi padre y salí a la calle corriendo y no vi a nadie por el apuro de llegar luego a mi casa. Pero cuando escuché al hombre enronquecido en el llamado, pensé con rabia, tuve la imagen abierta de la mujer mojada, manchando semen mi propia figura húmeda de baile, que volvía de desprestigio mi yacer ausente del reservado, o tal vez ninguna mujer, sino el que se jugueteaba a mi costa, tras la cortina rasgada el súbdito.

Cortesánamente reverencié a mi mami antes de la salida y la dejé enclavada a Juan por el clamado de mi padre, sí, con el mejor de los estilos mi madre le suplicó al hombre que la escoltara.

Fue, sin embargo, un episodio oscuro, confuso para mí y los nuestros. Todas mis amigas me animaron con las palmas y a cada una rocó la copa. Todas mis queridas secuaces amigas, militantes del vino,

cruzaron conmigo la más profunda de las miradas de envidia a la trinidad de Dios, yo misma, mi madre y todas en mí, duplicadas hermanas. Esa noche de la tragedia, alguien acabó en mi nombre y desde entonces respondo dual y bilingüe si me nombran Coa y Coya también.

La madre se tiró.

Tirada al padre con sufrimiento y cansancio, toda vez que la acosan los parroquianos y rondan el trinche la borrachera, meneadas de arriba a abajo las tripas.

La madre urde junto a Juan su compensa y piensa en el gasto de Coya que deberá hacer por desventura. Sí, sí, ella imagina a Coya cortando por el erial las pocas yerbas que quedan. Marchita la madre se ve el rastrojo rastreando. No ve ni escucha cuando vomita, mas se maldice por su aspecto volcanado que se le cae sobre la cara y el vuelco tras el orín.

— Estoy vomitando, dice.

Y Juan la mira y siente que es un truco para engarzar el momento.

Dice la madre:

— Me reviento si no me llevas. Manchado el boliche, me cubrirá el vómito del bochorno.

— No, le contesta, eres de mala clase y aunque tiñas la mesa te quedarás al lado mío.

Ahí viene un violento diálogo entre ellos, aunque la madre se aferra a la mesa. Suda. Impreca otra vez:

— Juan si tú me llevas te pago bien ¿que no estás viendo que no me afirmo? Juan, va en serio, estoy de garúa y enferma.

Juan parece que se ablanda. Pero no. El mareo la hace decir con llanto:

— Tú nos pagaste el vino, tú mismo nos das mala estampa. Nunca nosotras de farra o palabra cruzada contigo. Por desleal mi extravío se acomodó en náusea.

Estos pensamientos pudieron acogerla al cruzar el espacio del bar:

“Me voy a caer al piso y me van a enjuiciar el retumbo,

es cierto, parece el mismo infierno cada paso que doy. Estoy al parir el vino”.

El hombre que está al fondo la mira fijo y se da cuenta la madre que usa uniforme. No alcanza a distinguir el color del paño.

El hombre se mira con Juan.

Se guñan.

Pasaron la madre al vino y ahora quizás la bala y el puño la aguardan.

— Juan, grita la madre, hijo de puta, estai vendido a los perros.

Mis amigas salieron detrás mío y me impidieron el paso.

— ¿Adónde vas tan apurada? me dijo Berta.

— A mi casa, me voy para mi casa.

En realidad quería que se fueran en seguida, que volvieran una vez por todas al reservado del bar.

— Te queremos acompañar, dijo Flora.

— No, no voy a andar con ustedes, váyanse.

Pero se quedaron paradas al lado mío.

Berta, entonces, me dijo una cosa rara:

— Me contaron que tu papá te besó en la boca.

— ¿En la bo, en la boa dices?

— En la boca te digo y Juan dice que tu mamá también.

— Es mentira, ellos son muy delicados. De la boca de mi mamá salieron insultos cuando las encontró a ustedes acercándose a mi padre.

Era verdad, mi padre las permitía adentro y yo sabía por qué: estaban traspasadas por la templanza.

Un día, él me mandó afuera:

— No quiero irme, le dije.

— Váyase no más, yo le atiendo a sus amigas.

Y ya sabía yo por qué tenía que salir, perderme, desocupar de mí, mi propio cuarto.

Sentí los pasos tras el erial.

Supe que debía deshacerme de ellas a cualquier costo para llegar antes que mi padre, ordenar la pieza y escuchar la noticia que traía.

— Flora, le dije, tienes el pelo de todos colores ¿quién te hizo ese

trabajo tan malo en la cabeza?

— Fue la Berta, pero en unos días más me lo arreglan.

Entonces, a lo lejos, vimos un foco. Berta tomó a Flora y me dijo:

— ¿Por qué no nos amparas en tu casa?

— No, yo creo que vienen aquí mismo, sería peor.

Antes de salir corriendo, Berta me dijo con veneno:

— Me contaron que te lo hacían con saliva, con la lengua y que el mordisco mamabas.

— Sí, sí, le dije, es cierto. Mi papá y mi mamá que se deja caer l'invierño. Lo invierto todo, Berta, y ahora lo único que siento es un finísimo agujetazo de amor y piedad.

Corrí Coa y Coya por la calle, en la oscuridad, porque los faroles estaban rotos y con algunas de mis pisadas estallaban los vidrios bajo mis pies.

Me despensé, me torcí como boa el hambre que trasladaba de un lado para otro. Sí, la mareadura pasó y pasó al sellado la madre y gentuza otra. Mordí, chupé yerbas que llevaba en trecho, hasta la ingratitud del cuerpo. Vera india las voces que auditivas rondaban en la cuerda el halo. Algo pardo se avecinaba como barro. No era india, no. Nunca nada de brujería a mí, sino que parecía yo misma coincidente al tributo.

Acorté y medí el tranco hasta mi próxima casa, cuando presentí el robo, los disparos, los quejidos lejanos del escándalo. Visualicé como entre un marco la salida de los camiones, sí, seis camiones en fila para la red, la redada que nos iba a tocar a nosotros: a mis amigas la caza, a los lejanos el soplo.

Eso era lo aindiado que me ponía el vestigio bloqueándome: tuve un segundo plano.

Tuve un segundo plano, la imagen de mi mam mamá tapándose la entrepierna con las dos manos para tenerme adentro: es mía, es sólo para mí la paria, decía, la parida no me gusta, no quiero partir sola de nuevo. Sí, sí, eso era todo en la farándula de la fiesta reina.

En la sucesión de hitos pesqué el hilo de sangre que iba a correr, porque el general donaba a la tropa el brindis y haces de luz iban a iluminar el barrio: vi también detrás el campo abierto el eriazó y a alguien que corría por allí herido, cruzando la mala hierba para llegar a mi casa y por su inestabilidad sentí que también me caía. Me apoyé. En la pared puse la espalda y fui sombra.

Bajo la cornisa un trozo de carne inmóvil.

Coa, Coya crucé la calle y mirando tras la ventana iluminada, vi crecer como matico el duelo.

Transformada, cerré la puerta y el desorden se hizo pasado recuerdo cuando rompí todos los papeles, las fotos, las cartas, la montonera de cosas ardía en la fogata y más allá otra y otra en cada casa, en todo el barrio se sabía que mi padre cruzaba el atajo y que los camiones y séquito venían como materia ensordecida.

No es puta la india lama, llana, llama del baile. Se mueve como una loca la madre el vástago: es el amor mío que crece, se agranda sublevado, acosado, si en esta tierra hasta el don lo niegan.

Sí, mí, tanto que lo quise, de perfumes de yerbas lo tenía para que se luciera en el barrio, el barro mismo y disuelto en agua.

Andaba por él de rodillas, la farra nos. Don decía por mí, sí, mí, don le antepuse al nombre y en don quedó atracado a mío, a río olía después de toda cosa linda y despiadado. Yo misma no supe, no aprendí nada a atracarme, arrimarme bien ante la noche. Mí toda para él y él nada. Le di don y más que eso sello de plata, una cadena con el reloj me dio, que la hei gastado en los esclavos, no, en los eslabones se fue piso a piso mi pasión.

Esclava suya, corcel de sus piernas, sí, yo, jinete de su cabalgadura, él jinetera al hombro. No, pistola cruzada en el pecho, mi amante del pecho vendado la bala. Te hei jurado todo o casi todo el pecado de mí. No, yo nunca le, jamás le dije, le dije todo lo que pude sentir, lo que pudo decir la Coya la cortó conmigo. Lo cortaron también el labio. Mí lo sanó cuando llegó sangrante, sí, brillante, lindo, perfumado su sangre roja aindiada, porfiado para la gresca su boca roja como una niña mi amado.

Qué cosa quererlo tanto, todavía más cuando llegó temblando en la noche, vendado así a la que venga y la sangre en su pecho era el corazón dibujado en el frente. Que le tuve que sacar toda la mancha, yo la Coya dicen, le tuvo que borrar la marca del corazón al riflero, al arquero, al hampa, al apa lo trasladé pa que se me diera la oportunidad de decirle, lindo, amado por mí, tú, don, que tanto el pecho me penetraste.

Sequé.

Limpié el labio crecido, hinchado por mi mano que tenía el trapo. No, fue con algodones, suavcito, beso y beso y mi boca se puso roja, tocó, mordió la colorada, como dos niñas fuimos.

Mi pecho oscuro, sangrante en mí su corazón, mi pezón escarlata, él la sangre mía, la herida mía mamó. Aindiado como era, no pude, ni quise prevenirle el corte, el terrible tajo que le hicieron, no el boquete de la bala, los golpes. Me dai más, como que me dijo a mí la Coya y yo más de más, mucho esfuerzo, jadeo que dicen y el corazón, mi pequeño y riesgoso músculo latió en contra mío, al revés, siempre al revés de los cristianos conversos. Reventada la boca suya y mi amado no me decía palabra una, noticia l'amante mío, solo, sin disputa o rival que lo tomara y levantara la sangre suya seca, secada en la boca.

Mí lloró.

Estuve grito y otro cuando en la red, en la redada tuvo la hora y así de golpes, a golpes le quitaron el don. Lo hai sacado del lado mío lo dieron: rejas entre nosotros, ante su labio y el mío, por eso mismo lloró de pena y la Coya, yo, se acordaba cuando llegó a la mesa y sacó su camisa, su prenda mostrando el pecho y yo deslicé la tira, despejada en vuelta y vuelta la carne abierta y saqué ahí mismo la prenda mía y torso a torso nosotros dos.

Granate quedó la Coya y él ni miraba los ojos: ¿qué estai? le dije, ¿qué estai? y no me la daba, no me querís la vista. Y aún eso, por demás, empapé sangre en el algodón y después lo exprimí contra mi boca, no, contra mi labio pálido y sin saber cómo, de qué sacrilegio su labio granate se juntó a la Coya.

Besados, yo nada palabra supe qué decir, más que niñita al hombre mío, al padre mío que se bajó hasta mi pecho langúandome la sangre suya misma. Yo estupor estaba y nada podía, nada grande a él que lo emplazara.

Parada ante la mesa, sin la prenda de arriba, me traspasaba en rojo y me emborraba la visión la lágrima. Ay mío tú, le dije, ¿quién fue el malo del corte, del boquete, del puño? pero abajo no pude, no entendí sonido que fue.

Y mi mano en su pelo, mas después cuando la boca le viera, corrí hasta el paño, volví al algodón blanco para ser, para estar muy cerca suyo.

Más amado como yo ninguna. Reventada también de tormento y silencio de su versión. El me puso, me limpió el pecho con el dinero,

él también se pegó los pliegos sobre la piel y ante cada despegada se movía la carne porque lo tiré, esparcí con rabia la plata sobre la mesa y me fui, me volqué entera sobre la piel suya con mi puro pellejo, sin nada que no fueran mis rebeldes latidos en contra de él.

Latí de arriba a abajo. Me hundí sin tiempo, sin saber ni lo que hacía, estando descascarada de miedo ante la sangre. Yo Coya mané sangre, no, mamé sangre por primera vez, sin asco, la arcada de amor.

Sí, con la lengua mía limpiándolo, los dos plenos en la herida.

Yacía, me iba de asombro de taponearlo con mi pellejo y sentí como cardo el cuero que detenía la sangre.

L'amor se me iba mucho, l'cuerpo la niña, la mujer, la vieja de todas las eras que mismo tú me dabas. Ahí le dije: Don, que nada ni la herida de los malos pasos se lo quiten, sí, el don no se lo arrebaten a usted, el sueño humano de la vanagloria suya, su noche y mi pecho infundo la madremía, tampoco nunca como usted y yo Coya, Coa, Boa, boca suya, tuya siendo.

No dijo ay, cuando saqué la prenda mía, a tirones la blusa mía, tú, le dije, tú mío antes del tiempo en que te reprendan, te den en prenda, te prendan. Sí, Coya yo, de ti siendo, siento mucho, mucho me pasa con usted así. Mi boca se ponía en la de él y lo hinchado me enfiebre-cía y su pecho se pegó primero, al pezón mío primero hasta la punta en sangre.

Después, un ratito apenas sacó vino y el impulso me dio bebiendo juntos la copa. Me tapó, tápese, me dijo, y yo de timidez llena, lama de todo lo de antes vine rara.

Rara, mareada, mal impresionado quedó. Sí, se va a llevar una imagen fea, como si siempre estuviera con, sin la prenda mía, usted va a pensar pero ahora, con justa me va a golpear y no podía detener mi lengua. No paraba perdón por mí, bajaba la cabeza: tanto que a usted le gusta la plata, el dinero a ti que te transporta ¿qué no ve ahora? ¿no te dai cuenta del pecho tuyo aportillado? ¿qué te hai tanta falta? Después Coya lloraba y corría sobre las tablas buscando un tapón, algo duro para taparlo. Más vino le daba para el dolor, más tomaba yo misma para no tentarme y dejarlo irse en sangre y así acuoso y cerrados los ojos dejarme sacar todo, todito lo que tenía puesto y dejarme.

Irme, llevarlo en mí a mi amado que tanto amaba esa noche en la noche aindiada me puse y volví, restañé la sangre y lengua toda, lamí lama el pellejo. Los brazos míos apenas cruzaban, torcían la espalda. No dijo ay, cuando la boca sorbía, cuando la lengua lamía la raya.

La cuchilla, la bala, el puño encima, yo tener que ver eso, tener que tocarlo y se iba sí, al ver yo su cara supe la Coya que se me iba.

Tanto bandido que hay en el bar, ni haiga paz para mí ahora, que yo tan desesperada y tensa que te quiero, me muero de ti por pena del cuero, de la salud suya, yo la Coya entera la noche en vela, solos los dos y mío, aunque herido y reventado ceñudo también lo quise: pagar la cuenta suya puedo yo, esconderlo hasta el olvido a usted, llevarlo lejos hasta donde nadie milico sepa de suyo. Pero usted mira mujer, cualquier forma la sigue, desde niña igual he visto cargado tus ojos y ahora también en la belleza suya me pierdo y aunque herido, mal presentado ante mis ojos parece idéntico al paso de siempre. Fue usted el que Coya me dijo, y ahora que parece tan niñita mía, muñeca mía el juego. Jugando a las cartas trampeé plata seguro, por eso pasamos pobres, pero nada más que usted en la pieza mía, no la madre mía en la pieza, no sus partes. Nada de ella ahora. Nunca. ¿Cierito?

Le di esa noche yerba para los males, le emplasté el pecho con matico, agüita de boldo, palqui puse en las tablas para que se le pasara el ardor, todas las plantas que sabía en sus puntadas. Tan bien que se portaba que no decía frito cuando molí matico en el pecho, rezándole al santito yo me pasé la noche con el pecho a la vista para ver el torso de ti dañado.

Sí, sí, yo más no podía, nunca más he llorado tanto. Así también estaba la cara mojada cuando pedí a ti, una vez, un poquito la mano en mi pecho, por una vez y sin pecado, un tantito no más la boca en el pecho, una fugaz como si no fuera cierto, como si nunca papá mío fuera, como si no de ti hubiera dado los ojos afuera la luz.

Papá mío, le dije, don es usted que enfermo aparece, olvide a la Coya, olvide todas las cosas que la muerte quizás lo alcanza, y yo antes que le doy vida, como tú ahora amante mío, muñeca mía, niñita.

Llegó, vino herido por el hampa y los guardias lo buscan, sí, la noche es que lo trajo y yo tanto tiempo y pisadas escuchando, oyendo abrir mi puerta. Antes, mucho antes soñaba este juego: que tú entrabas y a la fuerza, dime, dame, dame, de las mechas me doblabas.

2. NO TE MUERAS

No me hagas así. Por lo menos, no me mueras.

— Madre, mamá, que...

Me asustaba.

— Aquí estoy, al lado de usted.

Muy asustado había.

— Mamá, todo este universo está lleno de sufridores, por eso tengo que crearme, ponerle casa y tapizada.

Me asustaba.

— Yo soy, en mamá, soy la Coya.

Pero en mamá está y me preguntó:

— ¿Cuántos años tengo?

— Mamá de treinta, cuarenta, con cincuenta creo. Eso es lo triste, que no haya aprendido a protegerse. Si, como cuarenta o cuarenta ya.

Le dije en abriendo ventana.

— Señora, díjele después hoy no trabajo porque me voy al extranjero. Yo no tengo nada que hacer en este país.

En ese momento de pánico, fui a buscar el arma de mi papá, pero sentí la voz de Juan como si estuviera la boca pegada a la puerta.

La voz.

— Dices que te paré en esta situación.

— Es mentira, está asustado, mamá aquí te puedes ver.

Pero en mamá que se asustaba.

Volví a ventarme en la sala y de mamá me habló.

— Mamá, mamá es una parvada vieja.

No me hagai eso. Por favor no me hagai eso. No te mueras.

— Madre, mamá, dijo.

Me acerqué:

— Aquí estoy, al lado de usted.

Muy nublado habló:

— Mami, todo este universo está lleno de salteadores, por eso tengo que cuidarla, ponerle casa y tapiarla.

Me asusté:

— Yo no soy su mamá, soy la Coya.

Pasó un buen rato y me preguntó:

— ¿Cuántos años tengo?

— Más de treinta, cuarenta, casi cincuenta creo. Eso es lo triste, que no haya aprendido a protegerse. Sí, como cuarenta o cincuenta ya.

Le eché un abrigo encima.

— Señora, dijo después, hoy no trabajo porque me voy al extranjero. Ya no tengo nada que hacer en este país.

En ese momento oí pasos, fui a buscar el arma de mi papá, pero sentí la voz de Juan como si tuviera la boca pegada a la puerta.

Le abrí:

— Dicen que tu papá se está muriendo.

— Es mentira, está acostado, desde aquí lo puedes ver.

Pero yo sabía que era verdad.

Volví a sentarme en la silla y de inmediato me habló:

— Mamá, usted se está poniendo vieja.

Entonces empezaron a correrle lágrimas.

Lo paré, levanté su cabeza y le di un agua caliente. No abrió la boca y se derramó sobre el pecho, encima de la cama y todo.

Lo parí. Estuvo atascado todo un día sin querer salir y yo mientras saltaba de dolor sobre la cama, queriéndome arrancar para librarme del sufrimiento.

Murmuró:

— Me duele mucho el interior.

Añadió:

— Háblame como si fueras mi mamá, tú sabes.

Y se le apareció en la ojera la madre, que como madre de madres venía a buscar sus restos. Tras la carroña llegó preparada de duelo al luto. Lujo traía lana para su expansión materna.

Cuervo el ala y filete agudo rasante peto sobre el cuerpo. Mater se impone y pone la mano para lucir el oro, su aro dorado toca la carne que se deshace y monta sobre su ojo la lágrima.

¿Qué codicia esta madre?

Su lugar enlutado que la deja libre de su liga materna: se va para atrás y ve sangre, la gota filtra desde abajo y es niña-infantil largando sobre el suelo su placer menorreico. Entre el negro sonríe y llora en forma simultánea, pensando que en ese estado se hace imposible, lejano de evacuar al gañán.

Ya ve póstumo al hijo, pasado al pasado. La madre divisa tierra y en ella flores y ramas y su mama erecta, sin apatencia de labios.

La madre llama a la madre, la bandada.

Concurren zurdas y la hilera cede.

¿Quién de ellas da un paso al frente?

La madre 1 le deja su ofrenda y la letanía:

— Ma-ma mamá tuya antes que nada. Para eso nací: Nazca madre. N madre y pasaré a ser contigo X en cuanto muerto, por eso me quejo de tu precocidad añil. No anciano. Resiste, di no a la muerte, deja la cama. Yo al lado tuyo en esa cama me mamas ¿me oíste? mama.

La madre 1 saca su mama colgante y el pezón pone al puntudo hocico que se le cierra la gota.

Está estriada y vacía, el pezón neutro. Se tapa, se cubre el ala entera, cuervo cede y atrás se pone, en la otra fila.

Antes de hacerlo l'unta la lágrima en el lagrimal:

— Ay, dice, que es-

tampa mía perfecta.

La madre 2 baja su ala, su serpentina decae y socarrona mira a los lados, mientras su discurso ora:

— Mamastra mía tuvo su origen en su mamá

La zarca muerta al revés l'asesinato. Tú no te mueves, no te mueres hoy día porque es nefasto. Mal fecha esta para los duelos.

La madre 2 echa saliva en su palma y se la pone al hijo en la cuenca izquierda:

— Para que aprenda a mirar, le dice.

Madres 3 y 4 se disputaron, cruzando entre ellas la filuda ala, la puntuda habla, hablando con atropello:

— Mío o es mío.

— No es mío, no reconozco gasto, no pongo un peso en el muerto.

— Yo suelto (dijo la 3).

— Yo también tengo (la 4). Tengo una cosa guardada, preparada para este día noche: es una armita chica. Una 22 y se la obsequio para que se la dispare al frente, en la sien el seso.

— Yo tengo mejor (la 3) otra armita: una calibre 38 grandota y plateada y que se yerga de una vez y apunte la balacera. Está cargadita de balas para ti que tan bien sabes manejarlas: ya pues, pesque el armita y a la calle el chico.

Las cuervas les hacen lugar y bajo la ampolleta relumbran metal y cañón.

Madre 4 va a la cama, pone la 22 entre los dedos del hijo, le dobla los dedos alrededor del gatillo:

— Es muy fácil, dice, de la cama a su cabeza y listo. Poco trabajo, mala noticia.

— No, no, la interrumpió la 3, el hijo es gloria y debe imprimir a seis, a ocho mil las planas, dando la vuelta al mundo su cara. Sí, el hijo es fama.

La 3 le sacó el arma de entre los dedos y volcó sobre la cama la 38:

- Esta sí que está buena y con carga extra la cuido. Yo madre-madre soy y lo autorizo a la calle: busque, elija el punto del proyectil y se tira al piso a todo esclavo, piense, en tanto, que su mamá lo avala, le pasa bala.

Una cuerva terrosa se interpuso.

Era la madre 5:

- Yo no quiero que muera en paz, por eso le traigo una lista de pecaditos:
 1. Miró la espalda de su mamá, la parte baja.
 2. Ojeó el pantalón de su padre, la cremallera.
 3. Echó el ojo a la cerradura, donde detrás madre y padre.
 4. Se mojó pensando en su mami.
 5. Se inundó pensando en su papi.

– Más pecaditos le tengo bien guardados y llegó la hora en que los aclaremos, pero los dos solos.

La 5 se le puso en la oreja y movió los labios. Antes de retirarse le mordió el lóbulo con cariño:

- Y ahora, dijo, para que conozca los rencores de una madre le voy a ordenar la sien y el destrozo.
- Es verdad, es verdad seguro, indicó la madre 6 que era alta y armada.

Su ala desenrolló la punta blanca.

- Cuando estiré la boca para darle un besito me torció la cara. No hay perdón. Si lo lavé se ensució. Me acusó también de una cosa que tenía con otro, con un lindo y jovencito vecino. Malo, malo con su mamá.

Madre 6 se echó a llorar:

- Más paz tendría entonces si se lo cortara, pero entonces muriera como niña y yo detesto las niñas.

Seguía llorando:

- Yo soy camarera de oficio, cocinera y con mi arma blanca debe concluir sus faltas, se diera tantas clavadas: seis o siete por lo menos.

— Qué injusto, gritó la madre 5 desde la última fila.

Las otras se dieron vuelta.

— ¿Quién habló? inquirió la madre 1.

La madre 3 contestó y así se detectó la identidad.

— Yo me pasaba de vieja cuando nació. Apenas me corría el hilito y después cuando me hicieron un favor pagué con éste la vergüenza.

— Un favor, dijo la madre 2, yo fui la que hice un favor.

— Yo tuve también un vecinito, murmuró la madre 3.

— ¿Quién no ha tenido un jovencito?, preguntó la madre 1.

— Varios, muchos vecinitos en cada casa, dijeron casi a coro.

— A las armas y a las almas, madre general interrumpió desde su lugar de privilegio. Pasar las almas por las armas y que se termine aquí el vociferío. Este hijo será premio, será primera y única estrella.

Se taparon la cara con las manos las madres. Debajo, se reían.

Adquirieron formas relumbrosas y metálicas como artilleras y tuvieron todas las particiones posibles y contrarias.

Las maternas convicciones me sobrecogieron.

- ¿Qué le pasa?, pregunté a mi papá.
- Son fantasías, contestó, puras patrañas.

En las horas por delante vi el cambio y también mudé. Me sentí cuerva entre los pájaros de la noche, buscando yerbas e insectos que hedían. Los camiones, con los caballos de fuerza de sus motores, parecían en estampida por praderas lejanas y gringas, aunque de verdad que era el barrio que lo cercaban, custodiaban que nadie saliera indemne de la redada.

Estábamos presos por máquinas en movimiento.

En ese tiempo forzaron la puerta a culatazos, y sin que mediara vacilación alguna, le dieron el golpe de gracia a mi papá.

No me perdí uno de los detalles, como si fueran mis ojos el castigo y a mí el suplicio.

Después me arrastraron al afuera, donde el principio de la amanecida no escondía la suma de bultos atracados a las paredes, suplicando, doblándose ante las armas.

Así, de la misma manera, me tumbaron cabeza gacha, mientras mi mano sostenía el reloj que logré reneter casi sin conciencia. Los niños llamaban a su mamá y la bulla se hizo grande. Yo también insultaba mucho, con lo bajo que conocía para provocar mi propia herida.

Eso me valió que me dieran duro en el suelo, pero no pudieron callarme la boca, ni hacerme olvidar malas palabras.

En los sucesivos reagrupamientos pasé de izquierda a derecha, de mujeres a hombres y a mujeres otra vez. Ahí fue que me encontré con la Rucia quien me limpió la cara con un pañuelo, estaban también Berta, Flora y compañía. Vimos el amanecer amontonadas en el

erial, mientras el piquete nos apuntaba con las armas y el registro en el barrio continuaba casa por casa, buscando.

— Nos van a robar todo, dijo una mujer a quien yo no conocía, sí, nos van a dejar las casas peladas.

Ya más claro, empezó el fichaje y Juan me advirtió que contestara todo:

— Contesta todo lo que te pregunten y tranquila, me dijo.

Le hice caso y pasé la rueda.

— ¿Cómo te llamai?, preguntó.

— Co, Coa, le dije.

— No te entiendo, habla claro o te vai al otro lado.

— Me llamo Coya señor, le contesté.

Sería inútil, resultaría una falsedad no asegurar que Juan me sacó de allí y junto conmigo partieron mis amigas, dejando atrás la fila de trasnochados seres que empalidecían contra la luz.

Pues bien, pensé, mientras caminaba a duras penas: se murió mi papá.

Pero ni yo misma me lo creí.

Juan, la Rucia, Berta, Flora, hablaron de sus cosas.

Tampoco les di crédito.

Pasé el día y la noche siguiente durmiendo a saltos, por el poco espacio, por los dolores y los recuerdos. También ahí escuché el run run de los camiones. Juan me compuso los huesos, fajándome del cuello a la cintura con la venda. Yo no quería agradecerle, ni mirarle la cara. Flora me abrumó de tanto preguntarme cómo me sentía y Berta me miraba con su mirada rara:

— ¿Qué tienes debajo de la venda?, preguntó.

— Nada, le contesté.

— Eso me supuse, eso fue lo que pensé desde un principio.

Me dejaron sola en la pieza, pero sentía al otro lado las conversaciones: se organizaba la partida hacia otro barrio y las calles, los nombres que nombraban, no significaban ya para mí.

Atosigada de voces, vi por el umbral la luz.

Juan entró como los ángeles: azul, aureolado y destellando.

— Ahora lo sé, me dijo, fue una redada al hampa, pero ya pasó todo.

— ¿Qué es lo que ya pasó?

— Todo, todo pues Coya.

Me tendió la mano y en su muñeca vi mi reloj y en sus ojos el engaño que me iba a despojar.

Tendió la mano al aire, como haciéndome un gesto encima para quitarme el malestar. Cuando tendió el brazo entero, corrió la cortina y mirando hacia afuera, me habló:

— Tu mamá se fue con un esclavo y tu papá partió detrás. Ahora nos va a tocar a nosotros trabajar en los reservados.

Avanzó hasta la cama y se sentó.

— Fue muy malo lo que hiciste Coya, muy feo golpearte contra las paredes.

No es posible, no es fiel expresar lo que sentí al oírlo, tan sólo el gesto intuitivo de tocarme las costillas, la cara hinchada y dolorida. Pero me imagino la mirada que puse. Eso puedo imaginarlo bien.

— No es mucha cosa, una rabieta tuya. Pero inventa lo que quieras, para mí está bien. Todo bien.

Y después de eso se tendió al lado mío y me dijo que le hablara lo que quisiera sí:

— Háblame como si fuera tu papá, me dijo.

Y como empujada por un impulso, mi mano tomó su cara y su cara desapareció entre mis lágrimas y volvió nítida, cuando de costado lo miré fijo y él bajó la vista.

— Sácame la venda, le dije. No, no me la saques, le pedí. Saquéame de mis haberes porque yo me voy y no vuelvo. Reparte entre mis amigas para que aparenten sí, para que parezcan esclavas todas y arrasen entre las comparsas.

De sentirlo cerca el calor me profundizó y la pena reventó como pus.

Finó mi padre su infección y ahora su propio y personal padre me reconvenía:

— Tú, me decía, ni de hija parcaste la honra, panta, salta de estado para que ingreses por el orbe el daño.

El padre de él me daba azotes con la correa y el pellejo partía.

— Por las piernas de tu mamá y la madre de él igual. Tú más y aumentada, ya que como ninguna estás en cama con tu hombre mafia. Cabrona te tiendes.

— Juan, le grité, echa a este viejo de aquí.

Pero no estaba nadie.

— Padrito, lo emplacé, yo no resulté culpable, fue solo, la soledad de él y usted también carga la espalda.

Saltaba pus a las paredes, mientras el viejo carcomido quería me salar al otro lado.

— Te voy a salar como los animales y después te voy a secar al sol.

Ese viejo tenía rasgos de mi papá y míos, algo en sus ojos, no sé, algo en las mejillas también. Quería acabar con todos y entendí que el odio lo dirigía y que, teniéndome a su alcance iba a vaciarme encima su esterilidad.

Ese viejo era uno de los tantos parecidos, pero no era mi propio abuelo, ni Dios, ni nadie pariente nuestro. Estaba jugando no más, un juego malo y trampeador conmigo, aprovechando mi debilidad.

Yo como viejo, largaba pus a la pieza y la infectaba de larvas que invernadoras se hundían por las paredes. Habitada de ancianos secos me torcía.

Juan me remeció:

— Sácate las manos, deja las vendas tranquilas.

— Es alguien de mí, le dije, es lo peor que tengo.

Andrógina, albina, me sentí despielada y lisa entre las piernas. No tenía montes ni agua que me imantara, tan sólo la carga cerrada en las púas, en la pus que afloraba.

— Corta con eso, me dijo Juan, mira que si no, te vas a morir.

Agregó:

- Entremos en diálogo, yo te voy a ir apuntando las cosas y te van a aparecer ordenadas otra vez.

Se paró a los pies del catre y se me asemejó a un guardián, más rabioso que los perros y más sabio que ellos.

- Reconoce algo, me indicó, mientras anotaba en un papel.
- Mi mamá se fue con un esclavo.
- Parte, dijo.

La mamá no pudo retacarse cuando vio al zarquito yarcar por el barrio. El la olfateó en el bar y en todas las partes en que se desenvolvía, allí estaba el zarco sonriendo, hundiendo la mano en el bolsillo, pagando y sacando fotografías a diestra y siniestra.

Entregó la muestra en un álbum y ella se encontró demasiado gestera.

— Vámonos, dijo el zarco.

— ¿Y por qué me iba a ir contigo?

— Este sitio no te sirve, estás arriba del nivel.

— ¿Y mi familia?, dijo ella.

— No sería la primera vez, ni la última.

Sumó mucho para convencerla. Ella como que se iba y no. Se fue porque los consejos se pusieron sobre las otras formas.

— No te llesves nada, yo te compro todo nuevo.

Así se alejó dando un austero aviso y prometiendo noticias.

— No, dijo Juan. Ocurrió de esta manera, anota:

La madre que era bailarina y experta, se vio seducida por el zarco quien no le dio tregua hasta convencerla y apabullar a toda la familia al decirle que ella era más.

Cedió fácil y partió sin problematizar el destino que estaba tomando. Dejó la carta sobre la mesa y parcó.

— Oye Coya, no es la primera vez que tu mamá lo hace. Según la Berta el zarco le prometió viaje y cuando se aburra, vuelve.

— Anota que no vuelve, dijo Coya.

— Yo anoto lo que quiera y ésta regresa, capaz que ya se esté devolviendo.

— Oye Juan, a mí también me gustan los esclavos, tienen algo rico en la piel. No, no me gustan, son resbalosos y cargados, además mi mamá no se fue con el zarco.

- Para ahí, que a tu mamá yo la conozco y la voluntad es lo que le sobra, la buena voluntad.
- Mi mamá cayó en la redada.
- Tu mamá salió antes de la redada.

Iba con tacones cimbreándose, iba humillada por el zarquito que la miró de arriba abajo en el espacio límite del barrio. Estaban al borde de la verca y no valieron fotografías otras, ni tratos para tomar su verosimilitud. Similares y distantes: porte, rasgos, pelos diferenciados de madre no zarca, ni esclava, ni fotogénica. Por acaso, no calzaron las manos, no se tocaban los arreglines de ella, los desmanes de él, ni modales. Exacto. El modo bastaba, porque ella más que bailarina era acróbata y toleraba bien, con mucha astucia, el extraordinario gesto de fastar la tierra, sin trocar la cabeza atrás.

- Reconoce, dijo Juan.
- No, no reconozco nada, botemos esta papelería, es basura.
- No seas desobediente Coya.
- Mi mamá hace días que hizo un trato con el esclavo.

Y agregó:

- Antes de hacer trato con él, trató conmigo.

Toda redada se realiza al amanecer, cuando están profundamente dormidos, así obtienen mayor facilidad de desplazamiento.

En toda redada intervienen la sorpresa y la emoción, los otros, los que tienen miedo son los presupuestados.

Cuando se inicia una redada están las cuatro esquinas de la red estacadas en el suelo: Gritos, golpes, desórdenes son preferenciales.

— Espléndido, me dijo y anotó.

Yo también anoté la sección.

Fue una espléndida noticia según pesa a la ley, algo muy planeado y efectivo: sacar camiones a la calle, la ficha y la fecha justa, las ruedas, los cilindros cruzando las casas y enfocando caras repetidas que despavoran ante el brillo.

— Se sabía sí, dijo Coya.

— Esas cosas no las anuncian.

— Yo supe que había algo raro.

— Cuenta eso.

Con paciencia se podían unir los ruidos que venían de todas las áreas. Era rutina. Justo. Arruinaron los festejos y la soledad que a algunos conmovía.

— A salir, a desocupar las casas.

Pero no con esas palabras se produjo, aunque audibles, perfectamente claras como son las órdenes.

Y se forma la rueda y se enredan las personas y reaparecen al amanecer ilesos o contusos, flanqueando.

Aminora, se deshace y despliega el movimiento a otros barrios y el barro se hace surco cuando las ruedas lo aran.

— Conforme, muy conforme, dijo Juan.

— Yo no tanto, dijo Coya.

- Es que no fue tanto lo que te hiciste, más que nada la espalda.
Pero cuenta, narra, reconoce.

El padre herido por la pena funcó en cólera ante la reiterada forma de la madre de evadir su afecto. Se afeitó, se puso sus mejores prendas y escondió la fisura en zigzag que le producía el costurón.

Una envidia también al zarco, pero eso lo hundió entre las costras para que apareciera la rabia y machaca.

Se le hicieron humo las otras mujeres que con amplitud había codiciado y la más gastada y usual, es decir, la suya, apernó nítida en el cerebro.

Se burlaba de él, lo impotenciaba a su intención, a la par que el barrio se reía, estremecidas las casas.

Escribió la nota iracunda y errada.

Sacó arma del mueble, dio una mirada al desorden y desoyó la orden de esperar, sentarse en la oscuridad y aguantar cada uno de los pensamientos corporales que lo remecían.

— Es notable, dijo Juan, eres tan clara para expresarte. Afírmate sí de estas noticias.

El padre propició las citas, contando la plata que esquilmba al zarco, pero la madre se pasó de largo y largó al padre.

— Basta de todo esto. Estaba yo hecha una bomba por la rabia y llegué como una Coa a la casa dispuesta a destrozarme para no irme también detrás y pasar errante los siguientes días. Al fin y al cabo, puedo pensar lo que quiero. Llama a mis amigas porque me empiezas a sobrar.

— No quiero irme, dijo él.

— Si te quedas tendrás que explicar algo.

— ¿Qué cosa?

— Lo del soplo, dicen que hubo un soplo.

— No me imagino de quién.

— Anota que Juan es un soplón, terminó Coya.

Berta no tiene sobrenombre. Berta a secas la llaman y como el total, quiere irse del país, al extranjero, cruzar la frontera y salvarse en una patria más iluminada. Irse sola, sin hombre ni mujer. Oírse nombrar Berta sin ritmo chileno.

Ella cree, siente que van a volar el sitio a pedazos, piensa que el amor de Juan va a terminar por destruir el barrio, pero no dice nada, ni habla.

- Cállate Flora.
- No he dicho nada.
- No importa, igual cierra la boca.
- Berta, ¿no te da rabia que Juan y Coya se encierren en la otra pieza?

Pero el gusto de Berta es que Coya no. Nunca se le pasa por la mente, le miente y ni las granadas, ni artificio van a cambiarla.

Es Coya la que busca el derrumbe, como una oruga es por lo bajo. Más atrás de la superficie su trompa arica y él es sarna que rasca, que viaja y viene trayendo datos, mientras afuera la ficha se llena fotográficamente inútil.

Berta ha sido, como todos, fichada: parroquianos, taberneros y gente pasada a vino se agrupan acumulando un indestructible catálogo.

Concluyó la Rucia su trabajo.

— Anota que Juan es un soplón.

Apenas terminé de decirlo me di vuelta y me tapé la cara con la sábana. No había respuesta. No esperaba. Pero una sombra se extendió sobre la pared y la divisé en el entramado del género; quizás me asalten las mismas ponendas, pensé, y el aire me atravesase la espalda, cuando la sombra se abrió como crisálida y colores explotaron y vértigo acaso.

Emborrachada de luces me entrampé en la red: audiblemente sola me extendía buscando, nombrando seres próximos y prófugos. Lógico era que me profitaran y escudaran hasta el muro.

Lo que se desencadenó era la saña y la compulsión. Convulsa, desarraigada, me veía errante por la pieza, clamando simultáneo lo soez y la quejumbre: era una contralto que rompía su propio contrato de mantención y era, a la par, una mujer que sorpresivamente envejecía. Como una sombra abierta y proyectada contra la pared, me inutilizaba.

Construí desafortadamente un recuerdo:

Tenía reloj en la muñeca: aros, baratijas me envolvían, tapiada por un fulano que me los obsequió por nada. Por nada no, por cariño y respeto a mi madre.

No servía, no alcanzaba más allá la memoria mía y formé otra cosa:
Pagué de contado, de costado las deudas.

Papeles que encerraban peligro para ellos. Junté plata y como premio me compré una joya genuinamente roja y loca con ella me exhibía y crecía la envidia de las otras mujeres.

Doné.

Pasé el anillo al dedo meñique de mi padre en compromiso.

Don quedó.

Don aquí y allá decían por la cuadra, el cuadrado entero, el barrio total lo sentenciaba.

De ahí acumulamos joyas que cambiamos de dedo en dedo, de cuello, de talismanes nos aperamos.

El las ponía en muestra sobre la mesa y yo misma adelantaba el

dedo y decía:

— Esta para mí y sellábamos.

No tanto.

Apenas un par de veces, asustados, a oscuras, con el corazón alzado y el riesgo que cundía al día siguiente y al otro, hasta que la mercancía se iba con el trompa y la tropa febrilmente se dispersaba buscando.

La madre, la señora mía, torcía la boca en mueca, mordiendo con rabia el labio, amenazando en cada ocasión su fuga:

— No te vai a ninguna parte, dijo él.

Pero bajando el tono, le volvió a insistir:

— No te vas.

Nadie de nosotros se movía, ni invitábamos, ni nos vanagloriábamos del éxito.

Aunque un poco sí. Nos hicimos de pequeños objetos y lujos nacardos: los aparatos tiraban incesantes la música.

La habitación era un gran reservado. Ahí guardábamos la reserva, el silencio de nuestra buena racha, mientras mi padre levantaba el vaso y el vino lo ponía alegre y mencionaba nombres, fechas, con burla total la fiesta.

Llegaban ocasionalmente las madres, mirando todo con sospecha. Revisando bien por bien, la más alta de las dos le hablaba:

— Tanta cosa que hay aquí. Ahora su mamá necesita un vestido, algo oscuro, de luto mejor.

Mi padre metía la mano en el bolsillo y le daba para la tela, para la otra zapatos y un poco más.

Siempre tímido ante ellas.

Se elevaba de ira a la salida, porque de recibir un cariño, un toque sutil, habría desaparecido hasta el último apero que teníamos.

Las parientas eran implacables, no, impecables en su conducta para tratarlos a ellos dos. Yo era un resto, algo incierto que las cruzaba de dudas.

Temían que en mí se dejara caer el desprestigio que las enlodara. Yo les daba, por eso, garantías y que recuerde, en ningún otro momento he sido tan aplacada como ante ellas.

— Un poco de vino para la caminata, decía la más baja.

El les servía y así se demoraba la partida, cuando todos en la reunión terminábamos con la boca negra y escasos de palabras.

Salían, por último, a la calle, a la oscuridad y los tacones, el taconeo, se quedaba metido como garfio en mi cabeza y los señores míos se sobaban las sienes.

Después de la despedida, mi padre se acurrucaba como un niño en la cama y mi madre se tendía como muñeca, pero sin mirarse, sin tocarse tampoco y lo poco que me quedaba era tirar el pestillo de la puerta y salir a rutilar al bar la la huida.

Las parientas tenían tino, miedo de andar por el barrio y el frío las consagraba. Esporádicas, convenían mediante mensajeros la información y el desgaste.

También yo atendía a otros mensajeros: Juan, Flora, Berta, la Rucia. Administradores y regentes del bar. No, empleados de pequeños encargos sustitutos y alternos.

— Tu papá me debe plata, me dijo una vez Juan.

— Cóbrale pues, le contesté.

— Te voy a comprar una cosa cuando me pague.

Y se me puso al frente para tocarme: acercó la cara. Y la mano, el cuerpo mío evadió, torció bruscamente su recorrido y férrea pegué mi boca en su oreja para hacer la recurrente pregunta, afirmación más bien.

— Algo con colores vivos quiero que me pongas encima y sólo así me vistas de pies a cabeza, pero en secreto.

— ¿A nadie le vas a mostrar las cosas?

— Tú pagas y ninguno tiene derecho a disfrutarlas, le contesté.

Estaba por eso pendiente de la paga que yo misma efectuaba cuando mi padre distribuía para ellos.

Berta, Flora, la Rucia contaban plata.

— Coya, me falta el saldo, alegó Berta.

Y así todos pasaban y repasaban las manos en los billetes, midiendo, restañando el trabajo del bar, la cuota que les correspondía por el esfuerzo que desplegaban al mantener el reverso del reservado.

Eran ellos la hebra que hacía el juego legítimo, sin trampas.

Entre todos, era Berta la más cargada de ojos agudos y ojeras. En verdad era la más soterrada en materia de gastos, dilapidaba dinero en juerga y en donde Juan entraba ya estaba, de antemano, pagado por ella.

Los mensajeros y serviles se alimentaban con la paga que yo circulaba desde el bolsillo de mi padre, quien sabiendo de mí, no contaba.

— Es más que la otra semana, le decía.

— Una miseria, este barrio está podrido, se quejaba.

Yo lo miraba no más. Yo no decía nada, porque tenía razón, cuando el vino, la caña, no daba a la garganta el gusto.

Por eso enfilaba a otros barrios mi padre.

Volviendo tan pálido cada vez, que supe con certeza que el proyectil tenía una salida única y letal.

Las noticias coincidían con las caídas, las bajas, los pretextos de los que se valían para entrar al barrio la pesquisa.

Pasé con miedo esa primera vez las listas:

— Aquí tiene las listas con las direcciones, le dije a mi papá.

— Dile a Juan que las verifique, me mandó.

— Es mejor que no, es más seguro para usted que las rompa y que se olvide por un tiempo.

Le hablé despacio, sabiendo que todo corría a la más alta velocidad por su mente y que ya urdía la manera procaz de su respuesta. Ante eso no esperé nada y me enrabíé con mi madre que sumida en el bullicio del bar ofertaba sin disimulo su clase.

El susto me consumía y veía penas por todas partes. Andaba como una sombra detrás de mi padre, contando, midiendo el tiempo de su llegada y al retornar volvía el pánico de estadía y con todo eso ya no podía quedarme en paz. Se amontonaban los naipes en el local, los

dados daban fuerte la apuesta y entre las bazas vi al primer señuelo que aparecía.

Cambiamos miradas, Flora fue quien marcó la alarma:

— Nadie lo conoce, dijo.

Y nadie lo conocía en verdad.

— Aquí no pasa nada, dijo mi papá.

Pero no era apostador ni nada. Puro mirar y entre tanta sonrisa y seña, mi madre habló por primera vez de los zarcos y sus preferencias.

Porque era un zarco el que se ubicaba en la mesa.

Los parroquianos lo esquivaban desconfiando:

— Este esclavo nos trae mala suerte, dijo Flora.

Pero nadie, ninguno de nosotros se atrevía a sacarlo, hacer presente el descontento y birlarlo a otro sitio.

Como las manadas llegó un segundo.

No le hizo compañía, sino que copó la mesa siguiente, consumiendo apenas.

De la misma manera, los otros dos se presentaron aislados, sin portar ninguna alegría, ni juerga, más que el espectáculo de su dudosa calaña;

Flora se arregló para darles sin disimulo, sonrisas. Juan me vigilaba:

— Es mejor que no vengas más para acá, me dijo.

— Es imposible, le contesté, las cosas no funcionarían.

— Entonces, deja de mirar y andar diciendo cosas de sobra.

Le hice caso y los zarcos pasaron al muro y en el barro se me tensaron como columnas de madera roída.

Pero la madre mía tenía la cara distinta. Sutilmente elaboraba cada gesto de acercamiento.

Ella sin trancas ni disimulos estaba cortando por el que tenía un traje vistoso y la vista merca.

Lo arrastraba, lo llevaba fundido en su delirante pupila izquierda y oscura a tope.

Una de las partes de la sombra me rajó de espanto. Ya nada de eso perduraba, más que la pieza oscurecida y en ella mi cuerpo engrosado por los males: el color azul que yo veía, era mi propio cuero irregular y tosco que me engarfiaba.

Me destapé.

Saqué la cabeza para afuera y vi la rabia de Juan que se acercaba, se me venía a contraluz y no podía detenerlo.

Me fui para el otro lado de la cama y las puntadas me descompusieron.

Me agarró, remeciéndome de los hombros:

- ¿Qué has dicho de Juan?
- No he dicho nada.
- Está aquí anotado por tu puño y letra, pero quiero que lo repitas una y otra vez hasta que lo olvides.

Abrió la puerta y llamó a la compañía.

- Coya les va a decir, va a enmendar su conducta ante nosotros.

Ya estaba cansada. No me importaba ninguna integridad, por eso lo agarré del pantalón y le dije frente al público:

- Igual lo tienes anotado. Se los voy a decir de una sola vez y definitiva: que Juan es un soplón, me refiero.

Y pensé que estaba lista para el sueño porque tenía la cabeza despejada y cimbreada.

Flora piensa a menudo en su madre. También quiere irse, pero a la provincia y hacerse cargo de la tierra, cuidar árboles, criar sus animales y olvidarse del barullo del país.

Flora está como el total de la gente asustada y cree que allá lejos, recortada contra los cerros nadie podría darle alcance aunque la buscaran.

Que quiere irse, que quiere irse, que quiere irse, les ha dicho a una por una:

— Me voy a ir a mi casa, Coya.

— Me vuelvo a mi casa, Berta.

— Rucia, vámonos de aquí, al pedazo de campo que yo tengo.

Porque teme que Juan el sobreviviente, las lleve hasta la catástrofe por la pasión inútil de Coya.

Por eso mismo sabe que Juan va a atacar y que, arrastrándolas, las va a consumir y mira a Berta que empalidece y se tuerce en el espasmo de los celos.

Flora sabe que más allá de la ficha levantada por el barrio se extiende la venganza de Coya, que como reptadora cuenta, aprisiona el tiempo en que va a actuar y ahí sí que el país se va a quedar vacío y yerto.

Flora cree que sólo el barrio es el país y que el resto del territorio son los árboles, las hojas, el estero plácido que las va a bañar limpiándoles la pus.

La Rucia está lista para entrar.

— Berta, háblame de una vez y repite cada suceso en forma mesurada y lenta. Te lo pido como una Coa, te lo suplica Coya en realidad.

La otra no sabe de qué manera enfrentar la cuenta, hasta que por fin emite un par de sonidos:

— Tu papá anduvo con mala suerte. Eso fue.

Y cuando lo dijo, sacó a Juan de la pieza con júbilo de iniciar la evasión.

Juan se pasea mirando fijamente la puerta, recobrando poco a poco el color y súbitamente larga una carcajada y al mismo tiempo irrumpe desde el umbral el grito:

— Coa, óyeme bien ¿te gustaría verme cargando el cajón? ¿no es cierto? cómo gozarías si supieras que la tierra lo tiene bien aprensado y podrido el cuero por los bichos. Pero aprende, ábrete las orejas, fue la ida de ella, el zarco la quiso y a ti no, ni tu papá. Nunca vas a ser ni ínfima comparada.

— Que te revienten los guardias por mentiroso, contestó a gritos Coya.

La Rucia la aplastó contra la cama y le tapó la boca:

— Yo misma te voy a matar si sigues con este griterío. ¿Qué no te das cuenta que todavía están rondando los camiones? Ya Juan te lo dijo, se fueron y no hay más.

Coya se libra de la mano, se sienta en la cama y le hace un gesto a Juan que continúa parado en el umbral:

— Ven tú, le dice, vamos a arreglar un par de asuntos y ustedes salgan, piérdanse en la calle por un rato.

— Váyanse, insiste.

Después de la salida tranca la puerta. Coya se ha levantado con dificultad y está envuelta en la sábana. Se acerca y se acurruca como un pájaro encima. El la toma del pelo y sus labios se juntan, se frotan, se lamen con la saliva y las manos corren sacando, echando fuera los trapos. Las vendas y los pellejos oscuros se trenzan cuando abre la mano las piernas:

- Ponte debajo mío. No, ponte encima, tírame de costado, aplástame, sácame sangre, al menos rebálsame hasta los intestinos.
- Cállate, le dice él, cierra la boca que te lo voy a hacer como yo quiera.

Juan suda y la tiende sobre la cama, mientras le afirma los brazos abiertos en cruz. Se deja caer lento y toca la frente, las cejas, y le cierra los ojos a lengüetazos.

- Hazlo de una vez por todas. No te des tantas vueltas.
- Coya, cállate te digo.
- Mira lo que pasa Juan. La verdad es que no te pasa nada. Parece que voy a tener que enseñar a portarte.

Pone su boca sobre la de ella para silenciarla, pero sigue murmurando y revolcándose en movimientos continuos, mientras él intenta seguirla, atraparla, sacarle esa carga de encima.

- ¿Qué es lo que estás esperando?
- Que me dejes ser el hombre a mí y no te muevas tanto.

Coya lo muerde, le clava los dientes en el hombro y él se libra de un tirón, donde se agita y se toca retorcida.

Baja las manos y se frota. Juan la mira y se va acercando, pegando su cara hasta los dedos de ella y su boca chupa, detiene las manos hasta que ella le deja la cara zarpada.

- No te metas en esto, me basto sola para mis gustos.
- No, no Coya, dame, déjame que te lo muestre, que te demuestre y te dé muestras de mi valía y corrupción.

Un hilo de saliva y sangre inicia su recorrido, porque la mejilla arañada, arada por las uñas se desliza sobre el pecho alzado de rasguños, de moretones. La carne brilla, la pelambrera húmeda roza.

Las piernas equidistan entre sí y los dedos de los pies se van separando y juntando, como las piernas que se unen contra la otra en un pliegue.

- Abre, dime por qué te cierras.
- Porque no tienes nada que poner. Mírate, le dice, que no hay nada que me sirva, que me hierva.
- Espérate y vas a ver: si te callas, si no me miras, si no te mueves, si te dejas, si me chupas, si no crees que soy él voy a crecer y enardecido nos vamos.

La da vueltas. Boca abajo su cara se entierra contra la almohada y él se le pone encima y le habla, le explica despacito cómo funcionan las cosas, cómo deben recibir cariño las coas.

- Mi muñeca, le dice, mi triunfo que te toco y de a poco vas a sentir cómo nos morimos cansados y olvida por qué se fue y no vuelve a este barrio y me dejó a ti como regalo y tu misma madre se dio el tiempo para explicarme lo que te gustaba, la extraña manera que tienes cuando pones la cara en la cama y el anca desatas al atado que te enseñaron las contorsiones.

Coya que se zafa y se ríe y lo indica con el dedo.

- No puedes. Con consejos tampoco vas a poder. Se me olvidaron las cosas que aprendí y lo último es bastarme sola, bastarda sola sin bardo. No digai más, que yo estaba mirando los ojos de la masacre y la pura pena me tiene contigo para sacarme el ansia de abajo, por bajo que sea, al lado tuyo que de tan tosco me sufro.
- Coya ¿me querís?

Ella lo mira y sabe que está listo para recomenzar en otra postura, en otro intento y que se le va a ir encima por la fuerza, porque ya se estaba hinchando, tragando aire para actuar.

Prolonga el tiempo.

- ¿Qué me dijiste?
- Si es que me querís. Dime, dime sí, que un poco te pasa.
- Sí, le contesta. No, no puedo contigo que lo arreglaste todo para separarnos, trayendo esclavos, pagando por ellos, que sólo tú tienes la culpa de lo que pasó.

La mano de él le toma un pecho y empieza a apretar con todas sus fuerzas y con la otra, la curva del pelo y sus piernas ceden, se abren, se ofertan con la humedad, con el dolor que siente por la rodilla que se le mete entre las piernas abriendo el hueco, dejando espacio, yendo despacio hacia el fondo.

Juan no deja de apretarla. Le tira el pelo, el seno entero hasta que ella también gime, jadea, le grita al fin, el fin se apresta al filo de la entrada.

- Me duele, suelta.
- ¿Qué es lo que te causa dolor? dime si es arriba o abajo.
- Es abajo Juan, sácame esa cosa de encima.
- Ahora no, ahora no, ya vamos juntos. Vas a ver que nos vamos a ir juntos, piensa si quieres, si te ayuda, que soy esclavo y que en la oscuridad mis ojos zarcos te clavan. Que tu mamá, que tu papá, que cualquiera de ellos te montan. Cree, inventa otra vez el cuento que corre sangre, que estoy en sangre contigo.

Coya afirma:

- Sí, sí, sigue, dime que te mueres, no, que te mueves y pónmelo encima sí, arrastra hasta afuera el peso muerto, el atado infinito de dinero que le birlaste a mi papá. Me duele, me quieres, me temes un poco, mételo poco y preciso te vas:

Juan ¿por qué no puedes?

La Rucia siente la falta de dinero. Cree que dentro de poco ya no van a tener ni siquiera un pan con qué alimentarse. Sabe, está segura que el país está reventado y que es inútil la salida a otro barrio porque están todas las esquinas bloqueadas.

Aún así, supone que todavía pueden salvarse, salir con Coya esa noche y refugiarse en el erial para planificar allí el destino final de su camino. La Rucia sabe que si pasan la noche, si cruzan el eriazó, se libran.

A Juan, Berta y Flora, no los considera capaces de vencer el cerco, para ella el mayor cerco es el propio Juan que es como una araña sostenida por el impulso de las otras mujeres, hilando tramando la red para despojar a Coya y paralizarla.

La Rucia, a diferencia de las demás habitantes, ha conservado la calma, posando impávida para la foto que la sumerge en la ficha.

De todas, la Rucia es la única que la tenía abierta, que en el pasado tenía adquirido el prontuario.

No quiere irse lejos. Piensa que más le vale permanecer en terrenos conocidos y estar permanentemente moviéndose, yendo de un lado para otro con Coya, hasta que pase el riesgo o devenga el cataclismo total.

La Rucia alcanza a vislumbrar que el país no se puede borrar de un golpe, aunque quiera que el barrio desaparezca del mapa y que Juan y los otros clientes estallen encojidos como osamentas.

La Rucia no para.

Hubo un vacío, un hueco, algo neutro me ofuscaba y bruscamente lo encaré:

— Es imposible. Mi mamá jamás tuvo que ver con esclavos de ninguna clase.

No me contestó y empezó a vestirse iluminado por la luz de la ampolla. Cuando terminó, ojeó por la ventana y su mirada dio una vuelta examinando la pieza y a mí en el centro.

Y se inició la ronda: se paseaba de un lado para otro como si quisiera decirme algo definitivo y buscara la palabra exacta.

Yo también me vestí lo más rápido que pude y empecé a buscar las cosas que me iba a llevar. Ordené todo encima de la cama y me decidí por una sola muda que eché dentro de un saquito.

— ¿Estás lista? ¿Eso es todo?, preguntó.

— Sí, le contesté. Anda a buscar plata y cuando vuelvas me traes algo para el dolor, un remedio fuerte.

— Nos vamos juntos. No te voy a dejar sola aquí.

— No tengo fuerzas para tanto paseo, le dije, cuando tengas todo arreglado, salgo.

Estaba desconfiando, tironeado por la incertidumbre no podía moverse. Pero no había nada que hacer, era segura mi proposición, sin duda, era lo más atinado en esas condiciones.

— Pero no te muevas de aquí, ni abras la puerta. Quédate con la luz apagada, mira Coya que no estás sola en esto, si tú caes nos arrastras a todos.

— A ti no creo, a las demás sí. Tú estás salvado de por vida. Te garantizaste solo.

— Eso lo vamos a arreglar después y cuando te lo explique, vas a andar de rodillas por todas las calumnias que me has echado. Por mientras cierra la boca, no vaya a ser cosa que me arrepienta,

no vaya a ser cosa que te quedes pegada aquí.

No iba a permitir que se fuera, metiéndome esas razones en la cabeza. Tenía que poner frontera entre los dos, tocar madera, echar sal a su espalda y todas las porquerías que las madres me habían enseñado al sello los alfileres.

Era la oportunidad antes que la bala saliera del caño y me dejara exánime, sin recuerdos. Era prematura la hora, porque de una manera o de otra, los camiones y la versión infamante me habían reducido la vértebra descoyuntándome.

— Podemos llegar hasta donde viven los gringos, le dije, a lo mejor allá te hacen un tratamiento.

Esperaba el primer, el segundo y los golpes sucesivos. Me placía el dolor, pero no tenía la fuerza que esperaba. Era muy distinto, muy diferente a él que ni pudo el puño largarme, agonizarme en el piso por la verdad que tan mal acababa de expresar.

Pero lloré. No por ese momento, por el amanecer que aún no alumbraba a la esquiva, la dolorosa agonía que le había dado sin medicaciones, gloriosa al ver que era mío, íntegro en su huida, en su privilegiada ida ahora que ya su cara estaba en una oscura y mala foto y no, pesándome en la espalda.

Lo nombré.

— Papá, le dije.

— El hombre que tienes soy yo y dime Juan. Aprende, porque de ahora en adelante no voy a tener paz contigo, aunque tenga que arrastrarte como bulto por el barrio.

Cuando dijo eso, noté el grado de maldad en sus ojos y el odio también.

Se fue.

Esperé un poco y salí, dejando atrás el cuerpo muerto y la suma infinita de madres carniceras, no, hechiceras armadas para el triunfo.

Salí directo al erial, derecho al eriazó donde estaban mis amigas y aunque estaba oscuro, percibí que nadie roncaba, que ninguno pegaba pestaña en el barrio.

Las encontré arrimadas a la pandereta. La Rucia de inmediato se

paró y a pesar de la penumbra noté en ella de qué manera la embellecía la sonrisa.

— ¿Arreglaste el asunto?, me preguntó.

— Claro que sí, le dije.

Pero Berta y Flora no se movían.

— Arriba pues niñas, les dijo la Rucia.

Berta la miró desde el suelo:

— Primero quiero saber por qué Juan no está aquí como habíamos convenido.

Yo miré a la Rucia y nos reímos, nos burlamos de su transparencia, pero no quisimos dar explicaciones cuando se nos venía el tiempo encima y la Rucia era la única baqueana, la que podía sortear la salida.

— Nos vamos sin Juan. Levántense y en el camino conversamos, les dije.

Cuando me di vuelta vi que Berta venía detrás, o más bien que Flora acudía acompañada por un ánima y, sin pena, suavemente, entoné una canción, la predilecta de los parroquianos del reservado de mi padre, la canción ésa con que mi madre había destruido todos sus temores.

3. ESTACAS EN LAS ESQUINAS, ALAMBRADAS

1. Los árboles estaban ya podados y sus figuras eran perfectas para el espacio ajó de la Rueda.

2. Esta casa tenía un patio tipo.

3. Los árboles del barrio estaban cubiertos por árboles próximos.

No había mucha gente, por eso Coya salió hasta al bar, devuelta al bar le temblaba.

Nota:

Ante la extinción muchos afectaron al mismo espacio por el desamparo de los sobrevivientes.

Nota:

Para el bar el barrio cortó.

No hubo salida.

1. Los eriales estaban ya posesionados y sus figuras eran perceptibles para el agudo ojo de la Rucia.
2. Cada casa tenía un punto fijo.
3. Los límites del barrio estaban cubiertos por refuerzos provinciales.

No había salida posible, por eso Coya enfiló hacia el bar, devuelta al bar la trinchera.

Nota

Ante la catástrofe muchos efectuaron el mismo repliegue por el despliegue de los adversarios.

Nota

Para el bar el barrio cortó.

4. EL CERCO, EL DELIRIO, EL CERCO

La madre y Coya pasaron de juntas la sangre que se vió en el suelo
abajo en la traza y en salir el vino la en agua. Pasó el mundo, volvió
el mundo.

— Estoy hablando contigo. Ahora los ojos, que se despierten se dijo.
Coya le miraba mientras la obra empezaba el papapero.

— Explícame, hablame de qué manera pariste.

Se acuerda y se acuerda:

— No, me creí, quiero decir, pariste.

— Por el por lo bajo, por el bajo, algo bajo, una cosa invisible.

Me pasó por encima de ser, de tanto por ser y por ser.

Alguno día la orden de apagar la luz y de encenderla con la luz y la
luz en pedazo. La madre pasó los dedos por la llama y no se
quedó y Coya pasó un dedo por la llama. Entesa aborrida.

— Me aborres, dijo.

Q.

— No se acuerda.

— Hay que en silencio, una sobrecarga de yerbas del mundo me miró
y después me miró a mí en una saliente. Pero no sé lo
Coya ¿te acuerdas?

Y Coya recordó a la hora de la madre y a mí.

Quedaron cercados:

La madre y Coya pensando juntas la sangre que se trapea camino abajo en la tripa y en balde el vino la enjuaga. Pasó el miedo, viene el sueño:

— Estoy hablando contigo. Abre los ojos, que te despiertes te digo.

Coya la remueve mientras la ebria empieza su parpadeo.

— Explícame, háblame de qué manera pariste.

Se asombra y reniega:

— No, me erré, quiero decir, partiste.

— Parí a ti por lo bajo, por el hueco, algo lento, una cosa injusta.

Me pasó por estrecha de ser, de tanto generosa y guerrera.

Alguno dio la orden de apagar la luz y de arreglárselas con velas y les llegó un pedacito. La madre pasó los dedos por la llama y no se quemó y Coya pasó un dedo por la llama. Estaba aburrida:

— Me aburres, dijo.

O:

— No abuses.

— Eso fue un abuso, una sobrecarga de yerbas. Mi mami me miró y después me encerró sumida en agua caliente. Pero no hubo. Coya ¿me das un traguito?

Y Coya procede a besarla obediente y sumisa.

La zafa, la zafra, el zafarrancho es grande y la sangre viene en vertedero al barrio.

Por causa del miedo se abren los bares, los reservados, y se apersonan los fugitivos, los hambrientos, los apacibles seres que beben.

Entonces se larga en serio la primera gran borrachera. Es tinto el color negro que tiente la boca.

Es tinta.

Su madre también se pliega:

— Atiéntame que me muero, dice.

Fue, atácame, lo que dijo.

En medio del farro del encuentro, Coya se embriaga en la embriaguez madura de su madre.

— Toma un poquito Coya.

— ¿Dónde andabas?

— Otro poco, de un tirón y al seco.

— Contesta ¿en qué mal sitio andabas metida?

— Ni preguntas, ni cuentas te voy a dar tampoco.

Y toman y se toman las manos y se dan una a la otra cuando pasa la ronda, escurriendo hasta la última gota.

— Me goteo, dice la madre.

— Tápatе pues, le contesta.

Está realmente goteando y el vestido se lo mete entre las piernas para parar la enfermedad.

— ¿Estás en la fecha?, le pregunta Coya.

— No, ni para cuando me pase eso.

— ¿Por qué estás así entonces?

— Fue un mal parece.

Coya empieza a reírse y la mira para abajo con desprecio y después se retracta ayudándola con delicadeza y como un regalo le pasa un pedacito, la orilla de su falda para absorberla.

Se la oprime y la refriega hasta que la punta de la falda se tiñe de rojo y la tela se eleva encima de la rodilla alcanzando la otra pierna, el diverso muslo de su madre que sangra.

— Esto no es ningún mal, es punzón puro que te metieron.

— Tomemos otro poquito y después vemos, dice la madre.

Ahí levanta la cara de su hija.

Acercándose, la pone contra la luz y ve en ella montículos, otros tonos, pintada de machucos en realidad.

El ojo sano y derecho.

El ojo malo e izquierdo.

Hace ademán de tocarla, de soltarse el bulto. No.

— Echame más vino en la boca que yo no puedo, dice la madre.

Y se lo echa.

— ¿Qué fue eso? ¿Un cuchillazo, con cortaplumas? ¿con qué arma blanca te lo hicieron?

— Nada de preguntas conmigo Coya, nada de insolencias tampoco.

Coya la mira, sonríe y toma.

Sus ojos dan un paseo en bar que está repleto, surcado de vasos y vidrios que se rompen a pedradas en la calle y adentro las botellas se destapan estalladas de corchos que se desmigán por el suelo.

Pero se vuelve.

Se da vuelta e indaga el flujo de su mamá que no para, porque la mano que lo contiene se pone roja, rosa a pedazos y en su mayor amplitud, rojiza.

— Parece crimen. Como las criminales te ves con las manos coloreando, le dice Coya.

Era el tinto que cundía manchando a la madre y oscureciendo la cara de Coya, tornándolas a hablar a tropezones, confundidas en los colores oscuros: como una hematoma el vino.

- No hay, no existen heridos en el barrio.
- Es verdad, afirma la madre, puros bandidos circulan.
- Mejor que nos demos vuelta, que no nos vean la cara, ni la caña, ni el penoso estado en que estamos (habla Coya).

Alguien en el bar gritó.

Era el momento menos adecuado, justo al inicio de una corrida de fuerte, de aguardiente que venía de fiado por la madre.

Se distrajo todo el grupo.

Gritó una frase común:

- Qué pena.
- Te adoro, dijo la madre.

Y su entonación era más nítida y más enfática y mucho más quebrada que el sueño que invadía Coya, empecinada en restañar la gloriosa herida venial de su madre.

Está en proceso íntimo como es de propia la borrachera que le ocasiona la mala salud.

La saludan los clientes.

Y ella les hace venias y levanta así el vaso consumiendo.

La madre atrancada, arrancha al lado. Se venda con el trapo, pero interrumpe para levantar el vaso, para no perder el brindis que la continúa.

A través del cristal se distienden: Coya no para de observar el agudo empeño de su madre.

- Ya se te pasa, no te pongas porquerías que te vas a infectar, le dice.
- Qué maldición la plata, qué maldición más grande, dice la madre.
- ¿Para qué necesitas tanto dinero? Si es por pagar los tragos yo tengo un resto.
- Es porirme, le avisa, es por avanzar un poquito.

La mamá saca las fotos y se quedan mirando, eligiendo el lugar con los ojos un poco nublados.

Coya las levanta hacia la luz de la vela.

- Parece que son en colores, dice.

Y agrega:

- Pero son peladeros peor que éstos.
- Para eso está el erial, dice la madre que ya no mira.
- ¿Las tomó él?, le pregunta.
- Sí, le contesta, ni para eso servía.

Y repite con sonsonete:

- No servía, ni los traguitos me daba, no pagaba.

Como las cómplices, Coya asiente y sus manos filetean el borde roto de la copa y el mismo borde erosionado se lo lleva hasta la boca y sus labios traspasan el vino a la boca de su mamá que chupa, consume hasta la última gota rosada y mezclada de saliva.

— Otra vez, dice su madre.

Ahí el buche es más grande, el sorbo más profundo y más cálido también.

Se manchan en el intercambio y el hilo corre hasta el cuello. Un poco más adentro, una gota es detenida por Coya que se abre la blusa buscando, encontrando y dando el dedo a su madre para que la lama y se satisfaga.

— Ahora me toca a mí, me toca darte el vinito, dice su madre.

Y lo hace exactamente cuando el quebradero afuera se destaca por su violencia, dejando partículas de vidrios y el viento de la noche entra de largo por las ventanas sin cortarse.

— Se me cortó la cosa, dice la madre, ahora sí que empieza la diversión.

Coya retira las fotos de encima de la mesa y completamente recta las va entregando a los habituales del bar. Por un tiempo, todas las cabezas están fijadas en las imágenes y después empieza a aflorar el desdén.

— Para esto no viajo, las palabreó un hombre desde la otra mesa.

Y siguió hablando pero con la voz tan baja que no pudieron escucharlo.

— Es igualito que aquí no más. Hay dos casitas y el metal, conversó otro.

— Atado de borrachos que no saben distinguir, dice la madre.

Los ebrios manosean las fotos, con las manos manchadas, borroneando las imágenes, dejando su digital huella en cada una.

Tomaron con desaire la oferta. Más bien con envidia.

— Es que son unos envidiosos, dice Coya.

— No agradecen los regalos (murmura la madre), no son capaces de tirar una corrida para este lado.

Más lejos, a una cuadra de distancia por lo menos, se sintió la segunda quebrazón. Ahí los parroquianos, Coya, su mamá y todos se quedaron callados, pegando instintivamente la cabeza en la mesa, cuidando de no derramar el vino, de no desperdiciar nada de lo que tenían.

Era del largo de una cuadra.

Duraba una cuadra entera la rotura, como si no se saltaran ni una de las casas poniendo al mínimo la velocidad de los camiones.

Acabó.

Y cuando Coya se irguió, se dio cuenta que eran las últimas en regresar a la pose normal, que su madre todavía continuaba hundida, y cuando la movió, tenía los ojos cerrados, apretados, y su cara era una pura crispación.

Le habló despacito:

— Ya se terminó, le dijo para consolarla.

— Estas cosas me dan sueño, el vino siempre me hace dormir.

Pero supo que su madre no tenía sueño, sino que el miedo no la dejaba abrir los ojos.

ABRIR LOS OJOS A:

Seis visiones.

Seis las versiones en que tuvieron la borrachera.

Pasiones seis.

1.

La primera visión fue de alacranes sí.

Que se movían con la cola lista para atacar. Era una horda que ocupaba el barrio, colándose.

Bestias multicolores que primaban a rojo oscuro el veneno y la zarpa.
Animalitos reptando: — mamá el alacrán.

Pero estaba consumida ya y arrasada a la vez.

— Mamá esconde la cola filuda puntuda que yazgo
anémica, hemofílica y escaldada.

Me clavas.

La clavada alacránica la volvía damnificada, sin casa ni celda.

Era el afuera.

A ras de suelo, en la tierra, salían de los hoyos y como una procesión sucumbían en lo humano que embatían. Sin armas que la protegieran, movían su garra: en el sobrante de la uña, el veneno.

Carecía de retaguardia, no tenía espacio, hueco, ni plantación tras la cual evadirse. No se daba para ella el trigo.

Coya tenía antojo y hambre del alacrán.

Chupó con ansias los dedos de su madre, sorbiéndolos hasta la garganta, raspando el recorrido húmedo de las uñas, rasgada por dentro en la irritación colorada.

Empujándose los dedos de su madre hasta lo más profundo:

como sables y metálicos alfileres.
como sondas.

Los dedos largos aplanando la lengua. No, aplacando el hambre, tragando siempre la carne filuda el camino. Violenta y voraz la arcada expulsó. Pero seca por dentro la tripa no arrojó nada, sino las convulsiones, todas sus ilusiones condensadas añoró:

- Tengo ansias de los dedos de mi papá, decía meciéndose.
- Ilusión traigo de sus dedos en el borde de la uña y el saqueo.

Lloró.

A través de la vela se multiplicaban los muchos alacranes viriles y extenuados. Por encima de la mesa se movían subiendo, trepando los vasos y resbalando la superficie.

ERAN OSCUROS, MORENOS, CHILENOS, ESCURRIDIZOS Y TRAIADORES.

Afuera, las ruedas de los camiones buscaban el equilibrio y a hondazo limpio perforaban los vidrios, rompiendo con acertada puntería las últimas defensas, las postreras ofensas largadas en seco por los comandos.

Percibió.

Coya fue capaz de percibir y recibir en su pupila la imagen de su padre volteado por la piedra, traspasado por el agujonazo del alacrán, el vaso roto clavado en el costado, el arma de su madre perforándole la boca.

Vio también la horca

la hoguera

la clemencia

y la paz final del barrio que se rendía con numerosas banderas blancas asomando de las ventanas trizadas.

No bastaban los trapos blancos.

Por eso ella empujaba la cara pálida de su padre mordido hacia el exterior, más allá del umbral para entregarlo difunto al general como regalo, abriendo por unas horas la tregua.

- Dame la lengua, le dijo a su madre. Métemela por las orejas y límpiame para que se me olvide el estertor. Enróscame en mi cavidad la pus.

A su propia madre dormida le abría la boca que la ebria instintivamente recogía.

Soportó la mordida. Con la mano libre, libertó los dedos de entre

los dientes. Frotó su oreja contra la cara, la áspera piel que le impedía el ruido, aminoraba el estallido de las pedradas.

Pero no era suficiente.

No concluía la versión. Sintió por esto aversión y quiso evadirse al darse cuenta de modo concluyente que el asco y la arcada era a la figura inclinada asustada y en doma de su madre.

- Te tengo asco para todo y no sé ni puedo comprender el uso prolongado que mi padre te tuvo. Asco y ardo en saliva, mamá ¿cómo vamos a salir de aquí? está todo el frente, el costado y más atrás lleno de gente y el tiempo pasa y nada más que unas pocas horas nos dieron.
- No molestes, dijo la madre traposa.

Y tampoco se molestó un mínimo en mirarla o tocarla o decirle la información que requería, decirle al menos que la quería y que a pesar del derrumbe general, su mano iba a aferrarla, llevándola a campo abierto hacia la luz.

- Si me dijeras eso, me muero de gusto.

Pero se limpió la cara con la mano y sacó el relumbre de la lágrima con que esperaba el desenlace.

Intranquila, veía el desplazamiento opaco de los parroquianos, los gestos indecisos, el temor objetivo que la contagiaban.

Pensaban orgánicamente en una salida posible y por eso las miraban, contando con ellas para todo.

Coya, de una ojeada, vio que todos tenían ficha, que si los calzaban, las arrastrarían en la sospecha. Comprendió que era mejor no decir nada, no cruzar palabra con ellos.

Pensó de nuevo. Ya ni vio el alacrán.

Y de pensar, la boca se le llenó de saliva y miró de inmediato a su madre y más atrás, en la última mesa hizo un gesto a sus amigas que la miraban con rencor, menos una que la miraba con pasión.

No había alcanzado a sortear la visión de la picadura. El agujetazo continuaba dejándole el efecto único y abúlico del hambre.

Así era.

Perduraba en su conciencia la obsesión de chupar, comer, esquilmar hasta el borde inferior de su tripa al alacrán más carnicero, que en su delirio había magnificado.

Y ese deseo quedaba pendiente ahora que los vasos volvían nítidos y todo su cuerpo empezaba a concentrarse, a encogerse por la bulla del afuera que se avecinaba, esta vez hacia la izquierda contando los seis camiones que se detenían en una cuadra próxima y víctima también del deterioro.

Esperó.

Cruzó mirada con Berta antes de agacharse contra la mesa, cuidando de no rozar a su madre que ahora no iba a alcanzar a escuchar el cristalino tiro.

2.

POR LA PATRIA

hace todos los días que no te veo y sufro mucho y me revuelco mucho con el primero que encuentro. No encuentro como comunicarme contigo y por eso acudo a las palabras por si pudieras soslayar el analfabeto y actuar de alguna manera y eficaz. Porque cuando hace todos los días que no te veo, ya no te puedo disculpar de manera alguna, ni aunque te sangraran las rodillas, las narices y la boca de pedir perdón a mí, yo me abriría de nuevo para mostrarte abajo lo tupida que estoy. No me quejo de todo, porque te has perdido cosas lindas aquí; el honor, el orgullo y el hábito que cada día nos apunten, como si de nosotros, por nosotros no más, estuviera de acabo el mundo. La maldad nuestra es ahora inconmensurable.

**A MI AMADA
IDOLATRADA
MADRE**

mamá que los voy a matar y a ti al último como un favor, para que después ninguno pase y te diga, arrastrada, con la propiedad que ahora te llama la marejada de insanos. Yo me voy a entregar, después a la tropa y que ellos dispongan de mí y me pongan en el potro y otro de ellos me retire exánime. Perjuran allá afuera y los insultos son lo peor que yo nunca haya escuchado, ni tú siquiera que te sabes todas las palabras, has llegado tan lejos.

A LOS PELOS
DE MI
ABNEGADA
MADRE

mama de mí que se me sale la leche del
pezón y te cedo la punta para la sed.
Chupa mi leche posparida y luego, cuan-
do te llenes, te empiezas a bajar y a
hundir en lo que tanto te gusta: te
regalo el abajo, te ahorro el atajo y con
la lengua me vas lamiendo y yo desde
arriba te miro mamá, te estoy viendo de
qué manera la lengua tuya se esgrime,
me eleva, me calienta todo el cuerpecito
el hueco. Claro que te apuras sí, ya sabes
que los chilenitos morenos obedecen
a los esclavos y reverencian la masacre,
mamá, la sangre que se vulcaniza el
alquitrán del hampa en fin mamita
tu lengua

me lleva

al suelo.

A LA LENGUA
DE MI
INSACIABLE
MADRE

se oyen balazos, bombazos afuera y la honda no para de trizar, por eso no te detengas y no busques mi boca que ya te conozco la lengua cuando me la metes y la revuelcas y me pides sin palabras que sea yo ahora la que te favorezca contra la muerte al gusto, el susto que tenemos es tanto, mamá, que presiento la copa de cristal tallado del general, titineando cuando celebra con los banqueros el trato, el contrato sobre los restos de animales hambreados y el agua para los delincuentes. Quizás logremos sobrevivir allá lejos ¿por qué no? en Pisagua dicen y gocemos

más cautas

todavía.

**AL HONOR
A LA FAMA
AL PRESTIGIO
DE MI MADRE**

- ¿quién vaga?
 - son guardias.
- ¿quién está detrás de los guardias?
 - más guardias aún.
- pero más atrás de ellos ¿quién?
 - los hampones y los soplones, los dateros, monreros, escaperos y lanzas.
- ¿qué guardan, qué cuidan los guardias?
 - el honor de todos ellos. Son en su totalidad los cachiches de su lucro. No, los fetiches.
- ¿cuántos guardias existen?
 - tantos la contrata.

No se cuentan, se ven tan parecidos cuando se identifican con el traje, la insignia, la metralleta y todos sabemos eso sí, la cantidad de armas que tienen y las cargas. No, no lo preguntes: hay una para cada uno y la sobra para los agónicos el tiro de gracia; granadas también, tierra minada en las fronteras a los enemigos e invasores de nosotros y así nadie, ninguno de los laterales; los morenos indios e italianos mestizos, podrán nunca jamás abusarnos.

el mar es salado, helado. También es compatriota e ilustre en nuestra patria y enemigo crucial del barrio. Es un consejo, algo muy tierno que emana del hueco de tu madre.

nos echan...

nos echan la culpa de todo, de cuanto pasa nos ponen de ejemplo el peligro; el otro día borracha de chicha y pena me arremangué la falda un salto el calzón y entonces el guardia me dijo: — ¿qué te traes? ¿qué me traigo?, pensé, ¿qué?

repitió: — ¿qué me traes?

Y movió la mano al cinto y yo bajé la falda desarmada a la orina que corría absorta a la manera de apuntarme así directo al frente, en todo mi central frente, como si yo de puro acurrucarme la necesidad fuera capaz de privarlo.

— Pero ¿dónde estabas tú para asustarlo tanto?

— en el bar Coya, estaba apenas al ladito afuera del bar.

El rumor, el rubor que tuve cuando me lo dijo en furia volcó la estrella mía y la estalla.

— ¿Cómo saliste?

— a la manera de los animales lo hice: boca, saliva, lengua y mucha infinita gratitud a mis propias habilidades.

no sucedió:

AUDIENCIA Y PAZ A UNA NOTORIA MENTIRA CHILENA DE MI MADRE.

BUSQUEMOS A LA MAMA MEJOR DEL MUNDO QUE ESTA EN
ESTE PAIS.

la mía:

cayó parida del cielo por Dios Padre.
parada en el suelo.

No, No.

Es la que yo tengo

y tuvo un atisbo leve social enferma man-
tuvo a un guardia

y le crecieron alas y me
zampó.

Jugamos un par de veces a quien mejor de las dos y el guardián de mi
madre me acompañaba en la nohecita y me contaba unas historias
que ni te digo.

bueno. basta.

que pase la artillería y lúmina estela elija al trompa
decida.

(de la segunda visión)

me despierto acezando y agotada por la picazón, es sarna ¿sabes? y ladillas pegadas a los pelos las que me impulsan. Trato de imaginar-me en los pasos que andas, en las cosas que comes. De todo. Y en estas imaginaciones me imagino que tú me ves tal como estoy ahora, atrincherada con mi familia y que te gusto como antes, mucho antes que te acojonaran las muertes y salieras al oscuro diciendo, a la mala, que al otro día me ibas a sacar de aquí, porque el miedo y la venganza nos iban corrompiendo a Dios. Pienso que no debo pensar, cuando afuera nos leen los sentimientos y este odio me mece, remece y merece más sangre. Masacre y ocre es la ladera.

3.

Vi una cosa buena, es decir, la vimos todos cuando el tercer espasmo, cuando la tercera locura.

Era el amor que te tuve y entraba rauda hecho un celaje dintel adentro me miraba y me elegía entre tanta cortesana que penaba aguardando, sí, a través de las nenas chilenas se abría paso y hería.

El bar se prendió, rutiló y encalló en contra mía, levantándome de sorpresa y vértigo.

— Volviste, dije.

Y al asentir tú, sentí que las paredes se me caían encima, que las manchas, que los insectos, que los parásitos, los atentados eran asunto sin importancia cuando volvía el amor que te tuve y ya nada cosa ajena me podía enajenar.

— Llegué, me dijiste.

Y yo como una tonta repetí:

— Llegué.

Se me llenó la cara de risa, me activó el cuerpo el gusto, me latió el corazón más de lo debido, me picaron las manos por tocarlo, me traspasó de júbilo la envidia de las otras abandonadas: mis estúpidas coterráneas quejumbrosas y cortas de entendimiento.

— Ni la muerte, me dijo.

— Ni el crimen, le dije.

Y empecé a enumerar:

— Ni los golpes, por ejemplo y seguí.

Mientras en cada uno de los hechos, él decía sí con la cabeza y entendí que el amor que te tuve iba allá lejos atropellando casas, baldíos e incluso fronteras mismas.

Era como todo el mundo, cuando todo el mundo se chocaba en él y después que se había acabado el mundo entraba así y mi instinto me indicó por algunos segundos que estaba en peligro, que si después de todo había llegado era porque mi madre y yo teníamos apenas unos segundos para el final y que, tal vez, estábamos cumpliendo el deseo de los condenados.

— No es verdad, me consoló.

Y su sabiduría me levitó.

Ahí fue que me solté.

Me olvidé de todo y abrí los brazos para él, los puse en alto para que me revisara, para que viera lo desarmada que estaba, que no había nada en que yo pudiera dañarlo.

Me hizo un chequeo total.

Me ordenó ponerme contra la pared con las piernas abiertas y las manos apoyadas contra el muro e inicio un minucioso tanteo. Yo pensaba:

Ahora se va a dar cuenta porque ando desarmada y mis manos son lo único que me defiende.

Una de sus manos se detuvo en el bolsillo lateral de mi falda y empezó a golpear, sacando del interior una mínima piedra que yo tenía, una piedra que había recogido antes de la calle, una sobra de los camiones, una falla del hondazo.

Osé darme vuelta y vi la pena en su cara, también la ira y la decepción.

— No sabía, no me acordaba de eso, le dije.

Tomó su pistola, sacó el seguro y empezó un segundo chequeo.

Me admiré de lo bien que lo hacía, porque no había hueco en mi cuerpo que su mano no indagara, aun cuando el cañón permanecía fijo en mi nuca, sin moverse.

— No te muevas, me dijo.

Y corté todo, hasta la respiración.

Terminó.

Me dio vuelta, me dejó con la espalda apoyada en la pared y el cañón en mi frente y todo el armamento bajó por mi cara, por mi cuello,

por el pecho hasta el estómago y también su cara empezó a bajar cuando su mano libre se apoyaba contra la pared y su boca, hermosa sí, se quedó fija en mi frente y el cañón duro contra mi estómago y la respiración mía se aceleraba hasta el jadeo.

Quise decir algo pero no me atreví.

Empecé a murmurar por dentro, a escoger las palabras justas, pero apenas de mis labios pude hablar muy despacio:

— Volviste.

Y conciliamos el abrazo que dejaba de lado los malos entendidos y los rencores, pero por encima de todo estaba su cuerpo y el mío. No, estaba su boca que respiraba y generosa como yo era, le pedí que se mostrara para compartir su estampa.

Le dije:

— Salude a mi mamá primero, a su mujer primero.

Y mi mamá se pareció entonces a mí y yo era idéntica a ella.

Se saludaron con cortesía, sin besarse, apenas un instante la mano y después desviaron la vista y se alejaron uno del otro.

— Anda armado, me dijo mi mamá con rabia.

— Es que tiene que defenderse, le contesté.

El amor que te tuve explotó como una bomba de dinamita y fui profundamente infiel a todo otro cariño, insanamente traidora, radicalmente desleal y perversa cuando empinamos el vaso y el peso del país se desvaneció en su final y fue argentino quizás y yo también argentina y perdí nacionalidad en esa alucinación.

Fuimos la tercera locura en lo apátrida.

— No soy, no quiero ser más chilena, le dije.

Odiando a civiles, paisajes, cortes, jueces, cordilleras,
uniformados. Odio los juncos.

En esa visión el muerto estaba vivo y grité con todos mis pulmones insultando a mi madre por haber tomado a un chileno, no a Dios, o a un extranjero por lo menos.

— Está bien, dije, que se vaya al diablo si quiere.

4.

Voy a mentir.

Va a ser un invento de principio a final porque en la cuarta visión me abstraí como si hubiera fumado yerba.

Así de solitaria y difícil.

Vamos.

Ejercí un truco, una maña: — que no lo había querido —que no lo había conocido —que no lo abracé nunca.

Probé para atrás antes de ser Coya y reina y escogí un nombre paralelo, padres alternos, barrios soleados y allí las flores, su olor me saltaron a la náusea, el vómito me provocaron.

Tuve una cara distinta a mí y fui esclava: falta mayor ser rubia, ingestos mis ojos azules y extremada mi cintura angosta, en cuanto dotada de piernas largas tal como una atleta, pero sin cuartel hacia el cual dirigir mis pasos.

Sin el bar, carente de borrachera, zarca de punta a cabo cometí torpeza tras otra.

Voté mal el gobernante errado y contraí un matrimonio último y tomé un segundo esposo hasta que me cansaron sus embelecos.

Cuando era rubia me miraban y me tiraban frases y la mayoría quería casamiento conmigo. No concubinato, entiendan que estoy hablando de leyes, de resortes legales. Porque rubia pude haberme casado hasta el cansancio con testigos, padrinos, parientes y en cada uno de los fracasos posteriores arrear con todas mis cosas y dejarme caer en lágrima sobre los sillones de mi madre que me miraba complacida por la tercera caída, por la última equivocación.

Madre zarca acudí y no le decía en ese truco mamá, sino que la nombraba señora, dama a ella y a él dómi-

no, cid y espoleo.

Las otras niñas esclavas realizaban juegos risibles. Una de esas nenas me hizo cosas malas y la acusé, pero no le dieron castigo, fue impune la maldad, impura fue.

La nena quería matrimonio pero yo no se lo permití y los fui acusando a todos y terminó en casamiento.

VOLVI

Pródiga y humilde regresé en mi mente: despacito las pisadas por el barrio y encantada con el barro saludé como siempre a mis vecinas, en toda la cuadra me resigné.

Estaban.

Diéronme la noticia que estábamos en la mira y por eso dijeron:

“Viene una redada al barrio”.

(lo dijo un hombre cuando nos agrupamos en una esquina y lo dijo con ira).

Eramos acezantes y cesantes todos, porque los clandestinos se cerraron prontamente y con decoro.

- Es tu papá quien nos enviló, él tiene la culpa, no nos repartió nada y por nada nos va a tocar a nosotros.

(supongo que Juan fue el único que sacó la voz por mí y les explicó que yo también iba a caer, que estaba en prenda, de rehén, pagando la deuda de mi semejante y pariente. No me compromete su gesto).

Contenta miré los tejados, mientras seguían los comentarios. Supuse las casas arrancadas de cuajo, quebraciones de vajilla. Para mí que los niños del barrio iban para ángeles, los borrachos habitantes para víctimas y las mujeres para capote y persecución.

LOS HABITUES DEL BARRIO ERAN ENTONCES ESPIGAS DE TRIGO Y YO ESPIGA TAMBIEN EN LA SIEGA.

Por ello recité para ellos y la yerba adquirida venció mis prejuicios, opacó mi resistencia y enyerbada salté al estrellato e hice un número inolvidable y feroz.

Me corté la muñeca, me abrí las venas en público y en el goteo dejaba caer frases de amor como

“sácame caliente el hierro vivo”
como

“Comete estupro conmigo al alborear
trepanada por la manta y amordaza y
venta”.

Dije frases, repito, de amor, mientras el goteo público tomaba el hecho con esperanza. Era sí la primera inmolada de ellos, la primera volada. No había compasión en balde. En el balde escurría la sangre de la muñeca.

Yo era muñeca.

Tiraba para muñón mutilado.

- Está volada, dijo una vecina.
- Estoy volando, le contesté.

- Está volada, dijo una de mis amigas.
- Estoy cansada, dije.

Fui magna estrella, premier figura, iniciadora del espectáculo rojo y demonia.

AMABA, QUERIA, SUFRIA UNA PENA DE AMOR LATINA.

Y despojada del acto de fumar entregué en pago el cortaplumas, la pluma, el papel, la carta, la señal.

Dije de amor:

- Años ha un zarco jugó a la prenda conmigo.

Trasmutada por el efecto increpé a los hombres duramente.

- ¿Me oyeron? Me pasé al enemigo por un zarco años ha, él tenía como yo cicatriz y me nombró regente y mi padre se enfureció y me lo desenclavó del pecho.
- Es verdad lo que confiesa años ha, dijo Juan.

Mi madre salió en mi defensa.

- Nunca tuvieron intimidad, sólo frotarse la boca, un decirse palabras. La Coya es mía y nadie la va a mirar mal.

Mi madre detuvo el acto:

Vendió la muñeca, alejó a los espectadores,
me arrastró a la casa, me quitó el bolso de
yerbita, me acostó en la cama, cerró el
postigo, se tendió al lado mío, puso mi
cabeza en su hombro, me arrulló como a
ser humano.

Nota:

Fue en el mes de julio, un mes antes de la redada y la Rucia es
testigo que este hecho trajo para Coya una indestructible mala
fama.

de amor como:

te doy para siempre palabra de amor.

**LODO PARA LOS HEROES NACIONALES: COMBUSTION INFI-
NITA PARA ELLOS.**

Una pira, una armazón medieval vio

- Jea D'
- No, soy Coya.

- Háblame de la armadura y de tu servicio al débil gobernante. Explica lo de las voces.
- No es cierto, pero si quieren algo solemne y pasar a la historia, pongámosle al barrio entero Jea D', no tenemos oponentes.

Vio armarse la pira medieval con las maderas de las casas que construían el tramado: vio el erial y en el medio la pira.

MAMIS CLAMABAN POR QUEMAR A SUS HOMBRES

- El niño me traicionó, viró madre 1.
- Buen mozo que era, dijo la 2 para irritarla.

Quedaron sólo las panderetas y sus murales: el rock movimiento estallaba en colores, el mural andino fenecía opaco, las consignas fulguraban fosforescentes rojas, amarillas algunas y azules.

La pira era el objeto artístico más bello de la cuadra. Delante ordenadas, las madres.

De todas había una que era absolutamente limitada. Era la madre 3.

Gimoteaba porque su joven le había sacado la cosa de entre las piernas y la había dejado clavada en deudas y compromisos. No portaba armas porque el reglamento nacional lo impedía. Tampoco quería para el hechor la pira.

Madre 3 llamaba al amante, hijo, y al hijo, amante, lo nombraba así en el equívoco, plena de mala fe y constancia, atosigada de rencor desfallecía virgen.

Por eso madre 3 fue elegida para dar rienda al incendio. Hubo trampa en el sorteo y maldad.

— Jea D', dijeron.

Y yo vi en sus ojos el arrobamiento de las criminalas. Así se abrió el juicio:

Madre general al centro y más abajo en las gradas la jerarquía de las otras. Se tomaban actas y madre 1 fue la acusadora y fiscal. Todo estaba planeado de antemano porque la pira crecía cuando ellas llevaban sus mediaguas, sus mejoras, las tablas al fuego. Había tongo.

Consejo de guerra y cuadro de choque.

MAD

1. ...no menstruaba cuando perdió canon agujero sorte.
2. ...licuaba la manito abajo.
3. ...le hacía con la mirada a niños y a niñas.
4. ...se reía al cinto.
5. ...era derma y frágil la vista abierta.

Entre todas le raparon la cabeza como a lanza y cogotera, la pusieron de espaldas porque no debía, no estaba permitido dar la cara en el juicio.

Vicio de las adictas la hoguera de sus costumbres.

- ¿Qué voces? ¿qué cahuín formaste?
- Aprovechadas de mi papá, murmuró Coya.

— Desacato, gritó madre general: la boca cerrada Coya, la pelada baja.

Juan fue su defensor, pero estaba en soborno, desganado, desclasado llevó más leña a la hoguera:

- Si te declaras la asamblea te puede aminorar, voy a pedir, relegación, extrañamiento o extranjería.
- Nunca fui inocente, dijo Coya, ingenua tampoco.

Madres 1-2-3-4-5-6 le pasaron la mano sobre la rasadura y la escena tornó:

- Mi hijo es lanza, dijo mad 1.
- El mío escaperó, dijo la 2.
- Cogotero aún, la 3.
- Acaso monrero, la 4.

Eran seis madres rapadas, rasadas, peladas: Seis lampiñas que suplían justicia.

Ahora Coya era reina y madre de madres e iniciaba su pleito. Ante la pira, las mujeres inclinaban la cerviz, mientras que el padre y antecesor subía las escalinatas y confesaba de pleno sus delitos.

(estaba también rapado)

Sangraba bello, se quejaba suave, respiraba apenas.

Coya lo irguió, irradió su bondad y abonó un plebis-cito, un acuerdo y una tregua.

Que dijo sí:

- Gladiadores y gladiolos enarquen el torso y embatan, mientras en murales las niñas los pintan.

Baja mi pater la escala: no sangra, sin queja
pone en mi dedo sortija, respira hondo,
flamea.

6.

LA PUNA, LA PUNTA Y EL DESCONCIERTO ME PUNZAN

oía yo casos que contaban y grandes mentiras épicas:

que el barrio se sublevaba (decían).

Yo claro, yo cierto, yo ciega insurreccional y arcaica aquea, pensaba en la hiroshima porfiada como las indias su mito.

Morían, gemían, mostraban sus armas.

Había Linchacos Tenían

Se advenía la última sexta

y todos los compatriotas, patriotas, misérrimos seres sublimes caímos a fondo en la androginia:

— Soldada y

soldado contra los guardias, Coya, arremete, me dijo la cosa ilustre.

— Por venganza yo, le contesté, por la deuda pendiente nada más.

— ¿Qué el barrio se pudra acaso?, inquirió la cosa ilustre.

— Yo acudo por asuntos personales y privados, pasados también.

— Muy buena razón, muy justa.

Y pasó linchaco a mí el arma.

(a todos)

Tramamos un simulacro tendiendo las cadenas al aire tal como si nos atacáramos los unos a los otros.

Fue una sinfonía metálica y allí relumbro la destreza manual de la

plebe.

En el pubis mío la comezón del acero y en el centro pubial y nupcial el odio contra la patria:

CHILE-NO, grité el levantamiento.

Y le largué una última mirada de deseo a mi madre la vasta bastarda.
Partí.

Afilé linchaco contra un muchacho vecino.

Combatí con él cuidando de no herirlo mucho, rasparlo apenas, sangrarlo un poco y amoralarlo.

Afiló linchaco contra mí y no me quebró en la arena.

Fue una linda pugna de ensayo nuestro los atletas.

Seguía al mancebo y él me precavía y fue un baile.

(explico que si no rumbeábamos nos íbamos en el miedo y espanto a la redada)

La Rueda El Barrio Nos Hizo

Picoteo de gallos al centro:

él la punta del linchaco y yo la punta.

Gladiadores al ruedo brillando el sudor.

Pelea callejera de matones por amor,
abandono y celos.

Empezaron las apuestas:

Mis amigas, mi madre y Juan apostaron en mi contra. El gesto me produjo arritmia y rabia. La Rucia, por ejemplo, tiró las últimas monedas a favor de mi contrincante, las demás se largaron con billetes, mi madre incluyó la sortija que mi padre le donó mi anillo.

El muchacho y yo temblábamos responsables. En el rol asignado yo era:

Cuadro de Choque y él Guardia.

Nos saludamos después de la danza la segunda parte fue: El joven combatiente se iba con todo encima mío y cuando me atrapó con el linchaco aproveché de decirle una cosa, ofrecerle un trato y hacer una trampa.

Cedió: la cadena soltó mis brazos.

La cadena soltó marcando mis brazos y yo en el abrazo lo arañé, lo arené incitando a la revuelta.

El barrio cayó en incertidumbre y la servidumbre retiró su inversión desencantada.

Me besaba el joven
Observaban todos

Los dos apoyados contra la pandereta, en la penumbra nos frotábamos y los dos linchacos marcaron el cuadrado espacio que nos dividía del furor de los apostadores.

Era la fiesta final y de clausura.

Velatorio-Velorio y duelo a nosotros las víctimas electas, por eso mi ánimo estaba bajo. Era ya un ánima el joven combatiente envejecía apresurado. Envejecía, digo, exteriormente y armado de dientes se desdentaba: lo miré, lo volví a mirar, lo atrapé con ojo zurdo y le otorgué palabra para la arenga postrera:

— Tú, le ordené, vas a dar un testimonio.

Los habitués del barrio se acomodaron en las butacas acercando las mesas.

— Voy a dar un testimonio.

Me preparé:

Mi pupila zurda y borracha proyectaba en la penumbra el celuloide para los espectadores.

Mi ojo era una luz que imprimía de imágenes paternas la pared del fondo del bar.

En el contramuro, desde los extramuros mi garganta le dio voz, le devolvió su vocalidad.

SU PARLAMENTO

me duele, me duele, me duele.

SON FASCISTAS QUE ESTRELLAN MI CUERPO ANIMAL

No he hecho nada

¿no has hecho nada?

me duele

mi fama
mi mala fama
mi familia

me ven, me toman, me temen.
me cercan, me pescan, me cuelgan.

l'ostil
gresan
gresan
GRESAN

Romuer

Estoy

tomuer

Tomuer zasqui gadi: oma
gadi: dio-o

DIJO: "OH DIOS"

lema

Ne Im Sisatxe On Arbah Nodrep Arap Solle.

— Ay que vienen, dijo la madre.

Coya levantó la cabeza y la miró.

Tendió su mano hacia ella y la otra mano se volvió esquiva por los temblores.

Afuera los camiones buscaban, cercando la cuadra precisa cuando ya los motores se detenían y la multiplicidad de pisadas definían el augurio.

Hombres y mujeres estupefactos intentaban gestos heroicos: no gritar, no lamentarse, emanar agua del cuerpo. Por eso sudaban, vomitaban y menstruaban las mujeres.

Coya abrió sus piernas a la sangre y ahí su pupila fue nítida, tan clara y fértil que pudo atravesar la pared, suponiendo la pandereta y el deslizamiento agudo del piquete que se formaba en línea.

No, no su pupila. Su mirada no traspasó nada, sí el oído forzado que retumbaba los movimientos creando, formando una falsa pandereta humana.

Estrechó la mano de su madre hasta torcerla y habló, suplicó más bien:

— No te mueras.

Y la madre la miró y sonrió con burla.

Las otras mujeres llegaron hasta su mesa y la vela les corría la cara de un lado para otro, deformándolas y dejando el moreno estado más lívido, más ensombrecido aún.

Compartieron las sillas.

Berta, pegada a Coya, se mantenía entera.

De la misma manera sacó odio para afuera:

— Es cierto, dijo en su oreja, es verdad que Juan es un soplón.

Como un soplo gimió Flora con su cabeza apoyada en el hombro de la Rucia que se erigía impasible, mirando hacia la puerta esperando el culatazo y el agujero.

El líder llegó hasta ellas y por un momento todas las caras se animaron, pero la faz del líder estaba pétrea en su textura y disminuía hasta arrojar una timidez inofensiva y elocuente.

Así fue. Ordenó.

— Hay que replegarse, hacerle el quite a las puertas y ventanas. Muévanse rápido para el otro lado.

— Sí, le dijo la Rucia, usted quiere que nos maten a todos amontonaditos ¿no se da cuenta que van a venir por el tejado también? ¿no se da cuenta?

El líder apeló a su insolencia y prestancia. Patriarca elaboró su gesto:

— Al fondo, insistió, después arreglamos.

Se movieron casi reptando, apiñándose en el suelo, formando una tribal rueda y al centro el líder.

Coya pensó que no había nada que decir y por eso su propia voz copó su cabeza inquieta:

...no oponerse...

(¿habrá un muerto? más de alguno va a fallecer reventado contra las tablas del piso).

...no demostrar miedo...

— No hay que oponerse ni demostrar miedo. No hay que decir ni una sola palabra. Aquí no se responden ni a gritos ni a insultos.

La piedra rompió el primer vidrio.

El líder se dobló en el suelo y su mano aferró el tobillo de la madre la que acatando, no opuso ninguna resistencia.

5. TESTIMONIOS, PARLAMENTOS, DOCUMENTOS, MANIFIESTOS

Estos días sí, el momento de las caídas
en la noche y la levantada al día para
sortear en el día el trabajo.

No es que no los quisiera, los después
de lo que me hicieron, estando en la
tarde, tirada en el suelo, al amanecer me
puso la mano en la pierna y yo no pude
contenerlo. No sabía, no quería sentir
la frialdad de su cara y decir que él
mano fuera mi consorte.

Me pegaron, me dieron castigos atroces.
Me encerraron en la casa sin ventanas, sin
puertas, en zapatos me dejaron, sin
perdón para mi falta.

Aguanté mucho, mucho tiempo así viva
y aún así no me perdonaron y por eso
me puse buena con ellos y cuando se
enfermaban, cuando veía la pobreza, yo
me miraba los pies ensangrentados y así
los daba con agua.

Seguía complicando la necesidad de la
vida del exterior a la casa, el único camino
era el baile.

Mis hermanos, mis hermanas eran
tristes y yo era.

— No voy a ir, les dije un día.

FLORA

Yo me vine así, es que me aburría, me cansaba el paisaje. Siempre yendo y viniendo a buscar agua y el silencio de que no me hablaban a mí. Nadie a mí.

Entre ellos sí, el remezón de los catres en la noche y la levantada al alba para cortar en el alto el trigo.

No es que no los quisiera, fue después de lo que me hicieron, cuando en la tarde, tirada en el suelo, el joven me puso la mano en la pierna y yo no pude contenerlo. No sabía, no quería mirar la frialdad de su cara y dejé que su mano fuera mi consorte.

Me pegaron, me dieron castigos atroces. Me encerraron en la casa, sin lavarme, sin peinarme, sin zapatos me dejaron, sin perdón para mi falta.

Aguanté mucho, mucho tiempo esa vida y aún así no me perdonaron y por eso me puse hosca con ellos y cuando se enfermaban, cuando venía la pobreza, yo me miraba los pies endurecidos y no les daba consuelo.

Seguía cumpliendo la necesidad de la sed: del estero a la casa, el único camino mío el balde.

Mis hermanos, mis hermanas eran cristianas y yo mora.

— Me voy a ir, les dije un día.

Ahí creí que me iba a venir otro castigo, uno mayor todavía. Pero dijeron “án-date”.

Ay sí el viaje. Tan sacrificado y todo tan difícil y después el barrio que se parece al castigo que me viene con retraso por la pierna que di al trigo sí, muy cierto: debiera habérmela cortado entonces.

- Coya, es la piedra, es mi pierna, es la quiebra.
- Sí mujer, acuéstate en el suelo que luego te van a palpar.

SOBRE FLORA

Tuvimos que estropearla, enrielarla para proteger a sus hermanos. Sobre Flora prefiero no acordarme yo, como si estuviera tapada con tierra, ella que ya estaba entierrada.

Transporta la maldad y allá lejos las cosas se han puesto terribles. Se caen y despedazan habitantes. Yo no me culpo, tenía que salir como los yerbajos y olvidarla como casi yo.

SU MADRE

SU HERMANA MENOR

Yo no me acuerdo casi. Yo veo árboles y trigo chileno. No espero chileno, no existen aquí.

Aquí hay otro instinto, no como Flora que todavía esparce el rumor que hunde en vergüenza a todos los parientes.

Yo como hermana menor reniego y me cuido de los muchachos.

Muchacha y en muchedumbre me temo.

DE BERTA PARA FLOR

Se pudo llamar: ¿te puedo llamar Margarita? —no. ¿te puedo llamar

violeta? —no. Qué estupidez cultivar un jardín, regar, viajar, sembrar y crecer. Era una niña andariega. La Coya en Coa le habló clarito, me dijo:

- Berta, dale hueco en el reservado y ordena labores serviles. Que reciba ínfimo el salario rústico.
- Oye, le dije, cuando ésta caiga, va a ser un lastre.
- La Flora no es chilena.

No puedo entregarla. El malentendido se produjo y nada hará que yo la perdone. Aquí la comarca es infinita y el pensamiento da para mucho y no somos muchos los habitantes.

Sé que ésa es aún impugnada a lo largo de las casas y los hijos míos son mirados todavía con desconfianza. Mis otros hijitos que nada tuvieron que ver con el asunto y que, sin embargo, una y otra vez me dan los mismos dolores.

SU MADRE

DE FLORA A SU MADRE

No sé cómo hacer para librarme. Yo no soy del barrio. Yo no soy tampoco una chica. No soy. Les voy a preguntar a los otros qué van a querer de mí cuando hayan muerto, cuando estén sepultados en el lodo, cuando estén tirados por ahí: cuáles flores, cuáles rezos. De todo.

Voy a volver donde mi madre.

- Llego madre, diré.

mamá los brazos mamá la leche mamá el agua

o el corral para mí y los pecados para nosotras.

Las otras eran muy malas, muy lerdas para mantenerme bajo presagio y engaño.

Sí, a la fuerza y con violencia

La piedra

Otra piedra y otra. Otras.

Atrás, más atrás.

A través.

Atraviesan las ventanas pedradas y hondazos.

me dan, me dieron, me hirieron.

SOLDADO ENTRA, EL BAR SE ENCOJE

Se recogen los prófugos y entonces aparece el primer forajido en facha deslumbrante. Es un inolvidable espectáculo para los ojos. Desde el casco su mirada refulge: porta un arma por delante, lo cuidan armas por la espalda.

Es humano, hermoso, es un aristócrata oficial: Es el comando.

Es un verídico soldado del primer, del segundo, del tercer y del cuarto regimiento

Coracero Artillero

De la primera línea de caballería, de la segunda de infantería. Es un infante de marina, es un infame, es un cubo, un exaedro, es pentágono y prusiano paso abarca.

- Mami ¿está muerto?
- Sí Coya, ya es difunto.
- Mamá ¿qué informe oficial nos dieron?
- Sangre, Coya, se rebasó en sangre.

Entra al bar:

Al barrio el primer guardia oficial de la tropa que asombra
y sombrea a la fija audiencia.

CHILE-NOS

Cuando entra al bar los corazones suenan como tambores y frenéticas
cajas de resonancia. Los pechos que tum-tum suenan, que tum-tum
laten, que tum-tum no hay nada que los dilate.

Tum-Tum, mi corazón se ha sublevado ¿seré aún Coya?
Tumba-Tumba mi boca. Olvidé nombres, fechas, traiciones
plenas.

Tú-Tú que aún te quejas en la otra vida.

Huyen del bar los corazones seguidos de coraceros la cacería.

No. Se quedan.

Entra el soldado que es un plebeyo. Abre las piernas. Sonríe, Apunta
a los frágiles seres con metralleta.

SE HA DESATADO LA PRIMERA LIMPIEZA A LAS BARRIADAS CHILENAS

Las piedras rompen, rompieron cada una de las ventanas, astillando marcos, dinteles en la barbarie a la manera de catapulta y la barriada apertrechada tendió en seco las automáticas cortaplumas con la delgada hoja filosa en inútil defensa personal.

El bar:

El barrio horadado era una ruina y la riña advenía los gemidos.

Gemían hasta los hombres arrullando delgadas voces de soprano y el coro los mantenía firmemente enlazados, con las cabezas entre los brazos prohibiendo el efecto de las pedradas.

Pero gemían entre los brazos.

Lloraban sal por los ojos.

Coya sentía el codo de su madre que le clavaba la costilla:

como un arma

como una lanza cristiana la imagen.

La soledad del miedo era un retumbo ante la hostil posibilidad de tumba seca y aún solazando el pánico seguían entrando piedras por las ventanas.

Un hombre gritó y a la par realizó el movimiento para erguirse, levantarse, correr hacia afuera.

— No haga eso, habló Berta, si sale de aquí será el primer muerto.

Otro lo aplastó contra el piso, mientras la puerta metálica era abollada por un número indeterminado de piedras que la curvaban. El metal fue el objetivo de la primera ráfaga que sonó como todo el mar, como la totalidad de los cataclismos, como un terremoto nacional.

Coya cubrió a su madre y su madre la cubrió a ella. Coya besó a su madre en la mejilla apretando la carne. Cedieron lentamente los dientes soltándola y los labios entreabiertos escurrían saliva sobre la piel.

Por cada una de las mentes pasaban imágenes de recuerdos: figuras familiares, niños asombrados la pérdida.

Cada una de las mentes estaba remecida por el amor tan desatado y fervor que la pena se topaba en delirio. Por eso casi se perdía el juicio, dejando la razón de lado cuando ya no cabía el razonamiento.

Amor a los sobrevivientes, amor a los muertos, amor a sus casas, a los objetos, a la calle, a la luz, a las esquinas del barrio.

Amor al vino, al ocio, al juego, a la entrepierna, a la mirada, a los castigos, a la inusual caricia fraterna.

Sucesiones, cataratas de imágenes: y la actividad de pensar, el don de evocar, el poder de transfigurar y congelar los señalaba vivos, neurológicamente sanos, somáticamente individuales.

Se cruzaba por allí el arrepentimiento del barrio.

La Rucia, que no amaba, renegó de la cuadra, de la calzada y en otra parte, pensó, en otro lugarejo más sórdido quizás no ocurriría esto. En otro país, seguro, habría sorteado la precocidad del momento.

La Rucia se apretaba las manos ante la estampida de la ráfaga y su cabeza seguía el ritmo y sus piernas saltaban por la palpitada de los nervios.

Apartó a Flora que se le venía encima. Pero Flora recaía sobre ella, tal como si fuese el único borde ante el abismo.

— Córrrete, le dijo, que me ahogas.

Pero no oía, no dominaba nada, ni nadie.

Coya sacó matico de su falda preparándose para aplacar la herida propia o la de su madre.

— Para las balas no sirve, no va a surtir ningún efecto.

Y esa respuesta le evocó a su padre emplastado por ella. Abrió el cortaplumas y lo enterró sobre las tablas del piso. El cortaplumas vibró algunos momentos rozando sus piernas.

Iluminadas por el foco se cruzaron algunas miradas y Coya recorrió las caras que se levantaron abruptamente cuando la cortina que los separaba del afuera, se alzaba privándolos.

Entró el primer guardia que tiró una ráfaga al techo como prevención.

Berta pensó:
"Como Juego"

BERTA

Yo nací aquí, de aquí empecé a crecer, desarrollándome en estas calles. Al principio yo era muy amigable, pero después me puse desconfiada, a medida que fui teniendo mejor educación, cuando iba aprendiendo las cosas. Cosas de colegiales del barrio que robaban y pegaban a las niñas con el afán de tocarlas. Por eso me previnieron mucho que no esto ni lo otro, que nada me decía mi mamá, poniéndome de ejemplo lo que a ella le había tocado padecer, la cantidad de cosas que tuvo que soportar.

Yo le hacía caso hasta ahí no más, porque había cosas inevitables: tenía que jugar, compartir, rozarme con los demás. Mi mamá era muy pensativa conmigo, muy poco comunicativa y cuando le preguntaba por mi papá, ella me decía que en algún lugar andaba.

Le gustaba el vino y los señores que la abastecían. Yo en la calle para esas fechas, yo caminando. Yo golpeaba muchas veces cuando se descontrolaba por el miedo de lo que me podía pasar en las esquinas y en el baldío de las reuniones.

Allí fue en el eriazó donde lo vi y él como niño me miraba y se reía y me largó un hondazo que me dio en el muslo. Yo lloré y busqué una inmensa piedra, pero no lo toqué y él mientras corría, se burlaba,

pero después se fue acercando y con la mano me sobó como nunca varón, como nunca mi padre, como un pequeño hombre.

Yo seguía acudiendo aun cuando lo amaratado ya no estaba y le decía sáname y le decía cúrame la pierna.

Hasta que empecé a notar que se cansaba, que le hostigaba mi piel y si venía era a disgusto, porque la suavidad de su mano había desaparecido.

Perdía orgullo, porque iba por nada y me levantaba la falda y él nada.

Sus ojos se ponían gratos con la otra niña que se paraba en la punta.

Sufrió su mirada que no la he vuelto a ver de la misma manera, salvo en él, en Juan, que parecía un remecido.

Me acerqué a Coya disimulando mi odio y eso hizo que él volviera a hablarme, pero se dirigía a ella, tan tímido y tembloroso que apenas le salía la voz.

Cuando la venían a buscar, Juan se quedaba conmigo mudo y desagradado y me di cuenta que si le daba cosas se ponía un poco más grato y hasta a veces, me pasaba la mano con descuido.

Por eso llegué hasta a sacarle plata a mi mamá para tenerle sus cosas y cada vez recibía golpes más grandes por mi falta.

Yo ya era una sombra por esos días. Meses añorando otro hondazo y pensando que la boca se me partía y que la suya me sanaba.

Sueños no más porque él que me recibía, que me recibe de todo, la iba llenando de obsequios a costa mía.

El también era una sombra de ella, que los vi una tarde cuando levantó su falda, pero la dejó caer antes que la mano la alcanzara. Se rió mucho y le dijo que se desahogara en mí, en la Berta, dijo, que tan disponible te espera.

Ahora no sé, me gustaría de otra manera, todo de otra manera: haber esquivado la piedra y que algún muchacho me retozara sin soplo.

Yo la preparé para nada, para que nada le pasara, porque a mí me llegó tanto y todo lo fui tomando, toda desdicha y ninguna dicha en intercambio.

— Berta no, le decía.

Que no llorara, que no se riera, que no tuviera el más mínimo compromiso.

Pero llegó morada y supe que prematura sufría, que primavera campeaba.

Renegué de esa niña que era mi espejo: traté mucho con ella pero se iba al eriaz, le atraje muchachos, pero no. Fue mucha corrupción y cansancio cargar con una niña que pudo tirar para otra cosa y que una casa le pusieran y regalos.

Yo después de las pugnas no quiero saber nada más.

Todos los errores que ha cometido me demuestran que no me equivoco, que es por porfiarme, por odiarme, que ella buscó ese camino y ahora todos dicen, todos murmuran que ella nos trajo el cuajo de sangre que se avecina.

SU MADRE

BERTA Y SU MADRE

- Mamá me vuelvo loca.
- No Berta, no existe.
- No hay mundo cuando no está.
- Si no hay mundo, odia entonces.
- Mamá es Dios que se me escapa: ¿do está mi amado? ¿en qué parte del barrio mi esposo? pregunto así a los hampones, interrogo en las casas y lo busco y lo presiento a kilómetros, a millas, a metros de mi espalda. Pero se me oculta y todo parece un gran

eclipse de sol ante mis ojos: yo me eclipso, los seres se eclipsan, el barrio. Pero cuando lo intuyo, cuando veo su mirada, me siento morada, manada, majada de todo esplendor la cara mía bañada y hostia.

- ¿Qué lenguaje has adquirido? ¿en qué vicio te sumerges? Deja, corta, tómate un trago con tu madre.
- No, es su sangre y ni una gota debe correr. Lo busco, lo busco y aunque brusco se comporta es culpa mía, es pena mía y en punitiva celda me enclaustro. Yo pago tributo, monedas para él, joyas, prendas de ofrenda, perfumes, canciones. Pero yacemos a oscuras, tan borrascoso el cielo ahora que él anda en otra parte favoreciendo al enemigo. Pero tampoco es nefasto, algo habremos hecho, habré hecho para perder su favor y debemos con resignación soportar el sufrimiento, la arena y los animales feroces. Algo muy grave ha pasado: tener aquí amparada, a Coya, lesiva, lascivia mayor del universo.
- No está nublado el cielo. Son los celos que te tienen carcomida. No hay eclipse, los fenómenos naturales no tocan a este país. Ya todos se han olvidado de estas tierras. Casi no son.
- Son, están en el primer lugar, en el más alto privilegio continental, cuando él lo habita, lo pisa, lo destroza y nos destronará a todos los millones de galaxias que explotan por el margen de su bondad.
- Cálmate mujer, dejemos estas cosas y tómate un sorbito con tu madre, que a lo mejor es el último.
- Está bien, un poquito, un trago tampoco lo va a privar. Mamá cuando yo caiga ¿vas a decir todo lo que tú sabes?
- Sí Berta, no tengo más remedio, no tuviste remedio y voy a decir todo el abecedario, como las letanías que tanto suscribes.

MENOS A MI

Es algo que ocurre con frecuencia. A casi todos menos a Coya y a mí. No a nosotras. A Berta la agarró con

fuerza, con violencia.

Es algo del barrio que predispone al único y aletargado sentimiento que surge y se extiende hasta la muerte.

Berta lo buscaba en el erial. Iba, volvía, se paseaba por allí y de tanto le pasó, al no saber que él ya había sido enredado antes por Coya.

Cuando pasa, cuando el amor aquí, la fidelidad es terrible y pertinaz, es criminal y suicida a la vez y arruina la mente y el cuerpo que envejece, que apunta a fundirse en otro, en otra que se escapa, se burla y se aprovecha de esa mezquina emoción.

— Berta, le dije un día, otros muchachos te andan mirando.

Pero ella tenía la vista fija en Coya que recibía a Juan como regalo. De acuerdo. Juan la metió en esto porque no tenía pudor, consideración, ni estilo.

Yo creo que aquí nadie siente amor por otro y que el rencor lo suplanta.

Es hora de decirlo: Berta pudo por un segundo ansiarlo pero ya no, nunca más.

Eso lo sé bien porque conozco esas cosas.

Llegó una vez Juan golpeado terrible y yo no tenía deseos de atenderlo y acudí a Berta:

— Oye, le dije, Juan está muy amoratado.

— Avísale a su familia pues.

Y siguió poniendo adornos en el reservado para la fiesta nocturna. Es que a ella le encanta ese ambiente: la farra, los clientes y la desobediencia eterna a su madre.

Berta piensa mucho, sabe mucho y odia tanto el país que es la sombra humana más peligrosa de los alrededores.

LA RUCIA

Me contaron tantas cosas que se me fueron olvidando.

De Berta no sé mucho. Claro que de repente una va oyendo frases y ella tiene una tensión con Coya porque siempre la contradice mucho. Dicen que es por Juan, por lo menos antes, pero siempre les quedó esa costumbre de discutir.

Hay algo de envidia en todo esto y se provocó porque la mamá de Berta quiere mucho a Coya y una vez le dijo delante de todos que le hubiera gustado para hija y Coya afirmó que no deseaba una madre borracha y tan suelta.

Berta nunca más nos invitó. Nunca más.

Ella tiene gran capacidad, mucho ímpetu para conseguir cosas, siempre trae encima un poco de plata y un par de veces me ha abastecido y a todos nos pasa en los apuros.

Yo no soy muy cercana, porque siempre que habla de salir del barrio nombra a todas las personas menos a mí y eso sí que no se lo perdono: en estas circunstancias dejar atrás a alguien es aplastarlo contra el cemento.

FLORA

Fuimos a conocer a su padre.

- Voy a buscarlo, me dijo y quiero que vayas conmigo. Ya lo tengo ubicado.
- No hagas eso, le opiné, no vale la pena, va a ser para puro pasar rabias.

Pero fuimos.

El titubeaba entre una y otra, no sabía quién, cuál era su hija y nosotras nos miramos, nos reímos y no lo sacamos de la duda.

Después estuvimos toda la tarde celebrando el equívoco. Ya en la noche, cuando quedaba el último conchito en la botella, Berta me dijo:

- Ay Coya, capaz que tú seas yo.

— Capaz, le contesté.

COYA

BERTA

Había guardias, pero trajeron más y luego más guardias. Como un ejército completo rondando, cuidando y pescando ocasional a alguno del barrio.

Sabíamos que a Pisagua los nuestros, sabíamos que al Norte, traspasados de frío e infectados.

Los guardias no le hacían asco a las muchachas, pero ellas sí, todas nosotras como a la peste.

Así empezó la dificultad, la sospecha, el peligro. El papá de Coya parecía seguro como una fachada porque el bar se veía legítimo. Pero no era así, no era. Los clientes nuestros nos sorprendían en la ausencia del viaje, cuando los enfilaban al páramo y al océano.

A la ficha el terror, a empadronarnos, a apedrearnos parece la orden.

Ya no somos país, no somos paisanos, no somos paisajes amenos.

Mi mamá toma más por estos días, cualquier cosa se la manda al estómago:

— Es por ti, me dice, cualquier madre sufre la pérdida de su hija.

— Es por ti, le digo, es mejor despacharse borracha.

Y han puesto guardias de punto en su casa. Esto es lo máximo porque ella no tiene nada, ni armas, ni letras, nada en absoluto, entonces hay una fiera que ya no me explico, como si incluso el vino pudiera dañar la integridad nacional.

He mirado fijamente al oficial y no es él. La ráfaga en el techo abre boquetes hacia el cielo y no está. Mi gente grita y se retuerce. Yo no.

Espero al segundo que entra y me cancele el infortunio.

SU MADRE

No. Le servirá de lección.

No hay firma ni amnistía para ella.

Berta equivocada dejó caer los brazos para destacarse, para sobresalir de los demás.

NO ME DISPARES CON METRALLETA

Aparece un segundo soldado tapado y oscurecido: protegido por su arma y protector del primero.

Es un muchacho rápido, fuerte, obediente y lesivo. Es un refuerzo norteño, moreno, adiestrado y trasladado al barrio para cumplir la encomienda.

El soldado cruza el umbral.

Cuando cruza el umbral, cuando lo cruza ¿me oyen? desaparece el amor y la sobrevida del corazón es lujo extremo en sus latidos: la cabeza, la vista, el oído se expanden, se cierran, zumban.

No hay paz.

— Mamá, no en la frente, no mires al frente y tápame.

Coya no dijo esto: gritó sin palabras y a través del tono sostenido apareció la sílaba “ma” que no pudo completar absorbida por los gritos de su madre que también nombró “ma” y parecía en verdad que todos clamaran más.

Más guardias, más balas, más instintos.

Los refugiados gritan “ma” “más”.

Y PAC pasa el segundo soldado que superpone la otra ráfaga al piso. Empieza la intervención al barrio, aunque todavía continúan indemnes.

Que PAC el norteño
Que PAC el sureño
Y ataca la pesadilla

se hunde y entierra palo en mi herida y saliva escurre.

El primer soldado tiró una ráfaga al techo y los corazones se detuvieron por un instante, después vino el desborde amplificado por el segundo que encañonó y tiró una orden a los habitantes del bar: llamaba a la rendición sin condiciones, llamaba a no realizar ningún movimiento y mandaba porque no sabía lo que decía y temía que otra arma lo deslumbrara.

Coya no pudo evitar mirar a través de la cabeza de su madre el disturbio. Ya nada le contenía el freno de la retina: arriba y abajo, pensó, y después a nosotros directo.

Fue un vacío neutral. La mente contando los segundos, esperando más segundos todavía.

El grupo se tornó único aferrado a los alientos, acertadamente enamorados de la vida, mientras las balas perforaban y rebanaban el piso.

El guardia primero, miró el cielo raso y Coya siguió su mirada a los boquetes y en la pupila el número de hoyos descargados por el arma.

Sí, contaba el soldado su particular procedimiento automático.

Coya, entonces, supo que nunca antes había apretado el gatillo con tanta propiedad, que jamás guareció sin peso jerárquico y éste es el peor, pensó, éste es el más grave.

Y viró su mirada al segundo que ahora se quedaba inmóvil, levantando su arma hasta ellos.

Los focos seguían entrando a raudales, moviéndose de un lado para otro en destacado festival. Los gritos subían de tono, se superponían, se evadían más allá de las paredes chocando con las órdenes del afuera en un encuentro frontal.

Coya sintió que su madre la palpaba.

Le empezaba a recorrer con sus manos el hombro y cada una de las costillas. Su madre la tocaba y ella se aferraba como una hija retrocesa, donando su carne a la madre que respiraba aún por ella, para ella todo su cariño, cuando era la primera vez que acunaba, que

arrullaba el tradicional rito.

Y borró al primero y al segundo tableteo, obviando cuántos segundos quedaban, qué calidad de delitos pesaban sobre ellos.

Ni importaban ya las amigas, las rencillas, ni el afuera, ni el intenso dolor que pudiera traerle la entrada del metal.

Nada, cuando su madre la tocaba en despedida y se volvía para rendirle su homenaje materno, para evocar el encuentro paterno, prestando su cuerpo hacia la herida.

Los soldados se quedaron quietos siguiendo las luces de los focos y miraron por primera vez con exactitud, al grupo apiñado contra la pared del fondo del bar.

El silencio enloqueció a Flora, irritó a Berta, alertó a la Rucia.

Tal vez se vayan, pensó Flora, quizás ahora que nos midieron, que nos causaron terror, continúen la búsqueda por otro lado.

Ahora nos viene en serio, pensó la Rucia, ahora nos tiran a nosotras.

Ahora mi madre me besa, pensó Coya, y yo no podré responderle y le voy a esquivar la boca como siempre. Si ahora mi madre me besa, quiere decir que ninguno de nosotros va a evadir la metralleta.

Entró en silencio y ostentoso el tercer guardia que ocupó su línea con su impecable uniforme de guerra y disparó un solo tiro con la pistola.

Un solo grito y quejido retumbó.

La Rucia pensó:

“Fue en el pulmón. Le traspasó el pulmón derecho”.

LA RUCIA

Mi mamá era como un bicho, algo maligno y resignado. Dejó a mis hermanos en casa de familiares, porque ella no se hizo cargo nunca, tenía una enfermedad que yo no creo.

Todos los muchachos repartidos por el barrio, disparados. Yo me las arreglé para vivir sin culpar, ni andar pidiéndole a la primera persona que pasara un poco de cariño.

Perdí, disolví todo afecto, no como las demás niñas que por andar de brazo en brazo les pasaban cosas terribles. Por eso fueron pocas las veces en que me timaron los muchachos, en contadas oportunidades lograron sacar algo de mí, o atacarme, o largarme un hondazo, porque yo desarrollé un instinto que abarcaba lo que tenía delante de los ojos y lo que existía a mi espalda o alrededores. Todo el barrio estaba infectado, afectado por el mismo error, ya desde la cuna casi. Los chicos y las niñas traían la misma expresión que daba lugar a quien quisiera mirarlos.

Los mayores pagaban a mí si querían algo, a casi todo puse precio, no como los otros que circulaban gratis y ni sabían a qué.

Aprendí a concertar encuentros sensibles y pacíficos. Si había pugna bien y si no, conversación y negocios conjuntos.

Con Juan hubo de todo: lucha y armonía, borrachera además. Conocíamos los dos el barrio como a los nombres de nosotros, de tan sabido y pariente.

Pero Coya interpuso calumnia y le retiró poder mediante alucinación y desconfianza, dando y quitando, avanzando y feroz.

Yo la enfrenté, yo lo defendí un poco y ella me tachó de muchacho y vi, observé esa superposición y como fundidos, disolvieron cuanto ser se les acercaba, cuanta persona acudía.

No es hora de recuerdos ni recriminaciones. Para mí el odio, la rabia, la descarga, son lo único que vale para mi estadía chilena y por eso ser muchacha o muchacho es algo incierto, insignificante además.

Hace años que no sueño yo.

- Rucia, se ha puesto como la noche esta provincia.
- Muy cierto, entre los golpes y el arma, yo prefiero el gatillo.
- Dicen que tienen electricidad y adelantos muchos.
- Es un decir Coya, para este barrio no se van a tomar tantas molestias.

30 días atrás.

La dejé encargada y pagué religiosamente por su mantención. No tenía lugar para tenerla, no tenía salud para cuidarla, ni a los otros chicos tampoco.

Pero ella era mi preferida porque fue la primera y la más dolorosa para salir. No comprendió nunca y se fue apartando, ensombreciendo y poniendo insolente.

Mucha pena me causó que no me escuchara, que no me tomara en cuenta. Terminé por cansarme de ella cuando vi que se iba enviciando con los vicios que sobran en el barrio y armaba grupo con los peores.

Hace un mes realicé el último intento cuando decidí arrancar de este peligro y la convidé a salvarnos, a formar una familia unida como debe ser. Me dijo cosas imperdonables que a cualquier mamá destrozarían, me dijo, que prefería no haber nacido nunca, imagínense una cosa así, cuando la vida debe ser de esta manera y los dolores son la cercanía a Dios y ella, que tiene este pensamiento, va a ser expulsada en la otra vida y va a deambular por ahí huérfana y perdida.

SU MADRE

Cuando le pregunté por los rezos me contestó que se le habían olvi-

dado, que eran estupideces, que el único Dios era su papá que la había fabricado. Me trató de tonta porque no había sabido agarrarlo.

— ¿Viste a Dios cuando me estaban haciendo? ¿cierto? así me dijo.

Fue un sacrilegio y una ofensa a estas intimidades mías. Anduvo una cuadra entera gritándome cosas:

— ¿Cómo era Dios mamá? ¿Cuánto rato te habitó?

Cosas de la yerba seguro. Aún me parece oírle decir:

— Dios hace las personas y a mí me hizo mi papá y no te diste ni cuenta, no lo reconociste y por eso él no me reconoció a mí, pero yo creo que te gustó mucho el escaso tiempo que estuviste en el cielito. Sí mamá, me dijo, préndele velitas a mi papá, llena de velas el barrio a ver si se aparece y nos libramos.

Añadió:

— Tengo una canción inventada para ti, todavía no le logro dar una entonación, pero es algo parecido a “mamita te vas derecho al infierno por un pecado original”.

Hasta canciones me ha inventado, hasta esos extremos ha llegado.

— Hija mía, le dije, lávate la cara a ver si te despejas, estás embolada con la yerba que andan traficando por aquí.

— No mujer, trapeó su lengua, yo estoy limpia y clara, eres tú la que tiene un pedazo bien oscuro y ahora de vieja se te distingue a leguas de distancia.

Es feo hablar mal de las personas, mal de una pariente tan cercana y a la que una ha querido tanto. Pero tuvo un buen gesto una vez, en una enfermedad mía en que ofreció llevarme a la iglesia, cargarme ella misma y dejarme ahí por si me moría, que entre tanto santo, me dijo, se iban a compadecer y mi padecer en gloria se transformase.

Claro que también me advirtió que si hacíamos el viaje yo corría el riesgo de ser estatua de yeso y quedarme con los otros muertos de adorno en el templo.

Yo le presté mucha atención ese día porque ella andaba buena y sana:

— Rucia, le dije, déjame aquí mejor, capaz que allá me muera de puro

susto.

Y se quedó conmigo hasta que repunté, hasta que fui capaz de levantarme y soportar todo su infinito encono.

SU MAMA

La muchacha tenía sus amigas y andaban juntas para arriba y para abajo. Yo con ellas apenas el saludo, porque la Rucia jamás me presentó como es debido, ni con el respeto consecuente, como si yo no fuera digna, cuando aquí estamos todos en la misma: idénticas habitaciones, compartiendo el control de tanta arma que se nos ha dejado caer.

Acostumbrarme yo, no mucho. Me sobresalto siempre cuando veo el hoyo del caño y tengo que pasar por delante, sin esquivo posible, porque están en todas partes y yo pienso en la muchacha que no sabe quedarse callada, que no supo ya.

Se ha ido con los otros al bar y allá nada las protege, ni una pared religiosa, ni una medallita al cuello ¿qué será no tenerla? Si ella era la cruz que portaba, mi única garantía a la vida eterna.

SU MAMA

ESTA OSCURO

Yo le tengo consideración, hasta aprecio diría. Le perdono íntegramente lo que me hizo con Juan, la confianza entre ellos, en el tiempo anterior a Coya, cuando antes yo. Cómo me revolvió el corazón esa mujer que se las ingeniaba para estar con él antes, siempre antes para distraer mi presencia. Lo más notable fue una noche en que le dije:

— Está oscuro Rucia, vas a tener que salir porque Juan me dijo que me iba a acompañar y más tarde te puede pasar algo.

Yo esperé que se retirara de inmediato, pero se quedó y quedó hasta el final, cuando la oscuridad era tan grande, que no hubo más que la salida triangular.

Lo que después ha pasado con ella es imperceptible, siempre impávida haciendo las cosas que le corresponden. Muy sola ella, relacionadas a distancia con su familia.

La Rucia es una sola cosa: idéntica por fuera y por dentro, parece una mole de hierro esa mujer. Yo creo que va a ser el primer objetivo para la bala.

Su mirada es como la de un pez muerto.

BERTA

Una vez le mandé una carta, no hace mucho tiempo, es que no me atreví a hablarle directamente. No sé, algo de ella me inhibía. Le expliqué de mi puño y letra que por favor me ayudara a salir del barrio, que convenciera a las otras de ese deber. En el papel le di todo tipo de razones y le hablé de cuánto me necesitaba mi familia. Le pedí una pronta contestación. A los días después me dijo que no era posible, que nadie podía ayudarme, que la plata que quedaba la estaban invirtiendo en defensa personal.

Me dio una esperanza, que yo como afuerina disminuía cuantiosamente el riesgo y como creyente que soy, sin duda saldría indemne.

FLORA

LA RUCIA

Pienso ahora muchas cosas y nada tiene valor, ni uno solo de mis recuerdos, este montón de imágenes que acarreo dentro de mi cabeza. Siento un poco de temor por las demás, por estas mujeres que siempre se remecen por cualquier cosa, que cuanto vuela las afecta.

En la primera redada temblaban y no les salía ni el nombre. Con las piedras, parecía que se les iba a romper el cráneo de miedo.

Coya no, Coya piensa que no salga nadie vivo, el deseo de ella es

que le den al último para cerciorarse que el resto no sea más que un montón de cadáveres.

A mí no me importa quién sí y quién no. Claro que ella sufrió la fulminación de su padre, primera y total víctima de esos guerreros.

Yo no. Nada atrás que valga la pena.

La pena de mi mamá no será tanta, ocupación más bien de un rosario por noche.

Ahora amanece y trasnochada por las piedras veo como la hiedra el piquete que nos invade.

Tanta gente que nos mandaron, ojalá estuviera él por aquí para decirle que pasó muy mal el dato, muy exagerado, si se piensa que Juan sabe perfectamente que con dos o tres de éstos, basta y sobra para nosotros.

Coya alzó la voz como si le leyera el pensamiento:

— Rucia, le dijo, parece que desocuparon los regimientos.

ENTRE LA PRIMERA REDADA Y LA INVASION DEFINITIVA...

Suma de pensamiento

1. HABLA JUAN:

— Por aire, por mar, por tierra.

2. HABLA COYA:

— Cortes, jueces, ministro de justicia, fiscal militar de la segunda fiscalía militar en contra de la primera comisaría provincial les tiro incriminación, perdida mi causa de antemano, vencida desde niñita y herida dieron mi parentesco me tuerce.

Siendo hija de mi padre y en cuanto muerto yo no soy hija de varón, no soy hija y sin cobija, sin cabeza mía para pensar de destrucción tanta y pensamientos que se me vienen, se van, se vuelven otra vez y cuando duermo, como, camino o corro incluso, se me pesca el cráneo de nuevo y me digo ¿no soy hija ya? ¿no?

Ya va a pasar me consuelo a mí, como una mamá a su hija, como de joven a vieja, o de vieja a inexperta me mimo. Ya va a pasar me insisto en la noche cuando insomne yazgo la mala suerte me cubre.

Pero no pasa, no pasa, no se me pasa, ni siquiera cuando hablo de otras cosas como es mi costumbre social, ahí se me turba la palabra de la boca huye, porque recuerdo, me acuerdo de la oclusiva y el calor calienta la cabeza: esta loca mía.

¿O lo abandono? ¿lo niego yo?

Sí que lo he hecho: no me importa digo, no me importa nada con tanta cosa grave aquí, lo de él es apenas un detalle, que de algo se tiene que morir la gente, de a palos también, desangramiento de su hemorragia. Y paso un tiempo con este discernimiento, pero la rabia, la ira se impone: la desconfianza..

Me sujeto las manos, me agarro las rodillas, me mezo. Ensueño a

menudo con metralleta; pienso aún más seguido con pistola en la sien, sueño infierno de la masacre y la intemperie local.

Así llevo la cuenta de las personas muertas: uno es mío afirmo, uno de la lista es don de mí, sin fondo en el calabozo.

¿Quién indemniza a los vivos?

¿Cuál me convence?

Toco, palpo, invado a los que respiran: me deajo.

Me lacio bilateral, un lado sano y el otro enfermo y en aumento el virus, la virulencia del barrio.

Del hampa provengo, la multitud cruzada de pensamientos alertas: faltaba, quitaba el dinero, l'hambre, l'envidia a lujo y l'audacia mía formada en su práctica y fastidiada yo por la vergüenza.

Sin indemnización, ni convencimiento, lo que persiste es su mano enterrada, entierrada bajo la tierra.

Por eso que destituyan y destruyan la patria, que den acabo al país completo, que lo deroguen por desafuero, asalto, armas químicas que prueben en este baldío.

Aquí estamos más muertos que vivos, más asustados que nadie, más inseguros, más animales mestizos.

PRIMERA PETICION LEGAL: PISAGUA

Yo Coya renuncio a investigación, a observadores internacionales, a alianzas continentales, a esperanza en el repunte nacional.

Por raza, por modales, por estatura me excluyo del pleito y evado cualquier garantía, todo privilegio que pudiera privarme del caño.

Que sobran chilenos sí, que no hay comida para todos sí, que gente mala e insubordinada sí, que no hay camas e insumos básicos sí, que barrios extrapoblados sí, que somos sobras sí, que sacamos cositas a los honrados sí, que afilan estoques sí, que gimen niños sí, que niños lanzas, que niños rápidos sí, sí.

Soné con un esclavo

Soné con un esclavo siervo de la segunda fiscalía militar, el fiscal en persona era:

— Oiga pues, ¿qué está haciendo por esa muerte, por el desbarajuste que le hicieron a mi papá?

Avanzó el muñeco y me contestó:

— Con esas maneras no le hablo a usted. Yo cumplo constitución y código.

Y levantaba un libro manoseado, insignificante y frágil.

— Nada de papeles aquí. ¿Cuál es la pena para el hechor y los cómplices?

No soñé más por previsible respuesta, por iracunda salida mía y llanto posterior temí.

Ahora que corre el tiempo estoy por afirmar con certeza que acumulo un arsenal, que soy el más poderoso ejército mundial, subiéndome noche a noche de rango y ya me tapo a condecoraciones. Que estoy preparada virtualmente para soslayar emboscadas y rápida esquivarla de cualquier ráfaga y sobrevivo sí, me alimento, pienso, urdo, sí, sí, claro que es verídico, porque mirándome gestual en el espejo ha desentrañado una solución inapelable: los mapas deberán remarcar de nuevo con ímpetu las costas y límites de este territorio.

MEMORIA

Me moría de gusto cuando yo no sabía, ni entendía y la miraba a ella alta, erecta, tremenda de mala.

Haces esto y lo otro y yo lo hacía con la pierna torcida al lado zurdo rengueando, cuando ojo derecho tuerto, tapándome los oídos sorda.

“Haces esto y lo otro”.

Y abrí pierna, oído, ojo y vi delante la banda.

Hilera de mujeres preñadas, hinchadas, pescadas y arrepentidas del acto.

¡Qué barrio de muchachas!

¡Qué mujeres más gordas ver nunca!

Pateaban los críos adentro gateando la guata: fuertes, chupando, estrujando hasta el último residuo de alimento materno: uno, dos,

tres, cuatro y hasta cinco kilos ganaban el odio de esas mujeres. Los niños acariciaban las escopetas, las niñas entumecían las carabinas y al fondo gramaje ganaban en las ojeras de las corruptas.

Mi mami más abajo de su madre no pudo

La madre de ella la pujó, la empujó a la calle y después le dijo “callejera” así llamó, insultó a mi ma madame, a la virgencita mía.

La madre, era una de las madres 1, estrella y farol lumbré del barrio.

Borracha, calzada y vestida obstinadamente de negro.

La mami de mi padre era también grado idéntico: Mad 1. Amigas y cómplices, decían de la boca para afuera a todo que no, pero con el pensamiento sí, sí.

Me besaron cuando nací, me escupieron y tiraron maldición: oración dijeron riéndose y comentando a mi padre que arrastraba concubina, que portaba carabina y reconoció en mí su bastardía.

— Abre bien los ojos, despiértate que estamos en guerra, me dijeron.

Y yo dale con cerrarlos y tratar de dormir, mientras mi mami me remecía, lloraba, gemía el abandono.

Así ascendió, subió a puesto intermedio y a medias el mando tomó.

Le hablé:

— Mamá.

Y vi el desastre en sus ojos, el vino en su boca le di.

No hubo lisonja ni conversación amena.

— Quiéreme, me suplicaba.

— Estamos en guerra, le contestaba.

Y las madres 1 (totales) me aplaudían y yo fui entonces, por qué no decirlo, la mejor discípula de esas mujeres.

Yo las soñaba:

- Abuela, les decía en ese universo, pásame un dato, una señal para batirme con esta vida.
- No me llares de esa manera melosa, madre 1 dime y te respondo.
- Madre 1. ¿cómo me las arreglo con estos años?, rectifiqué.
- Llévale la contra en todo a tu mamá, contraríala en todo lo que puedas hasta enloquecerla enlodarla y matarla de penurias.

Me pareció cruel ella, pero a todas mis amigas aconsejaron lo mismo en los sueños sagrados del archipiélago negro, como un golfo de penas sin tope.

- Dale disgusto a tu papá, dijo en el sueño gemelo, que se cubra de vergüenza y sácale en cara las veces, las innumerables veces en que no te dio para tus necesidades. Dile que el dinero sí, para que agarre muy malos pasos y su muerte a palos te compense.

Me pareció más atinada esa mujer, más monolítica.

Mi ma, la mamacita con su gran mama y la cadera suelta oscilaba, se tambaleaba del brazo mío y hacía asco a su sueño.

- Soñé que madre 1 me perseguía, me dijo, yo estaba en la fila de las preñadas dementes, de muerte las madres y con envidia a ti. Por tu culpa me cayó la pesadilla.

Me lanzó un golpe que esquivé y me fui dejando sin corcho, sin tapón la botella.

Mis aliadas mujeres seniles la envejecían y estropajo muñeca ardía:

- Ay chica, le grité desde la calle, que no fue malo ni rudo. Esbelto era él y me contó que hurgaste buscando leño en el pantalón.

Mad 2 se convirtió.

Maldad dosificada, doblada y múltiple.

Mi mam, la mama alimenticia se soltó ese día ocupando domesticada la segunda fila el grado.

Hice una prueba:

- Quiéreme, dije.
- Estamos en guerra, contestó la perra rabiosa.

Había sido testigo clave: el hombre, mi padre, acumulaba sus armas para el sustento de sus chicas que le exigían paga a las bastarditas. Madre 1 (la suya) apoyaba este cúmulo que la llevaba al desligamiento, ligadas las trompas y tapadas.

Corría el arreglo por el barrio de las alzadas mujeres.

Mads primeras, mads segundas: Pisagua lejos, Norte, la sal reabría, readecuaba sus galpones a la intemperie.

Tentó un pater la estafa: Pisagua.

Malos pastos crecían en el erial y las madres se reían cuando las niñas trotaban a campo traviesa.

Mis amigas padecían:

- Un vestido, un aro, un anillo, una boda legal aspiro.
- Un marido, casa, comfortable sillón para mi espalda.
- Un gringo.

Traspasadas por propaganda pedían:

- Un vestido, un marido gringo en sillón comfortable.

Qué risa más grande soltaban las viejas, oyendo lo importados deseos.

Ahí tomamos iniciativa: las niñas del barrio adiestradas con paciencia y golpes indagando a cada madre propia:

- No hay marido legal, animal estado las espera la panza.
- No hay cadillacs para los chicos, que hurtando a hurtadillas corren en la noche, huyendo siempre de su mami que se amanece de amor.

Hubo mayoría desobediente, memoria mía.

Aquellos de poca monta crecieron lerdos, lentos, reproduciendo el grado último de las madres.

Madres 3 regían impares el grupo. Eran imposibles por el nefasto amor que las consumía y por eso andaban quejándose el grado, largando al barrio pintarrajeadas mujeres y muchachos locas que miraban errados al hombre.

Madre 3 confidente de su hijo loca que quería gringo fuerte y eficaz. Eslavos buscaba el muchacho de casa en casa, de barrio en otro.

Volvió anémico, compungido y aplacado por los golpes.

— Salió a mí igualito, dijo su madre, idéntido a mí que ni el nombre me lo sé, ni el de este loca el apodo. Sin habla casi, se estira, se revuelca en la cama la fiebre.

Madres 4, 5, 6, traían la chorrera estropeada de seres morenitos.

Memoria mía, tan vaga con ellos, imprecisa en el rasgo único, acumulados en las esquinas, haciendo cositas todos sí, la mano sube, la baba corre, saliva gotea el labio.

Vino entonces el ordenamiento. Midieron, cuadraron mediante distribución legal el barrio y seres cultos proclamaron nuestro espacio: tantos metros para uno, tantos para otros, definitivos serán. Reducción era.

Corte, claveteo, alambrada a la reducción.

- No andes loqueando por ahí. No pases la alambrada, costurérate bien las piernas, apretadas la una contra la otra.
- Traéme casco entonces, bandolera y algo sólido para la mente.
- Me estás haciendo petición de muchacho y yo te estoy dando consejo de niña.
- ¿Qué cosas me dices doña? A estas alturas ya da lo mismo, yo soy pareja: a punto de hombre, a asomo de mujer.

Llamó a las otras secamente, mirándolas en menos según grado y jerarquía:

- Tenemos un relevo, dijo.

Y empezó el interrogatorio. Así, sin mayor preparación, me llevaron al erial, formando el nudo materno:

- | | |
|----------------|------|
| — ¿Hondazos? | — Sí |
| — ¿Linchacos? | — Sí |
| — ¿Gatillo? | — Sí |
| — ¿Boleadoras? | — Sí |

Siguieron preguntas más íntimas, propias de mujeres avezadas: que si por delante, por atrás, que tener mañas y capacidad oral: sí, sí, respondí a todo, a yerbas, alucinaciones, a voces enclavadas en el lóbulo y se me empezó a acalambrar el cuello con tanta afirmación que les daba. Continuaron indagando hacia aspectos colectivos y fui entonces cauta y evasiva:

- | | |
|---------------------|---|
| — ¿Comprometida? | — No |
| — ¿Rabiosa? | — Sí |
| — ¿Militante acaso? | — No |
| — ¿Milicos? | — Allí me extendí más y di una oratoria que me satisfizo. |

Más adelante me preguntaron sobre mis gustos: hablé de la bencina,

de la yerba, de mi comprobada esterilidad, de la tremenda hosquedad que me envolvía.

Me pidieron que me definiera. Madre general lo hizo para que escucharan las otras:

- Defínete, me dijo.
- No, no puedo. Yo soy mujer cuando me conviene y hombre cuando lo necesito. Me gusta mucho aparentar, les contesté.

Me quedé callada y antes que se pusieran a hablar, completé mi idea:

- Yo soy todas las cosas.
- No seas farsante, me retó furiosa madre general.

Reconocí haberme pasado de largo y gané puntos a mi favor. Me pidieron en seguida que les hablara de mi esterilidad:

- Tengo hueco adentro, más bien dicho soy huera. Esa es la palabra, soy completamente huera y me pongan al interior lo que me pongan, no hay ninguna posibilidad.

Me llegó a remecer la oleada de envidia de las madres en grados inferiores, por eso, para alivianarlas, les dije:

- Bueno, mujeres, no es culpa mía, es un don que tengo y un honor para ustedes, alguien debe portar algún beneficio.
- ¿Tu madre lo sabe acaso?
- Claro que sí, si ella misma me hizo este trabajito.

Irrumpí Coya, reina electa y legítima estéril de esos eriales.

Ahora que hago memoria, me parece vacuo e imperfecto el hecho, indeciso mi comportamiento al no haberme explayado más y mejor ante la concurrencia, culpándolas de todo lo que sabía de ellas, especialmente de madre general que alcanzó grado tan alto a costa de atropellos y transacciones dudosas: un par de niñitos muertos y oscuridad total sobre su descendencia.

Sí, cada grado una trampa.

Después de eso me dejaron completamente en paz.

Elegí a mis amigas, a Juan y quedamos como futuros cuadros combatientes, mientras afuera, más allá de la cerca, clavaban alfileres

en torno a nuestra zona y adiestraban duro a muchachos dotados de armas, que se asemejaban peligrosamente a recursos contemporáneos.

SEGUNDA PETICION LEGAL: PISAGUA

Acepto, acepto todos los cargos en contra de mi padre: el calabozo era su destino, no el cementerio.

Yo misma como los jueces civiles fallo en su contra: cinco, diez, quince años, cadena perpetua incluso, no el cementerio.

Asumo todas las deudas con los acreedores: daños, lesiones y miedo que pudiera haber causado a los afectados, aportando gastos para su estadía carcelaria y traslado a cualquier recinto penitenciario nacional a que lo derivaran: no el cementerio.

Por último recurso, Pisagua era su camino: no el cementerio.

Camiones, tanquetas, instrumentales variados, unidos por operación unitas criollas, con soldados rasos, paquitos, piquetes de boinas negras imitando, copiando desenfrenadas potencias y ya se siente el ejército nacional que dilapida sus proyectiles, tirando sobresaltados cuando volados, drogados se animan.

Con fecha agosto caen barriantes cesantes: uno, diez, quince expiran, 24, entre gañanes, mujeres y demás seres humanos y no hermanos en principio sanguíneo. Y la sangre sí, que roja, que muge, que moja, que toca y ya no se sabe si están heridos los salpicados.

Me levantó la cabeza entre el griterío tomándome fuertemente del pelo. Lo miré, lo reconocí, mi sorpresa no tuvo límite. Me pareció él una visión más:

- No sé qué quisiera decir.
- No digas nada.
- Todas las cosas en la vida tienen muchas, diversas explicaciones.
- No tienen ninguna disculpa.
- Yo no hubiera querido que ocurriera.

Hablábamos a contrapelo, cuando ya habían terminado los tiros y daban la orden de desalojo del bar. Juan que portaba un distintivo, me afirmaba, me tiraba muy fuerte el pelo.

- Lo hice porque me sentí enjuiciado por ti, me pusiste débil y defectuoso.
- No me interesa ¿es que no te queda respeto?
- Nada tengo sin tu perdón.
- No hay perdón, sería lo último que haría.
- Me muero por ti.
- Para mí estás muerto, moriste ese mismo día.
- Entonces tú también eres difunta, Coya.
- Yo voy a sobrevivir. Eso te lo garantizo.

Se lo dije como un desafío, pero mientras iba hablando tuve un conocimiento, no, un convencimiento me invadió: iba a perdurar más allá de mis propios deseos, porque veía el cielo oscuro, pero todavía cielo al fin y al cabo.

Me empujaron con violencia hacia el lado, para el lado de los camiones y subí formando parte del rebaño.

Pensé:

“No veo a mi mamá”.

II. SE FUNDE, SE OPACA, SE YERGUE LA EPICA

1. ELLA SIEMPRE TIRO PA REINA

Hay frío el viaje. Pasan a una de un lado para otro. Hay frío aquí y sin manta el cuerpo que tiritita, que duele tanto el pecho a mí.

Duele también el pulmón no respira. Los ojos oscuros ni sirven cuando no hay luz.

Todo el pellejo pelado. Todo el pellejo.

Las manos no tocan, los pies no caminan, ni la boca.

Mentira resulta la calidez del adentro: hace frío, entumida yo y perdida, apenas siento, apenas siendo.

Hace frío y está oscuro y me desgarran el pecho, el pulmón los ojos no ven.

Salgo expulsada en el pujo. Veo con el pensamiento.

Tengo el cerebro trizado.

A través del vidrio se encumbra el sol. El sol está parado iluminando y acalorando mucho. Se sienta al borde de la cama y mira sin ver nada que le compense la sed. Berta, más allá, se toma la cabeza, se tapa la cabeza y no mira a nadie.

La Rucia sonrío. El sol es una lacra amarilla.

Yo nada. Todavía me aferro, rasguño para que el fierazo no me destruya. Aún me pesca el hilito que da al sendero antiguo cultrún de esos descascarados rituales que me enseñaron. Yo nada. No me acuerdo bien ni vale la pena, cuando ahora no corre fiebre y la belleza de la cara se ha desmantelado parece.

Voz. Voces dijeron: “ríndete” “rendirse”. Voces que fueron dejando un montón de palabras para ellos: suma de datos verídicos y mentiras.

Nosotras en la porfía formal dijimos no a todos, a casi todo lo que pudimos negar.

Insistieron: un día, un mes, todos estos años.

Hasta quedar excluidas, recludas dicen. Ahora último, de a poco, nos entra un rayo de luz, lento y gradual.

Me encandilo. Me tapo con los brazos la vista. Si miro el rayo de luz, se me revientan los ojos en sangre el derrame. Curé de la sarna. No tengo picazón, nada me come.

Hay várices la pierna hinchada verde. Precoces canas asomando del gorro de lana, traspasando y clavando la almohada: treinta pinchazos en la cabeza, más de treinta neuronas dañadas.

Veo un poquito de luz y su filo me hiere

la córnea.

¡Cuidado! y cierro los ojos, pero el párpado grasiento se eleva de tics descontrolados.

Abro, parpadeo y la mancha es prismada. Tenemos miedo de la figura humana que somos formada en la fofedad de la inercia.

Cae un gran rayo de luz por el gran vidrio de la claraboya central, el cielo está poblado de grises. Somos veinte.

Flora se revuelca en la cama vecina y cruje. Cruje también la hilera de camas. Ha transcurso de oscuridad.

El tiempo es cosa mucha.

La claraboya tiene mil, un millón de cristales. Es un vidrio reforzado que lo vuelve tosco y terco a las tormentas y deforma todo en concavidad. Las estrellas se disparan vidrio abajo dejando una huella plateada y después nada bonito al ojo que se queda absorto en la oscuridad. El ojito oscuro se cierra, se abre y se duerme encaletado al sueño.

La claraboya gruesa de vidrio reforzado resiste un cuchillo filoso y veinte miradas extrañadas a la altura.

Yo nada. Paso las horas despierta y los crujidos me sobresaltan, todos los ruidos me dan en el pecho, se duplican en la oscuridad sin lograr distinguirlos, separarlos de los cuerpos de las mujeres que se dan vuelta sin descanso la noche.

Qué de cosas entran y salen de la cabeza mía, un vago, lejano recuerdo ¿me acuerdo? y voy torciendo de a poco el cuerpo y la cadera se acomoda, el hueso en el colchón se hunde y encuentro hueco preciso.

No duermo.

No duermo por costumbre ya y el calambre al pie sube la pierna, a la cadera, el cuello se tensa. Cambio al otro costado por un rato, unos minutos y pienso que tendida así no puedo. Otra torsión y estoy de espaldas, cierro los ojos y una cara humana invade el espectro. Me muevo, se fuga, la expulso con miedo, la insulto, repitiendo la palabra una y otra vez: los abro. Trato de extender un brazo hasta la cama de Flora, pero el frío me desanima, quiero llamarla, desisto, me aburro hasta lejos, hasta donde Berta no duerme y los riñones no le dan paz, hasta donde la Rucia descansa por fin insomne, malvada. Hasta donde todas las extrañas otras se comportan revoltosas en el sueño, escondiendo los síntomas de la pesadilla el grito. Toco

la manta. La voy subiendo, subiendo del hombro para arriba me tapo la cabeza me cubro y un aire denso, mío, emanado, me tranquiliza el borde de no compartirlo con nadie, de no ser infectada por otras respiraciones. Me acuerdo mal y con dudas, apenas un techo y una súplica, muchas en realidad y luego todo intenso, rápido. Yo nada. Puro frenesí inerme, con la mano en el pecho cada cierto tiempo controlando, auscultando el sistema errático del corazón, que sin yo querer ni desear, seguía como cosa porfiada tirando una y otra vez las enconadas vibraciones. De nervios latiendo, tan separado de mí, como yo entonces de todo el desgastado acontecer.

Ahora no. El corazón se me ha acoplado y somos uno, latimos juntos en la noche como gemelos en el pariente, en el corriente horario en que nos encontramos ayudándonos: él abre la boca y traga aire por mí, yo cierro la boca y le tras-paso la respiración y así engarzamos.

Crece ahora fortalecido, cuando yo le convido hasta el ínfimo alimento que consumo y quedo hambreada siempre por generosa de darle de mi escasa cuota a él, que late, que late y lo tengo bien envuelto en grasa, casi tapado para que no se enfríe, tan sólo la boca afuera le queda, su hocico puntudo para que respire idéntico a mí, con el mismo ritmo y privilegio y como alimento por su boquita estrecha, chiquita, con dientes afilados, disparejos al mascar cuanta porquería le cedo.

Mucho rato sigue su hocico abierto buscando más, sus dientes filosos se extralimitan y un desgarró en mi interior he notado, un mordisco sacrílego de carne humana, un pedazo insignificante, pero que a mí, me causó un intenso vahído de dolor.

Por eso lo tapé a grasa, decidiendo por él cuánto alimento, cuánto aire, cuántas pulsaciones tiene que retornarme, cuánto todo apretado y sujeto por la grasa debemos funcionar: yo para él y él para mí. No solo, ni egoísta, ni propasado, ni inquina.

Yacemos ahora los dos insomnes y aprensivos.

Flora anunció que podía conseguir una manta más para nosotras, eso dijo: —es posible que tengamos otra manta. La Rucia la miró y me hizo un gesto a su espalda. Yo sé que ella se vendería por otra manta. La Rucia, Berta y yo, no. Todavía nosotras no, vender nada por ninguna cosa, ni un milímetro de pellejo, ni un trechito de pensamiento.

Tenazmente atornillada y soldada íntegra cada cama metálica. Las camas metálicas son blancas y el óxido las invade descascarando el esmalte: tienen respaldo y cabecera. Sí, de barrotes las dos partes, preparadas, diseñadas para un cuerpo de hasta dos metros de largo. No hay mujeres de esa medida. Una de ellas desliza los dedos por los bordes metálicos y se hiere el pulgar contra una arista.

Se abre una zona de bacterias.

La sangre bombea el corazón y late.

La manta gris le tapa parcialmente la cara, subiendo y bajando según el ritmo de la respiración monótona y plana. Una parte del rostro deja ver en perfil el labio, la nariz, la ceja y un grupo de cabellos oscuros dispersos sobre la almohada. La tela se prolonga dando forma al bulto que yace de costado, curvado, fetalizado.

Es una manta gris que se extiende y cae sobre la cama metálica en rectángulo, arrugando los bordes y dando contorno a la forma.

El fragmento visible de la cara tiene los poros abiertos en minúsculos cráteres, oscureciéndose hacia el descenso de la nariz en el irregular tejido de la mejilla y desaparecen contra el dibujo de los labios.

La manta oscura roza la barbilla y se proyecta hacia la altura evidenciando la sólida estructura ósea del hombro.

El fragmento de la cara emite un manchón oval en el hueco del ojo cerrado en abismo, contenido por los acantilados de la ceja y el pómulo que irradian sombra sobre la profundidad.

Irregular, imprecisa, la cara se hunde contra la almohada y la boca queda casi oculta por el género ya humedecido por la saliva que escurre dejando una mancha, una estela redonda y amarillenta.

La secreción se posa sobre otra y otra y así toda la zona en que descansa la cabeza, reúne en su huella el goteo producido por la cavidad abierta, incapaz de asimilar su propio líquido.

Sobre la mancha amarilla, el flujo sigue corriendo humedeciendo el cuello y traspasando la tela, descomponiendo el relleno de la almohada que se endurece allí, que se va deteriorando, lentamente pudriendo.

Un temblor sacude a la figura tendida. Algo súbito e incontrolable, el salto no alcanza a despertarla, la mano sale de entre la manta, baja por la frente y pausadamente el dedo pulgar busca la entrada a la boca que le abre espacio. Con cadencia el dedo entra en conjunción plácida con la lengua que succiona, que chupa, que mama.

Que late, que muerde, que come el bichito
apegado como una sanguijuela vigilante en
su vigilia, dando brincos desatados y me
eleva con su arritmia irrespetuosa.

La cubierta de la mesa está manchada de polvo y grasa. Sobre ella se distribuyen desordenadamente una gran cantidad de medicamentos.

Las píldoras son de baja monta, de corto efecto. Un jarro anaranjado contiene el agua para su consumo y el vaso, también de plástico, está sobre la cubierta.

En la noche, veinte manos adiestradas llevan las pastillas a la boca y las tragan sin ayuda de agua.

Las uñas rozan la mesa, abren surcos en la madera y se ennegrecen.

Estoy bailando otra vez, pero los pies no siguen muy bien la música. Parto de nuevo, pero definitivamente no avanzo con el ritmo. No calzo. No entiendo para qué lado debo inclinarme, contra quién debo batallar.

No. No bailo en realidad.

Camino por una gran bodega como una espástica, con todos los músculos descontrolados: la busco entre las mujeres, aterrorizada de caminar así, de quedar moviéndome de esa manera para siempre.

Me cuesta mucho seguir, me siento tan avergonzada de mi aspecto. Pero la busco para que me explique, para que me calme, para que ordene mis extremidades y me sane. Sigo adelante chocando con todo lo que encuentro: topo a las mujeres, me golpeo contra las paredes, estoy a punto de caer, de rodar por el suelo.

Alguien me toma por los hombros, el pánico me invade y trato de levantar la mano para golpear, para defenderme del ataque.

Mi brazo no articula y los otros brazos me afirman la cabeza con extraordinaria fuerza: es la Rucia en el galpón y el miedo crece en mí, al ver en sus ojos el asombro y la compasión.

Me aprieta la cabeza con tal fuerza, que creo que intenta detener mis convulsiones. Después rodea mi torso, ocultando mi cara entre su cuello.

Despacito su voz suena al borde de mi oído:

— ¿Qué tienes Coya? ¿Qué buscas?

Trato de contestarle, pero mi lengua está casi rígida. Tengo la garganta seca y sin embargo emito un par de sonidos incoherentes.

Ella insiste:

— Dime despacito, háblame bien lento.

Una voz que sin ser la mía me habita, le contesta:

— nn o v e o aa mm i mm a má.

Y cuando se lo digo, cuando logro completar la frase, ya mi pensamiento iba multiplicando el clamado: no veo a mi mamá no veo a mi mamá no veo a mi mamá, así de veloz iba por dentro, así decía: por dios Rucia te juro que no la veo, que no he visto más a mi mamá.

Y siento que la voy remeciendo por el intento de dejarme quieta, por la desesperación de no poder detener mis grotescos movimientos.

Se aferra más a mí y su mano empieza a tocarme la espalda con delicadeza, a darme unos golpecitos suaves en la mitad de la espalda, hundiendo aún más mi cara en su cuello, mientras su otra mano toma mi cabeza que se va para atrás, para atrás y adelante, golpeándome la frente contra sus huesos y otra vez para atrás como si se quisiera despegar de su columna y baldarme para siempre.

En silencio, me lleva hacia una de las esquinas del galpón y allí me ayuda a sentarme en el suelo, cuidando de que no me azote contra la pared, poniéndose ella a mi espalda. Siento el vaho de su respiración y quiero que me hable, que dé una razón a mis palabras.

Después de un rato me dice:

— ¿Qué porquerías te han dado? ¿Qué pastillas te están suministrando?

Inicio un segundo esfuerzo:

— d d i s s t i n t t a.

— Eso es, eso es lo que te tiene así.

Ahora recuerdo que no dijo más, que se quedó conmigo hasta último momento mientras mi cabeza la golpeaba y el codo se lo enterraba en el pecho sin que ella se quejara, sin que se moviera ni exclamara.

Cuando se levantó, busqué sus ojos. Ella como que me quiso contestar, hasta movió los labios para hacerlo, pero no, no habló, sino que me condujo hasta mi sitio y se alejó sin darse vuelta.

Quise gritarle, pero no podía. Pensé entonces que debería haber insistido, decirle: Rucia, dónde está mi ma, pero ahí interrumpí y superpuse otra cosa: sí, son las pastillas, pensé, ella tiene toda la razón y en ese momento mi brazo se disparó con violencia para el lado y sentí que el codo se me quebraba por el impacto.

El piso es de cemento puro y agrietado en las disparejas orillas. Cuadrado, plomo, polvoriento: receptor y receptáculo de minucias residuales. Contiene en su inclinación veinte camas metálicas y permite a la mirada a ras de suelo, la visión de veinte pares de zapatos plomizos, polvorientos, agrietados en las costuras.

Algunas de las mujeres caminan descalzas cuando la necesidad es urgente, cuando la pesadilla no distingue el espacio ambiguo de lo real.

Se acerca a mi pie.

Te acercas con el hocico abierto y los dientes brillantes de saliva. Retrocedo, retuerzo los dedos, pero más ladras, más te vuelves loco y salvaje adiestrado va a saltar. Sí, estás a punto de comerme, desgarrándome.

Grito y ladras: aúllo y aúllas.

El hombre lo frena de la correa y se ríe. Mis ojos velados lo parten, lo agrietan, lo explotan.

Hay un cúmulo de mujeres mirando mi cerco, el animal me separa de ellas: es mi turno.

Debo seguir aullando: más fuerte grita el hombre, más fuerte yo, mientras sudo, lagrimeo y tengo en la pupila infinitas fauces que van cayendo en lágrima.

Perro tras perro ladroso y el matriz sigue ahí provocándome.

— Más fuerte perra, me incita.

Voy aullando con todo pleno pulmón galpón adentro mi monte no cabe follaje y alcanzo a ver la cabeza gacha de las mujeres que por mí se liberan corporalmente.

Antes de que me ataque yo: aúllo violenta. Después me quedo quieta con la boca abierta, inmensa, viendo cómo la correa se estira, el animal se estira, avanza el colmillo mi pierna no alcanzo.

Me echo en el suelo y tiendo la pierna hacia adelante el desgarrón, entonces, mejor, más perfecta aúllo, aúllo cuadrúpedo dolor y me doman la pierna con un trapo que hace de cepo la venda.

Una hora gritando y estoy exhausta, canina, asombrada. Pasa, va pasando y casi todas se han retirado de mí. No quiero abrir más los ojos, no ansío nada en realidad. Pero la curiosidad me gana: retiro la venda y miro la pierna donde la herida no es, ni refleja la magnitud interior.

No. Es apenas un rasguño de dientes añosos romos que sacan tiras delgadas y ralas de piel y el rojizo entorno se hace increíblemente superficial.

Dudo. La incertidumbre me domina y sé a quién debo dirigirme.

Le hablo.

— ¿Hubo un animal?

La Rucia pasa la yema de los dedos por mi pierna y no me duele la tocación. Me habla sobándome, casi acariciándome el pellejo:

— Era sí, era feroz pero manso, entrenado para el susto de nosotras.

Estaba a punto de agarrarme a ella, de abrazarla para que huyéramos como antes. Para decirle en privado que saliéramos, que nos perdiéramos muro afuera, pero intuyendo mi gesto, se movió de mi lado y murmuró:

— No resisto más tu descontrol.

Remecida de humillación y sorpresa me vi en mi propia fisura chilona y creí que la Rucia estaba correcta, porque para ese tiempo, para el nuevo espacio, sólo la pupila fija y ovina podía tender un puente entre oscuridad y oscuridad.

Sí, cuando ya no cabían demostraciones, arranques, malas palabras ni amor alguno al cuerpo externo que se dejaba, que lo dejé abierto a cualquier embate y la mente, toda mi mentalidad iba naufragando, hundiéndose mortecina contra la costa, el costo de haber enfrentado de manera oblicua y equivocada la precaria defensa infranacional.

Apenas, apenada, aprensada contra la cama me desdoblo y produzco una voz:

— ¿Me quieres?, quiero decir, ¿Me amaste?

Irradio como mujer encabritada me revuelco buscándote.

Orgullosa de ti, de usted, te digo:

— Resistí mucho y toda la vida por delante.

— ¿Qué tonteras estás imaginándote Coya?

Salto, la hago callar, me tapo, me olvido de todo y el hambre me da una torsión, mientras Flora, al lado mío respira más rápido, más rápido quitándome mis bastardas alucinaciones.

La encontré quejándose, tirada en el suelo del galpón. Casi no me detuve por el hábito de figuras semejantes y dispersas, pero la reconocí y pensé que estaba, que estuvo desde el primer día tal vez.

Me quedé en cuclillas al lado suyo hasta que me alteró el silencio y le hablé:

- Ay Flora, le dije.
- Esto es culpa tuya.
- Estás divagando.
- Me duele tanto y ya no sé qué más decir, qué sobre el bar, el barrial, la certeza de lo que se avecinaba.

Sin embargo, no me conmovió. La vi ante mi cara nombrándome, tratando de tirarme todo el peso encima. De allí me expliqué la obsesión que se había desencadenado sobre mí, la peligrosa preferencia que sufría.

- Coya, me dijo, no me aparece nada en la cabeza, como si no hubiera antes. Tú debes saber algo que pueda eximirme.

Mientras íbamos hablando se fue disolviendo el rencor hacia ella, perdiendo lo último que me quedaba: la capacidad de la ira, el don de la furia.

Antes de separarnos, me preguntó con curiosidad:

- Sabía que estabas aquí, te oí gritar que querías morirte ¿qué es lo que estaban haciendo contigo?
- Nada. No estaban haciendo nada. Es que me dieron una mala noticia.

Quiero morirme, sé que dije más de una vez, que quería eso, sabiendo que no podía adjudicar a nadie el daño, la herida, la sangre que obturé.

Una columna, un séquito, una familia completa de parásitos habitan.

Suben por las paredes, salen desde las paredes de adobe desincubando sus nidos y abandonando el estado primitivo larvario y plácido.

Sus patas ejercen movimientos concéntricos de reunión y dispersión sobre el muro: se agrupan, se desordenan buscando una dirección y entonces, un vasto sector se vuelca móvil sobre la superficie plana. Puntos diminutos, oscuros y agarrotados que van adquiriendo paulatinamente más velocidad, aparejados y seguros.

Los focos se abren como una gran compuerta y abundan se duplican y esparcen. Incontables en su cifra excavan asomándose al exterior uno tras otro, siguiendo a los cabecillas que propician la huida colectiva, la búsqueda de sustento: arden, pujan nuevamente y la carne frágil sí, deja el goteo abierto la roncha del cuerpo de las mujeres.

Se rascan.

Una horda de parásitos que chupan, que clavan, que irritan.

Habla, habla, habla.

Mi, yo, de mí misma huyo prófuga, espanto las manos encima que se me ponen invocando a las antiguas viejas para que del infierno emerjan, se tornen, se turnen en mi defensa sus consejos: madres, mamis, mientras retuerzo el cuerpo que lo extienden y buscan en cada centímetro, en todo milímetro una respuesta posible, la certera palabra que la luz blanca alumbra.

Hay un zarco irónico y derrumbado
habla, habla, habla

me pincha el zarco y me eleva el eslavo.

De espaldas, de frente, de costado.

Ardiente, afiebrada, cansada ya no resisto ni impido. Cierro los ojos a todo y las busco.

Mi ojo se agarrota en la garra de madre 1 la ceguera:

- Catástrofe y vergüenza para nosotras tú, perdida aquí tirada para gusto de zarcos, de esclavos, de toda ralea dura y nacional.
- Por la fuerza madre, por dolor.
- Por costumbre bastarda, me dice.

— Por piedad, contesto, apiádate.

Me aplastan, me tapan la boca, la nariz, me asfixio casi. Madre 1 se aferra a mi ojo y el dolor intenso, izquierdo me vuela. La cuerva me pica y el picoteo abunda como eterno, como trueno y vendaval más afuera, aferra mi carne la huincha del zarco penetra.

Pasa. Respiro, tomo aire de nuevo, de nuevo empieza pareja:

Madre 2 entra de lleno a mi ojo lanzazo.

Dice (insulta).

— Madre general mandó a ti un mensaje y es que te pudras, que te llenes de cuajarones la boca y calles la parentela total.

“Oye tú” alcanzo a decirle, pero se esfuma y brota desde lo más lejos mi ojo izquierdo intacto: lo abro.

Veo encima mío su cara: es una pupila azul, clarita, gringa y estropeada.

Es un ojo manchado de puntos negros el que me observa y cálida su sonrisa, blancos los dientes y rosada su lengua, ella, esa que me lame, que pide a mí:

— Habla, dice, habla.

Su lengua rosada guerrera rasa mi cara desplazando saliva estela.

Eslavo y zarco me lengüetea extendida y obligatoria.

Mojada, turbada por ese gesto dejo inmóvil que termine su artificioso ritual. Acaba.

Pega su ojo al mío al mismo instante en que hierve madre 3.

— Coya, me dice, eres una estafa, una burla completa.

— Un recado, digo, llévate un recado.

(hablo del ojo para adentro)

Afuera, la boca apretada se torna áspera de saliva seca.

— Habla, me dicen los dos al unísono coincidentes.

— Soy, es decir, fui una combatiente.

El primer, el 2, el 3, 4, al quinto golpe decaigo. Vomita la boca y la nariz la bilis.

El ojo azulito oscila, baja.

La mano me hunde sobre el vómito resto ensuciándome.

Una poblada de madres insurrectas se adentra en mi cuenca formadas en oval trecho observando para fuera el revolcón.

Se ríen.

— Es una buena prueba, dice madre 1.

— Mucho no le resta M. 2.

Asienten, consienten.

Yo abro los ojos para alejarlas, pero el pegajoso cúmulo me lo impide. Levanto un poco la cabeza hacia la luz blanca y el foco me da encima. El zarco se cruza entre nosotras, el zarco me quita la luz que ganaba. Recomienza el eslavo:

Habla, habla, habla.

Y para mí reapareció el parloteo del barrio, las usuales conversaciones que nos dábamos y allá lejos la trinchera excavada de frente, al frente de la hilera de camiones, de pasiones tantas desatadas.

Entran más hombres a la pieza.

Más madres se apoderan de mi borde y se desata entonces un confuso incidente, un torrente que embarga a los hombres.

Sangro.

Me tiño la nariz, la boca.

El zarco retrocede cuando le doy una lágrima roja abierta donada por madre general, genital dañada y milagrera. El zarco me toca y sus dedos quedan rojos que lo veo, mientras madre general cierra el pequeño saquito dejando una brizna de yerba que me entorpece la visión.

Alguno me da agua para la sed.

Yo queja a más no poder del daño, estropeo y maldad a mi cuero. Machacada, machi, mucho me asusto y hago un extremo intento cuando levanto penosamente un brazo y mis dedos intentan tocar el ojo azul, el cielo azul tan implacable para mí.

No alcanzo ni logro nada.

Cae mi brazo sobre el pecho, la sangre se detiene y el cielo se cierra.

Las madres se alejan barrio adentro y en mi vaga mente se da una sacudida.

Alguien, una grito afuera, luego más adentro que no, que nada, que no quiere y la veo así.

Así la vi cuando Berta enfrentada a mí, dijo que no, que nada tenía que ver en el asunto.

Asistí a su deterioro y la mentira, mirando fijamente el comparendo, aceptando todo en particular y desechando los cargos débiles y engorrosos.

En el careo hablé poco. Lo mucho lo puso ella, lo extenso. Después fuimos sacadas y tiradas sobre una cama y el frío insidioso nos obligó a acercarnos, a toparnos el costado suavemente, evitando llegar al roce erupcionado de la zona frontal el esguince.

Ya casi dormitaba, cuando ella volvió la cabeza para decir una cosa, su pensamiento que presumía.

— Qué manera de entregar datos ese hombre. Ni siquiera se privó de las cosas íntimas y parece que lo hizo de balde, que actuó de gratis no más.

Pensé un rato si la mortificaba o no, si le daba pesar de otra índole, pero quería dormir, olvidar por un rato. Por eso me limité a seguir su discernimiento:

— Juan ¿dices?

— ¿Quién otro iba a ser?

Hay un muro gris descascarado dejando ver el adobe que se parte en terrones rompiendo la superficie cubierta por una delgada capa de yeso. El descascarar arrasa con la pintura amarillenta, más abajo gris y antigua. La pieza cuadrada, enorme y amarillenta deja ver en las paredes las ineludibles señas que han dejado las marcas de las mujeres, escribiendo en el muro cercano al sitio de sus camas. Raspando con la uña el muro y grabando confusas líneas alfabéticas y anodinas.

Insomne mido las otras respiraciones: duermen. Yo no. Salvo el pertinaz mareo escozor en los ojos y la abulia. Concentro en ruidos, en crujidos diversos, en la sombra que tira la claraboya contra las camas. Me distraigo: es de nuevo su cara cuando lo tienden boca arriba ya golpeado como enemigo. En mi pensamiento me acerco allí y me inclino al lado del jergón:

- ¿Me quieres? lo interrogo también.
- Me duele, me responde.

Destapo, abro la camisa parda, examino sus muñecas. Lo doy vuelta tocando las costillas y una hendidura surge del costado y quejido.

Permanezco así mirando, cuidando su descanso, evitando toda entrada a la agonía, mientras oigo la sangre que se desmanda de las venas invadiendo los pulmones plegando, con la fuerza de un terremoto, con la ira de un maremoto, el estómago que satura hasta la náusea.

Escucho, escucho, escucho con nitidez el derrame y tambaleo: no tengo cuchillo corvo para abrir, para remendar las arterias. No puedo nada impedir, por eso aprieto el estómago para que emané la sangre hacia afuera y lo limpie.

Aprieto el estómago con todas mis fuerzas y en ese impulso siento que mi propia orina escurre orificio afuera

manchando la cama.

Devendrá frío y castigo al amanecer.

El camión inicia su recorrido. Vamos tendidos y apiñados dentro y cada montículo, hueco del camino, nos hace chocar contra los otros. El pie de alguno se entierra en mis piernas y yo, a mi vez, presiono el codo sobre la cabeza de otro. Al detener los motores siguen subiendo, tirando personas al interior, hasta que el espacio se vuelve incompatible.

Así fue el camino.

De peor modo la bajada, muy rápido el trote hacia el interior, separando hombres de mujeres al instante hacia galpones continuos.

Nosotras llegamos sin que nadie inquiriera por la buena nuestras señas, sin que ninguno pidiera identidad, sino el golpe que nos dio ubicación rígida en el interior.

— No te muevas, dijo el armado varón.

Había mucho griterío, cuando posesionando las esquinas del recinto apuntaban tenazmente las cabezas de nosotras, sentadas en el suelo con las manos en torno de la nuca, afirmando en el aire los brazos para eliminar cualquier gesto sospechoso.

La vista mía fija adelante, hacia la hilera de espaldas erguidas, sin atrever a desviar la mirada. Pero luego, por un impulso, torcí levemente la cabeza para buscarla para ver qué lugar pudo haberle correspondido, y en esa marcación ocular mis ojos chocaron con el guardián que movió su arma amenazante, indicando que recobrara compostura.

En ese breve recorrido, vi su pelo, curioso, distinto. Sin haber logrado certeza, supuse que la Rucia estaba en ese grupo, y Berta, pensé y Flora también, pero no ella, mi mamá no está aquí, como en todas las oportunidades de su compañía.

La rabia, la pena, el susto me posesionó y por eso hablé en voz alta.

— No está mi mamá, dije.

Una mujer desconocida que estaba a mi lado, requirió sin volver la

cabeza:

- ¿Qué dices?
- Te digo que no veo a mi mamá.

Es una puerta metálica y como todo lo metálico de la pieza está estropeada por la corrosión.

Su gris se torna en rojizo y mancha.

Rechina con ruido irritante ante cualquier movimiento o abertura por los goznes carentes de lubricación. Los pasadores unen las dos hojas de la puerta manteniendo la cerrazón hacia el exterior, aunque lo imperfecto de su diseño deja abiertas pequeñas rendijas.

Los ojos de las mujeres se turnan en esos sitios para acechar a través de la puerta, donde su mirada choca más allá del corredor que la distancia con el muro frontal que corta el espacio de la visión.

Sin embargo, obsesivamente, una a una van ocupando las rendijas por el hábito de ver la muralla que aunque límite, se prolonga en la superficie más allá del ojo que la roza.

EL EXTASIS DEL AMOR MATERNO

Mi madre se enjabona.

Se lava pulcra parte por otra se va sedando
los pelos y amigas suyas la miman, la animan, la aplauden.

Ella se ríe y malicia tira frases equívocas:

- Para el jovencito, dice, el perfume.
- Para el marido, la mugre (la instan).

Se mueve, cimbreo el cuerpo mojado, dejando seña de lo que va a ser
su encuentro próximo y carnal, al propio palpo del cuello a la rodilla se toca.

La tocan sus cómplices, la enmiendan.

Le indican postura correcta y la impulsan a más fervor pasión que
llaman: los ojos se cierran y todo se torna oscuro como en un bar.

Mi mami se revuelca en la cama.

Sí, lo afirmo. Mi mami se revuelca sola
en la cama estremeciendo el catre, llamando, insultando a su propia
madre de perversa clase de lo más nefasto.

Se amanece.

Transpira fiebre infectada: va a parir.

Quiere el cielo zampada de dios el mordisco.

Quiere un niño azul que le hurgue la guata de lado a lado.

Quiere un soldado que le dé arma, lo quiere armado, ceñido, señorero
quizás.

Quiere, quiere al bastardo: la bastarda sale cabeza afuera.

La madre mía hace intento procax de re-
ventar la cabeza chica, de ahogar en agua el aliento, de tapar la boca

en asfixia, de sacar con uñas los ojos, de rasgar vestiduras:

Se rasguña,

rompe el sayo y sangre estalla la noche en vela.

Las amigas celebran a la niña, le hacen arrumacos y al salir un desprecio, el menosprecio se siente.

Mi madre se amanece en la mama. Hierve su pecho y moja de leche la testa, lava a su niña de leche para limpiar morenita:

— Leche blanquea, dice la madre de la madre.

No sorteo la negritud. Los ojos no equiparan el cielo azul no atraen. Madre mía seca la leche, sumerge el pecho en el refajo. No limpia pliegues dejando abiertas las coceduras, la irritación posterior.

Se torna plácida, descuidada, absorta.

MI MAMI SE HA PUESTO MALA

Yo la vi cuando me miró y se puso, se volvió mala enredándose conmigo al vaivén:

— Ven, ven, me decía con amor el tono.

Yo huyendo del desprestigio gateaba por el espacio, me arrastraba en figura cuádrupé retrocedía.

Se compadece, me dice:

— Voy a parirte de nuevo.

Trató de meterme para adentro.

Traté de entrar y no cupe.

No pude el hueco excavar. Yo pujaba y ella contraía:

— Métete, me dice, empecemos esto de nuevo.

Y yo hundiendo la cabeza presionando, haciendo fuerzas para abrir el túnel y sumergirme en la oscuridad cálida del adentro.

Hablé:

— Páreme. Páreme otra vez, guárdame un tiempito.

Fue un acto desesperado.

Se desgarró la mujer y yo machaqué la cabeza a golpes de contrac-

ciones. Oía:

— Otra vez, ven otra vez que me dilato.

Cabezazo tras cabezazo me di y el dolor intenso a ella que se abría con las manos el hueco y llorábamos las dos ante lo imposible, ante lo insensible de Dios.

Ingeniando una forma, vi, presentí el cuchillo. Un cuchillo afilado y de carne. Un quirúrgico.

Fue sangriento, fue violento también.

Ella rajada y yo comprimida en las sienes, achatada en la nuca, desnucada casi.

— Mírame bien, me dijo, examina si hay alguna posibilidad.

Lo hice.

Era inútil ya. Se había recompuesto férrea los canales y sólo hombre, apenas mano podía tragar.

— No, le dije, no se puede. Te has vuelto común y corriente.

Orgiásticas suspendimos.

Me llevo la pastilla a la boca y la trago sintiendo cómo se va disolviendo garganta adentro. Espero los síntomas la llegada al sueño.

La cabeza se contrae y dilata hasta el dolor vago en todo el costado derecho y la sien.

Tan pendiente de mí, tan narcisa, mi mano baja y se hunde palpándome. Me busca mi mano para adormilarme, para distender la pierna, la cadera, la costilla agarrota el flanco.

Cierro los ojos al pensamiento visual, al cúmulo de imágenes útiles que contengo en la ingravidez de la mente. La veo: La planicie se extiende como un erial, con apenas musgo y la mala yerba: una niña me toca. Me sube la falda y mi pierna se eriza engranujada. La niña brilla y sus dedos tiemblan cuando intentan subir, tocar en profundidad mi reducto heredado, asignado en prenda.

Placiente yo estoy al borde de resignarme porque escozo de su mano, porque gozo y a la vez, Juan, el muchacho, interrumpe justo cuando mis muslos se abrían al espectáculo.

El la empuja recriminándola y con su lengua me va limpiando el anterior recorrido, borrándolo en sus vestigios. Desprestigio estalla sobre la niña y la

Rucia tambalea en el erial como borra-
cha.

Limpia, lamida, recorro la planicie y el redomado hábito me lleva hasta mi casa por a través de la oscuridad, mientras guardias respetuosos cedieron el paso, abrieron paso sin pedir ninguna explicación.

Dormí mal esa noche pegajosa al manoseo.

También ahora mi mano obra en idéntica dirección, con parecida conducción al unísono de las otras mujeres que buscan el alivio y aunque crujen las camas, la desvergüenza, ya no hay sanción humana que las contenga.

Más allá de la puerta, el custodio hierve y se erecta.

La luz es blanca y fluorescente instalada sobre los costados del techo iluminando irregularmente la gran pieza. Los tubos encendidos dan visos a las camas, en donde las mujeres se tapan la cabeza, amontonando sobre sí la manta gris.

Ese es el primer efecto ante la luz.

Después cuando cesa el encandilamiento, se yerguen, se estiran, se sientan.

La luz permite que las miradas se crucen, que cada mujer se erija en guardiana de su próxima o distante. El apagón ocurre a una distancia infinita del sueño.

Despierto. Me pena: Está encerrado. No, está enterrado. Remuevo el lodo, e intacta surge su belleza paterna, su paterna noble-

za, matándome los ojos. Leprada lo hundo,
le pongo tierra encima, otra vez lo escar-
cho.

Encumbrada como Dios a súbdito le hablo:

— Nunca estuvo cuando lo requerí. Casti-
go te vino por maleador.

Pienso cosas más duras para decir, recorro
lo más viperino de la sierpe contundente,
pero la pena, la perla de mi pupila se torna
amena, amable, amante de su herramienta
dispuesta al arma concedo.

Escarbo bajo la tierra la consabida pregun-
ta, arañando bajo la manta los dedos móvi-
les murmuro. Es Flora la que me pide, la
que me impide seguir. Desesperada ante el
frío se repta hasta mi cama acurrucándose
al lado mío como animal.

Sacada del galpón lo sigo más allá del patio hacia la parca habitación. Sentado el soldado me lee, me dice la suma de cargos.

Parte.

Se inicia el primer exacto interrogatorio:

— No, digo, no es verdad.

Alcanzo a ver sobre la mesa mi fotografía de frente, de perfil mis rasgos.

Estoy a punto de tocar mi ficha.

Prosiguen hasta el delirio sus supuestos: que yo, que todo, que el país explotaba a mi haber, que las personas.

— No, digo, no es verdad.

Sorprendida de mi destreza, entiendo.

Entiendo la totalidad del proceso infiltrado: voy sopesando la cantidad de nombres que me cargan, los diluidos individuos barriantes, los valerosos muchachos acompañantes en la alegoría del barrio. Las fugaces escaramuzas al cerco.

Entiendo, entiendo, entiendo.

— No entiendo, le miento.

Paciente, entrenado, continúa el informe delativo, aumentado por la extrema situación: que nosotros ahora, que las chicas también y el bar, el reservado completo como arsenal.

— ¿Cómo arsenal? le digo de adrede.

— Como arsenal, me corrige.

Me presento como trabajadora, explico mis menesteres, le hablo como garzona y mesera, administradora a veces. Me reconozco reducida de especies, de objetos ínfimos traídos por poca monta. Explico así los pequeños lujos de mi casa ya invadida y censada, de mi antigua casa saqueada.

Reinicia: me ofrece un trato.

— Hagamos un trato y te libras.

No me libro, pienso, cuando ya me conozco las trampas, los escollos y los muros de contención a la marea.

Sagaz, el soldado pone sobre la mesa botella. Juro que me ofrece un trago de fuerte y mi boca se llena de saliva, como los perros la baba.

— No tomo, digo. Yo no pruebo licor.

Y allí sé con certeza que termina esa etapa lícita y verbal y veo en desplome la caída loca hacia el abismo. Cuando el mediano oficial toma de la copa más asqueado que yo y describe:

Cuenta con lujo las siguientes fases vestido de verde oliva, las manos de los otros que me esperan, agrandando, disminuyendo a veces el tono, mientras traga y se emborracha en sus funciones.

Sin contemplarme, sin mirarme en realidad, da rienda suelta a la lengua. Sin preguntar más. Sin mí.

Ya casi no escucho.

Vislumbro a los muchachos quebrados en las muñecas, las niñas bur-ladas chillando. Sí, empiezo a escuchar quejidos tantos, tan desgarrados como el miserable barrial chileno. Tajeados.

Fue, ocurrió un pequeño tajo en
mi brazo izquierdo.

Ocurrió capote por la tropa en
todo tamaño y energía.

Pasé descargas y la electricidad
me tiritó hasta horas posteriores.

Me pincharon hipodérmicos
filetes.

Me enterraron de la cintura para
abajo.

Estoy enterrada de la cintura para abajo: el barro me cerca. Nos han
dispuesto indistintos a hombres y mujeres en el foso abierto del
patio.

Los insectos nos pican por debajo. Los guardias nos apuntan.

Se ríen también. Obscenan entre ellos.

Yo desnuda de la cintura para arriba y las dos muchachas igual. Los
hombres desnudos de la cintura para arriba. En la piel de abajo los
insectos me comen los pelos en tropel y en los genitales penetran.
El ano.

Y el frío.

Quiero rascarme, quiero escaparme y los sentidos se me disparan:

Veo bultos.

Al atardecer veo alucinaciones veo:

que me cuelgan

y una vieja vestida

de negro me apunta con el dedo acusándome.

Sé, la conozco y la temo más que los insectos me duele. La muchacha
que está a mi derecha pide tregua: el hombre menor, el más joven,
la anima con consignas y jerga completa.

Disociada, temo: Atemorizo
de la banda de hostigadoras que se me vengan encima y me quiebren
la entereza. No, la fiera, cuando las siento deambulando por abajo
enterradas bajo la tierra.

Sí, las madres se pasean por mis piernas y se
meten en la vulva constatando, hurgueando mis méritos y el zócalo.

La muchacha que está a mi izquierda tiene los ojos
cerrados y su cabeza bambolea. Las madres surcan por debajo y el
muchacho señero impulsa a la otra al silencio, al pudor mejor.

— Combatiente, dice la niña, frentista. Fascistas,
dice.

Los custodios patean, puntean el metal borde de la bota sobre su cara. Las madres, insisto, por debajo, las voces por arriba y mi boca sedienta se seca.

Elaboro un gesto inútil: me resigno. No, me persigno y elevo la mirada arriba, donde la multiplicidad de nubes esquivas dan figuras, me aseguran que la cerrazón continúa, se acentúa, se enreja.

Ocurrió.

Ocurrió capote por la tropa: pasaron de todos los portes y se refocilaron a mi costa. Pude haber empapado praderas y engrundarlas.

Ya después no resistí nada:

Yazgo con las piernas abiertas porque ya viene el otro y el siguiente:

— Ahora tú, dicen.

Yo mido cuántos movimientos les bastan, cuántos apretones y la descarga, mientras el suelo gotea rosáceo el líquido imbuido del rasgón por excesividad y brusqueza.

Ocurrió:

Desde la noche cerrada al amanecer. Cuando entró el rayo de luz fui sacada a la rastra mientras la totalidad de calenturientos iba al descanso, al permiso legal.

Pegajosos debajo, vestían de franco.

Me pincharon hipodérmicos filos en el muslo.

En las venas con un elástico negro fuertemente apretado hinchando lo azul y clavando.

Mareo, náusea, vómito y palabras que pude decir con las pupilas tan dilatadas que caí, tropecé varias veces como una ciega sin entrenamiento.

Me pincharon una vena del tobillo.

Cuidadosamente estiro la manta hasta dejarla lisa sobre la superficie de la cama. Es un acto habitual y matutino. Es un acto vulgar.

Algunas hablan, cuentan sus síntomas y extreman la descripción de dolores, de malestares tantos que las asolan.

Flora también me cuenta, me dice, se queja ante mí:

- No pude dormir Coya, los huesos no me dieron paz.
- Es el frío, le contesto, eso te causa dolor.

Berta avanza entre el pasillo y nos interrumpe. Me lleva hacia una de las esquinas de la pieza. Me dice:

- Te he visto escribiendo algunos papeles.
- Sí, le digo, pero eso a ti no te importa.
- Me gustaría verlos, me gustaría saber qué cosas andas poniendo.
- Más adelante, le digo, cuando el asunto esté más avanzado.
- Muéstrame un adelanto, así se me pasa un poco el aburrimiento.
- Está bien, mañana te los paso.

Y cuando sigo, cuando me acomodo al borde de la cama, siento los ojos de Berta tan fijos sobre mi mano, como si de puro acosar alterara las palabras que tiro sobre la hoja amarillenta.

La Rucia también, pero su irónico gesto me indica que estoy al borde de una nueva empresa que me conducirá al fracaso pertinaz, al vértigo de la caída.

Pero el furor, pero la pena, pero todas las cosas encima mío.

Pero el espanto ahora y la increíble nostalgia que me retumba.

Matutina soy energía pura.

Lumbre emano.

LA VIA ARMADA

Lo vi armado, amado por mí como ninguna de las otras.

El más bello de la cuadra, el más lúcido del barrio, el alma más ardiente del país.

Mantiene una casi ofensiva palidez en su rostro vagamente famoso.

Tengo seis años.

tengo doce.

Tiene seis acompañantes que entran a la casa y mi madre se retira con desdén. Yo me quedo, yo deslumbro ante él.

Se sientan alrededor de la mesa:

Ponen armas sobre la mesa y planean: hacen planes de joyas, de monedas. Hablan como banqueros la empresa:

El toca mi cabeza, él permite que deslice la mano sobre el metal, él me regala una bala.

— Coya, me dice, Joya.

Mentira

Nadie, ninguno de ellos me mira, absortos como están en el planeamiento. Pongo más vino sobre la mesa, saco del armario una botella de fuerte, bebo yo misma aguardiente.

No me mira, ni mareo ni nada la banda.

Viene se avecina un asalto.

Asisto a los detalles, desconfío de la precisión del chofer, mancillo el optimismo de mi padre, veo la gran falla del guardaespalda y su miedo.

entre ellos. Veo que lo prenden, que lo venden

Me avergüenza el comentario de los vecinos, la mala lengua de los barriantes y el desprestigio. La delincuencia me abruma su actividad.

Se cierra, se perfila el trabajo.

— Será al amanecer, dicen.

- Padre, papá, le digo, es mejor en la noche, en la mitad de la noche.
- Saca a la niña, dice el lugarteniente.
- Andate a la pieza, me ordena.

Y me mira mal, malamente a mí, a la que tanto lo quiere, a su protectora.

A la cómplice suya, su mujerzuela precoz.

Atontada, mareada, me retiro: tengo doce años y mis piernas bambolean. Y allí en la pieza contigua, sigo duro al aguardiente y envalentonada en la resaca lo llamo, lo invoco a mi lado. Siento sus pasos. responde.

- Los dos, le digo, expulse a los otros y lo hacemos los dos solos. Mi padre me ha visto borracha.

Y me tapa, me arropa, compadece de mí, pone su boca en mi frente.

- Para otra, Coya, después será contigo.
- ¿Para siempre? le pregunto.
- Sí, me dice, para siempre.

Fue armado. Sacó una pequeña fortuna al botín, repartió dinero a diestra y siniestra. Hubo mujeres entonces vestidas, adornadas por él: Hubo festines y un don para mí.

Jolgorio.

Pero el vaho, el soplo, el despilfarro lo volvió insuficiente al gasto.

Más armas perfectas recortadas y acumuladas y el plan se cierra una y otra vez la discusión y repartija.

Exito logró tanto y fama en el ambiente.

Fue su primer caída. Mi intenso dolor, mi cuchillo.

Yo y él detrás de la reja le doy los primeros informes, le digo que afuera las cosas se han puesto raras. Le hablo de guardias en el barrio.

Y el sonrío.

SALE

Sale con su perfecto pelo negro, atraviesa el umbral hacia la calle como un dandy dando una mirada esquiva a la acera y detrás la reja se cierra y guardias corruptos me miran, observan mi cadera movediza que oscila para alcanzar la mejilla de mi padre y apretarlo hasta el cansancio, cerca, muy cerca de su boca y peligrosa.

Coincidente, inconsciente, reincide al poco y en otra.

Cuando todos buscamos armas para defendernos: cuando toda yo enyerbada me preparo imitando sus gestos y su disciplinado operar.

Falla, fallece en esa segunda etapa.

Yo pervivo alucinada.

Sentada al borde de la cama voy ordenando cada uno de los parlamentos, para darles voz, preparando para ellas una actividad, otra oportunidad sobre el vacío del lugar abarrotado saturado de camas y de plañidos inútiles y reiterados.

Escribo desatada, desligada de todo otro menester y el hambre.

Es algo para el atardecer, para las horas en que el encierro se vuelve extenso y los custodios abandonan, dejan libres a cada cual sus pesares.

Elaboro parlamentos, me elaboro levitada.

Cunden, crecen los papeles que domino, más allá de la mirada censora de la Rucia, por encima del ansia evidente de Berta y por sobre mí, los recuerdos que superponen palabras tapando, cubriendo el odio manifiesto que me encauza.

Ella me tapa la luz, me entorpece, me interrumpe.

— Quiero ver eso, me dice, tú me lo prometiste.

Dudo, siento el compromiso, el rapto, la intervención, la compartición del material. Me alivia también, me halaga.

— Bueno, le digo, pero no metas mucha mano. Hay cosas que no voy a cambiar, hay asuntos verídicos e inexcusable.

sables.

- ¿Hay mentiras? pregunta.
- De todo, le contesto.
- ¿Sobre nosotras?
- Para ustedes la gloria, la fama y la decadencia de la patria.

Toma el fajo de hojas y se aleja.

Cuando la miro, contemplo que le he dado un sustento, que Berta camina como cuando se encendían barricadas al hielo las fogatas.

Y evasivo mi ojo desliza a la Rucia que va a conformar para mí una rotunda escena, el épico episodio de la más destacada combatiente.

LOS AGONICOS FRENTISTAS

Hay reunión; Hay un mitin,
un motín más bien.

La madre gime:

La madre gime mientras acaricia la cabeza rota, la
fractura en la testa del muchacho. Se prenden.

Se prenden velas que alumbren el duelo.

Silban, dan señas a los cuadros de seguridad los grupos de choque y el
comandante civil tiembla y presiente el desbarate. El tremendo
disparate cometido.

Sí, el líder conoce el desmedro, el enorme
descontento de su gente ante el desequilibrio de armas.

Un grupo descolgado saquea: rompe cristales, se van con todo y se
pone encima la furia.

Los linchacos danzan en manos de quin-
ceañeros. Las muchachas acarrean piedras de una esquina a otra para
detener, para oponer obstáculo a los camiones y a los escudados
soldados que penetran directo a la venganza.

Un niño estira hasta lo
impensable el elástico de su honda y da en el borde del vehículo
abollando.

El niño saca de su bolsillo un repuesto y apunta: el metal
hunde otra vez.

Se ordena repliegue.

El fracturado muchacho expira y su madre lo estira, lo extiende sobre
la acera y huye.

SUENA: música andina.

Resuena: rock destemplado.

median balas entre las notas y una pierna es lacerada por un conscripto:

Una niña busca desesperada a su pareja dirigente.

Está oscureciendo y en las angostas calles se confunden las fogatas y detrás los oscuros resistentes se desplazan.

Hay 2, 3, 4, 5 bajas al atardecer.

Múltiples heridos retirados y curados a la rápida por temblorosas manos que tapan, que ponen tapón a la sangre.

En la noche cerrada el proceso está concluyendo, los habitantes reducidos, recludos algunos grupos.

En el erial más próximo un hombre agoniza desde hace horas: es un frentista adherente que se apoya contra el muro y decae, cae lentamente sobre la rala hierba, tomándose el estómago, ladeando la cabeza, buscando apoyo en la tierra.

Poseso en la obsesión por la catástrofe habla, dice en tono póstumo:

— Dije que sí a todo, pero realmente no quería decir eso.

Enseña en la caída su última y más moderna encarnación, apoyado contra el muro y ladeado, acurrucado al lado del mural que le contagia fuerza artística en las consignas, en las figuras pintadas.

Grotescamente constreñido acaba su existencia enteramente pública y publicada por la respuesta jerárquica.

Es de noche.

Y aún los oficiales dan órdenes a la tropa, siempre en contra de los frentistas que atrincherados resisten, insisten en torno al líder, al comandante civil su guerrera actitud.

Allá el agónico varón se desploma, cayendo completamente su cabeza sobre la tierra pegada. Dice, musita:

— No, no quiero hacer eso, yo nunca lo hago.

Diciendo, hablando, se ablanda, se lacia. Pero el brillo de su fama no le abandona, aunque yazga solitario en el erial, él refulge más estrellado que la vía láctea que lo alumbraba.

Los soldados invaden a los frentistas.

Un culatazo tira al suelo la his-

teria de una madre.

El líder acribillado es tomado fotográficamente, dactilarmente y develado en su chapa hacia su más atávico y verídico nombre

acribillado.

He inventado un espectáculo de aceptación con la mirada capada.

Distante, atacada de una absoluta falta de contacto, temerosa de la oscuridad, escribo:

Parlamentos, documentos, manifiestos.

Hablo siempre de las cosas nuevas de la infancia, del estilo asombrosamente decadente de la patria.

Berta, trabaja infatigable, dejando sobre las hojas la caparazón adyacente de su experiencia frustrada, de su ambición por el indeleble primer plano.

Hubo entre nosotras una discusión explícita.

Cuando se habló de aquello, mi posición categórica la inhibió, le torció su hegemónico proceder.

- O te ciñes al plan general o te retiras. Así le dije.
- Las mujeres se van a resistir.
- Las mujeres van a estar felices. Las mujeres éstas van a delirar de gusto, le rebatí. Va a ser todo una gran copia, un sustituto, una toma colectiva del habla.

Que hablen, que hablen, que hablen, llenando de voces la gran pieza y por la claraboya central, la luz del atardecer

apoyando, esperando que la memoria siga funcionando, operando sobre el espacio de los derruidos cerebros.

Concluida la versión, elijo el grupo de las comparsas, la figura más dúctil hacia la tendencia materna. Me erijo.

Apelo:

Apelo a una asamblea clandestina en la habitación.

Todas alertas a la convocatoria se remecen y el grupo se acerca, se apiña en mi trono escuchando las instrucciones, el elaborado plan que les propongo.

Sí, cuando toda habla ha sido expulsada, cuando los movimientos reducidos, cuando reductas todas aramos un tinglado, un aindiado y porfiado subsistir despiertas. Sólo la Rucia se mantiene al margen, sólo ella.

Las otras mujeres empiezan a entender y sonríen cuando les hablo del vino, de la farra, de las batientes puertas del bar, de la burla incansable a los zarcos, de nuestra venganza programada a los uniformados esclavos. De nosotras.

A las dos horas se produce consenso:

Me boto sin tapujos a protagonista y en estelar proceder elijo los suplementos, exijo una rebelada respuesta íntegra.

Los consentimientos se multiplican: una a una se comprometen. Berta, lugarteniente, anota, reparte las instrucciones, se vuela.

Me abro paso entre las mujeres y me acerco hasta su cama.

- ¿Qué pasa contigo Rucia?
- ¿Qué pasa contigo Coya?

La Rucia se escuda en la reserva.

Con el resto se inicia comercio y tráfico.

Emano mi primer y más lúcido parlamento dicho en falsete y con voz emocionada:

“Ella siempre tiró pa reina aunque nadie ni en remoto lo supiera y se pasara la mayor parte de sus días en la farra de los bares”.

2. ACERCA DE VENCEDORES Y VENCIDOS

— Tanta cosa, Coya, que te matan las malas palabras de tus rivales.

No es así en grandes términos: mis rivales me secan el alma en lo intangible y me malean. Se me aparecen siempre con vestidos nuevos y perfumes, diversas en sus comportamientos y modales. Me cercan.

Yo, cuero cerrado y sonrisa, las amparo de lado en la cama.

— No lo digas, no lo digas siquiera y espanta esas costumbres, acuérdate que eres Coya y madre de madres.

Cuando me han saqueado de cuánto poseo. Ya ni al espejo me miro, ya ni eso que me invierto. Me repito como letanías mis intensas cualidades para embaucarme y terminar borracha y mareada de mentiras. Cae, tambalea el edificio, bloque a bloque se abren portillos y entran ellas con sus adornos y pintarrajeos: Mala víbora, perra me dicen.

— Ese es tu pago al antro, Coya, el vino no trae más que quebranto y dudosa fama.

Me enfermo, tirito sin aguantarme. Hasta me he orinado de rabia sintiendo mojada la entrepierna. Así me quedo avergonzada y me recrimino por mi pernicioso carácter. Pero si tú las vieras apenas de reojo, me tocarías para esconderme de sus furores. Qué no me dicen, qué cosas me sacan en cara que hasta yo misma había olvidado. Se saben todos los juegos que frecuentaba, los errores que marqué en cada tirada. Ni hay secretos que no hayan remontado. Me hacen y rondan para mis miserias y el hombre se ríe y palmea. Sin atributos las sigue, siendo quien más me acosa para contar con burla mis partes únicas. Yo caigo de lágrimas, le suplico, lo golpeo, lo abrazo para que no sigan.

— El asunto es que te traspongas. Toma mate, Coya, chupa la bombilla de plata. Enróscate.

Llegan primero las más altas y de ojos zarcos. Se tienden sobre para que les ordene sus pelos rubios, levantan las piernas lampiñas y me dejan por misericordia que las toque. Pero es la palma de él la primera en la piel y es mi mano la que soba y ordena dirigiendo la caricia. Cierro los ojos ante su impulso y lo siento jadear arrastrando su mano hasta lo más alto. Las blancas siempre están en esa abrupta actitud, porque abandonan ambas manos para calarse medias sobre los muslos y bailan. Yo me repliego hasta el borde, cediéndoles mi espacio en la cama.

— ¿Hay otras, Coya? ¿De qué yerbas-malévolas te has rodeado?

De todas las gamas. Se me pusieron en contra las mujeres, echándome encima la voluntad rítmica de sus cinturas. Me oprimen el pecho y con los lazos atrapan. Llegan de todas partes, hasta ésas con las que había cruzado un inexpresivo saludo. Yo me curvo en pleitesía, suavizo mi naturaleza para que no me noten: soy sierva y atiendo hasta sus más ínfimos deseos y como el lacayo, saco la fuerza del vencido para conturbarla. Mi cama se estrecha, las sábanas manchadas me resbalan para mandarme suelo abajo o cruzarme de zarpazos. Yo les voy dando todo lo que tengo en arreboles de júbilo. Las complazco luxada de afeites y saco el sarro que bordea mis dientes para decaer de lujo. Lujuria en tanto es mi propia piel cebada: me jura en falso y me asegura que yo machi y madre de madres tengo en vigencia cada uno de mis conjuros. Las mujeres de mi país compiten con las extrañas que merodean: no digas nada, él es figura de piedra y yo ciega me golpeo contra su frente. La cama se remece y me cuelgo cabeza abajo para sujetar sus patas.

— ¿Qué me hablas, Coya? Parece pura historia.

Ya no me queda pellejo. Saco y perturbo el gesto, pero ya está hecho por otra y otra de mí. Anido colmenas de abejas reinas y asesinas de mi zángano ¿Cuál aguja me perfora y orifica? Uso zapatos finos

y aúllo por el empeine más perfecto que el mío. Taconeó sobre los colchones, tan destrozona que me celo y retoco la brusquedad deleznable. Así es como recorro y surto la cama que se extiende: con el tacto de las yemas de los dedos, llora lo humano de mí.

Tú a mí no me engañas Coya, has estado hablando cosas verídicas. Las otras mujeres te mandan.

— Ni consuelo me diste.

Porque eres madre de madres para ti el saldo de estas legalidades. Para mí es la burla de tus penas que de tan conocidas arrancan mis carcajadas.

— La risa en tu boca es ciénaga porque frotaste mi conversación.

Tú sola te la buscaste por habladora y quejosa, preocupada por la lascivia y en vez de santurrona eres penosa figura.

— Eres una de ellas, la más brutal y aleve.

Ni me interesan tus fantasías de vagabunda especie, cuando de enemigas ya andabas rodeada, bajas pasiones te convulsionan: fraude y mito te vuelvo la cara y mi carne jamás tocará la tuya.

— Esta es la noche. Me pincharé con la uña. Por ti tendré un engendro que va a ser rubio, macho y zarco.

Carne de bares te han puesto mal de la cabeza. Como madre de madres eres asunto concluido.

— Pariré como vómito, cuando quiera.

No parirás, sino que serás enterrada en ceremonia fúnebre.

madrecita madrecita ¿qué me dices?

Interrumpió groseramente, justo cuando ella con la cabeza baja y dificultad terminaba la pregunta. Coya miró a Flora, quien había hecho de comparsa, buscando en ella la misma complicidad ante el hombre, pero estaba distraída sacándose el maquillaje. Las demás mujeres arreglaban las camas deshechas, reubicándolas en la misma pieza, medianamente iluminada.

Ahora, el hombre tomaba el pote con sus pinturas y empezaba a abrir la tapa girándola con cuidado.

— Deja eso, dijo Coya, es mío y no tienes derecho a tocarlo ¿qué es lo que vienes a hacer aquí?

— Me designaron para cuidar este antro, para cuidarte en realidad.

Cuando entró en escena, supo que Juan había vuelto. Ahora tenía que moverse con tino para que no la denunciara y le cayera encima una suspensión.

El, parado al frente, siguió manipulando el frasco con pintura. Finalmente lo destapó y con sus dedos sacó la pasta café. Miró a Coya, pero después volvió la vista hacia las múltiples camas de la pieza y a las mujeres silenciosas que la poblaban. Algunas se encontraban tendidas mirándolo de reojo. Flora, acababa de limpiarse la cara que estaba brillante y enrojecida por la fricción con el trapo. También ella se tendió en la cama, pero se tapó el rostro con los brazos, dejando visible el trapo sobre la manta.

El ya sabía que Coya estaba en ese lugar, pero lo que nunca adivinó es que iba a aprovechar las antiguas conversaciones y sus peores imágenes para exhibirlas en el escenario.

Miró a Flora y le ordenó:

— Anda a botar este trapo, no quiero cochinadas en la pieza.

Ella se levantó, llevando el trozo de género entre las manos. Coya lo miraba con la cara crispada de ira, pero cuando sus ojos se toparon

frontalmente, esbozó una forzada sonrisa.

— Eso está muy bien, faltaba alguien que pusiera orden en este turgorio ¿así es que te tocó a ti este papel Juan? que aprendan de una vez estas mujeres sucias a comportarse y a convivir decentemente.

Flora, ya de regreso, alcanzó a oír las palabras finales de Coya y le dijo:

— Nunca más me pidas que actúe de comparsa en ninguna de tus mediocres escenas. Eres de lo peor.

Se estiró en la cama, pero esta vez la cabeza la tenía recta sobre la almohada y sus brazos lacios a los costados.

— No me importa, no me importa nada, le contestó Coya, además no tienes ninguna ductilidad. Hace días que estaba por decírtelo.

Era una pena enemistarse así con Flora. Había sido la más leal, aunque su lentitud era notable. En fin, ya habría tiempo para arreglar eso después. En realidad tenía todo el tiempo del mundo.

Seguía siendo la misma. Aunque su exterior estaba cambiado, más fea y deteriorada, conservaba la habilidad de sus trucos. El sólo quiso probarla al agredir a Flora. Por eso no lo tomó de sorpresa que Coya se le fuera en contra sin dudar. Siempre fue así y con cualquiera: hicieran cualquier cosa por ella, se olvidaba de todo si se le ponían en su camino para conseguir algo.

Casi sonrió al constatarlo. Después de todo su vuelta no era inútil.

Berta, sentada al borde de la cama, levantó la cabeza lentamente para verlos: había seguido de cerca la representación de Coya y Flora con los ojos cerrados.

Estaban cada vez más fluidas y seguras en sus parlamentos y los chillidos de las otras mujeres, sus gemidos, acosaban el espacio.

Le parecía una perfecta réplica, el mejor doblaje ritual, claro que

ella misma fue la que le dio coherencia y sentido a los papeles mal escritos que Coya le entregó. Le parecía imposible sacar algo legible de allí, pero sacrificó sus horas de sueño y rehízo lo escrito.

Si hubiera tenido más tiempo, más memoria, habría resultado mejor, pero Coya estaba impaciente, siempre a su lado sin dejarla concentrarse.

Las demás también rondaban con la curiosidad por saber de qué manera avanzaba el asunto. Ella pensó que Flora no era la indicada para hacer la comparsa 1, aunque lo entendió como un premio para su constante sumisión y espíritu servil. Coya le advirtió sin prejuicios que su participación se limitaba a completar su diseño, lo advirtió tantas veces, que entendió que tenía miedo a perder el control por las transformaciones que ella iba haciendo.

Pero no discutió nada, no fue capaz, cuando el talento de Coya era tan limitado, que estaba atendido a sus lejanos recuerdos, ya débiles.

Por eso cuando interrumpió Juan, se le llenó la cabeza de imágenes, pero luego conoció sus intenciones, lo que venía a romper el simbiótico proceder.

Y lo iba a romper porque este hombre llegaba cargado de rabia a cobrar cuentas antiguas. Lo que él nunca debería saber era su participación en el plano general. Esperaba que la vanidad de Coya se manifestase y asumiera sola la responsabilidad. Casi estaba dispuesta a apostar que lo haría, porque si no, podría ser desplazada por cualquiera de las que querían hablar como las muchachas. Lo notaba por la fuerza que iban tomando paulatinamente los chillidos. Cada vez las entonaciones eran más perfectas y complejas. Competían y se les iba la vida en esos guturales comportamientos, hasta sobrepasarse a ellas mismas, para ser un claro arrebató a las proclamas de Coya, un gemir por lo que ella representaba.

Por cierto que las demás suponían que su participación se limitaba a escribir las órdenes que Coya le instruía. Tampoco eso le había resultado doloroso, al revés, le complacía ese secreto que le daba una autoridad subterránea sobre los mínimos detalles.

Muchas veces, en la noche, Coya se arrastraba hasta su cama para preguntarle por algún giro de los parlamentos, o para sonsacarle algún recuerdo.

Cuando creía que había logrado algo bueno, la incitaba a celebrarla tantas veces que sus ojos, entonces, brillaban de goce.

Coya estaba preocupada por la dureza de Flora y ella escuchaba pacientemente sus quejas, hasta que veía en su cara la desesperación y la impotencia. Sólo entonces le indicaba las correcciones: Flora debía, en la primera parte, conservar su mansedumbre, pero luego, había que hostilizarla al máximo para que entrara con fuerza en el momento de la conversión de Coya en madre general, hacia el final de la representación.

Con la cabeza levantada, lo divisaba difuso. Estaba bien, aún cuando corría el tiempo, estaba bien. Conservaba una cierta esbeltez y esa manera de pararse que lo caracterizaba, o quizás no era tanto, pero a esa distancia sólo podía dar cuenta de su aspecto superficial.

Juan y Coya estaban muy cerca uno del otro. El silencio era casi total, salvo un ruido muy sutil que no tardó en interpretar como el llanto contenido de Flora.

Si tan sólo pudiese verlo de cerca, también él la reconocería, pero por un motivo: era a él a quien tanto esperaba en lo que hasta ese día era uno de los motores de su existencia.

El hombre y la mujer se enfrentaban en el escaso hueco entre la puerta de la pieza y el inicio de las hileras de camas. Ninguno de los dos se miraba en forma directa, pero sí estaban en el radio oblicuo del ojo. Algunas mujeres se mantenían sentadas en el borde de la cama y otras estaban acostadas.

El sonido era el llanto de una mujer que imperceptiblemente subía de tono. El olor, era el conjunto de cuerpos pegados a sus lechos por una cantidad indeterminada de tiempo.

Coya no quería mirarlo porque prefería no acordarse de nada. Estaba aquí sin que pudiera detener nada y aunque no le importaba que su apariencia fuera de lo peor, sentía que aún así querría tocarla, pidién-

dole a cambio de su protección, el roce con su agria y pasada carne. También él estaba envejecido y comprobó de una sola mirada que el vino regía su existencia, que el vaho del alcohol lo había arrastrado a su lado.

No quería mirarla porque...

Desde el fondo de la cama, la Rucia deseó que Juan burlara los papeles y que se dejara caer en el antro de una vez por todas, la peste.

ACERCA DE VENCEDORES Y VENCIDOS

Cuál estirpe de vanagloria especie te alimenta el lecho y te licencia del comportamiento tan oportunista de tu óvalo. Cállate, no es la brujería, sino la mala fe de tus ancestros la que te induce.

Hosca y rasa te ves bajo los fuegos que enciendes. Puro fandango tu lamento sobre la módica audiencia.

Cesa.

Asoma la cabeza del escondrijo y dame la mirada triunfante de los desfiles. Pasa de costado y húndeme la lanza frontal. Me haces en tanto una actuación de liturgias. Arma el coro y que la voz resuene, are e induzca el fierro en la carne. Manjares quiero, no estopa.

Ah sí, los velos de tu litera me raspan y adormecen. Los abanicos me turban y la turba me seduce con su griterío bacanal. Reparte el rancho acuoso y maligno, para que el hambre

— Como un general al mando tu voz me ordena y toda cosa que digas es mi sagrado. Ponme encima la túnica púrpura y dame el cetro.

Con mi anillo te daré el sello servil.

— Como un general al mando de su ejército, exudo órdenes sacras para envanecer el sacrificio. Estoy desarmado de ti, pero mi tropa es la donación de la balacera.

— Como un general asesino te veo desde la mira de mi balcón.

siga cundiendo y tu cuerpo se
 riegue y florezca.

Mas ¿no te dueles desta desven-
 turada? ¿no bajas hasta los
 míos tus ojos? ¿Para qué fui
 vencida entonces?

— Como un general asesino y rebel-
 de, lanzo la arenga y hasta la
 tropa se agita temblando.

Juan no quería mirarla porque entre los rayos de luz de la pieza empezaba a reconocerlas y desde siempre debería haber entendido que Coya se iba a proteger ante cualquier encerrona.

- Flora, deja de quejarte que no puedo dormir ¿quieres que te pase otro remedio?
- No, Coya, que ya he tomado mucho y capaz que me envenene.
- ¿Qué es lo que te duele ahora?
- Los huesos, me duelen toditos los huesos y la espalda también.
- Entonces, ponte para el otro lado y cierra los ojos.
- Sabes que no puedo dormir dada vuelta para la pared, no me gusta.
- Aguántate así, porque de todas maneras te va a llegar el sueño. Si casi todas las noches te pasa lo mismo.
- Ahora es peor, siento como si me metieran agujas en la espalda y entre las coyunturas de los dedos.
- Yo creo que es el frío. Si quieres te paso mi frazada para que te dé más calor.
- Bueno, préstamela un ratito que sea y cuando se me pase te la devuelvo.
- Lo mejor, Flora, es que te pases a mi cama, porque sin la frazada tampoco voy a poder dormir. Levántate.
- Tú sí que eres buena conmigo. Voy a ocupar un ladito no más, ni me vas a sentir.
- Siempre dices lo mismo y después te empiezas a dar vueltas y casi me botas. Ojalá no tengas los pies muy helados.

Flora se sube a la cama.

- Estás muy flaca, Coya, me llegas a clavetear las costillas. Parece que me siento mejor. Oye ¿por qué no me das una friega en la espalda?
- No te pongas abusadora. Si te dejé pasar es para que cierres la boca y me dejes tranquila. Yo no sé nada de friegas, mejor sube las piernas encima y se te va a pasar todo.
- Mientras me quedo dormida ¿por qué no me hablas de algo?
- Córtala, Flora, si no te callas te vas de nuevo a tu cama.
- Con Juan sí que puedes hablar, ayer llegaste de amanecida a la pieza.
- No te metas en mis cosas, además eso es lo peor que me pudo pasar. Mira como ya estás más calentita. Corre las piernas que ya me tienes agarrotada.
- Déjame un poquito más ¿no ves que se me empiezan a pasar las puntadas? mejor muévete tú para la orilla.
- Me tienes colgando del larguero, un poco más y me voy de cabeza al suelo. Por favor, Flora, tratemos de dormir, que si no nos pasamos la noche en vela.
- Ya, si no te hablo más, pero ¿por qué no me cuentas lo que te dijo Juan anoche? yo me quedé dormida y apenas sentí cuando volviste.
- Eres bien copuchenta tú, para mí que no te duele nada y lo único que tienes es curiosidad. Hablamos de las cosas de antes, de todas esas cosas que a ti no te interesan.
- ¿Y por qué no aprovechaste de pedirle un par de frazadas más para las camas? seguro que te las habría dado al tiro. Deberías preocuparte un poco de nosotras. Yo no sé para qué andas hablando de esas cosas que lo único que hacen es ponerte idiota. Ya no hay remedio, Coya, cuando las cosas pasan no tienen vuelta.
- ¿Estás de filósofa ahora Flora? No me estás diciendo nada nuevo. Yo, al menos, no quiero hablar una sola palabra con él, pero si me llama tengo que ir, porque está mandando aquí y si no, me sale peor y a lo mejor tú también resultas perjudicada, lo mismo Berta y capaz que hasta la Rucia le toque.
- Esa sí que no te la creo, andar sacrificándote por nosotras ¿cuándo

se te ha visto algo parecido? Si fuiste es porque quisiste. Ya me empezaste a dar rabia con tus mentiras, lo único que faltaba es que nosotras tengamos que empezar a darte las gracias por tus trasnochadas. Siempre me tomas por tonta. Mejor me voy a mi cama y te dejo sola. Si tienes pesadillas hoy, ni me nombres.

- Ay, no te enojés conmigo. Si te cambias de cama me va a dar frío a mí ahora. Ya pásame la mano que te duele, que te la voy a sobar, pero quédate calladita y piensa algo bonito, así no te vas a dar cuenta cómo te quedas dormida.
- Gracias Coya, después de todo no eres tan mala, pero mañana me vas a contar todo ¿cierto?
- Sí, Flora, mañana.

Adolorida, alcanza a ver los árboles y las matas alrededor.

En el largo corredor, su madre está sentada tejiendo, vestida de luto.

Lejos, como un ruido difuso, el agua resuena. Mete primero un pie y lo retira. Luego camina lentamente hasta que sus tobillos quedan cubiertos por el agua. Está parada sobre unas piedras de la base del estero: resbala y cae de costado, las piedras le rompen las rodillas que sangran en profundas cortaduras. Cojeando, sube penosamente hasta su casa. Cuando enfrenta a su madre llora con gritos destemplados. Ella deja el tejido tendiéndole los brazos. La acuna. Ella deja el tejido y se levanta, se levanta también uno de sus brazos y la mano la golpea en la cabeza: “eres una estúpida Flora, pareces un animal que ni te fijas por donde andas”.

Su madre que teje y le tiende el brazo, mientras sus zapatos claros se manchan de sangre.

- ¿Te acuerdas Coya?
- No Juan, no me acuerdo de nada.
- ¿Por qué no me miras? Sabes que te avisé antes, que fuiste la única a la que se lo dije.
- Sí Juan, eso lo sé. Pero no vale la pena hablar ahora, pasó hace tiempo y fue mucha la mala suerte para andar en memoranzas.
- ¿Tienes frío Coya? ¿Quieres que te pase otra manta?
- Así estoy bien. No quiero nada.
- ¿Me guardas rencor? Yo sí, pero quiero saber cuánto.
- Estás muy melancólico, pero yo me quiero ir a la pieza, las otras van a pensar mal de mí.
- No me importa lo que puedan pensar, además ellas nos conocen, incluso Berta me dijo que era necesario que aclaráramos las cosas.
- No sabía que estabas en conversaciones con ella ¿o es que te traes a una por noche? no sería nada de raro que lo hicieras, después de todo no les viene nada de mal un hombre de cuando en cuando. Pero tú te vas a cansar de llenar tantas mujeres, seguro que tienes un sistema, porque nunca fuiste muy persistente en eso, eres de tiro muy corto, costaba mucho tenerte de espaldas.
- Es que a ti te costaba muy poco. No había ni que pedírtelo porque de mirarte la cara ya se te notaba. Yo, si quisiera, me las pasaba a todas por la pieza, pero no me gustan, están demasiado feas, menos tú que estás provocándome. Si quieres lo hacemos, aunque yo deseaba hablar contigo, pero si estás necesitada te lo hago igual.
- Ni aunque me estuviera ardiendo lo haría contigo. Me coso las piernas con alambre antes que te subas encima. De hombre no queda nada de ti al menos para mis ganas.
- Y con los otros ¿te vienen ganas?
- Con los otros sí, con cualquier otro me quemaba.

- ¿Por qué la Coya no quiere hablar conmigo? ¿le has metido algo en la cabeza, Flora?
- No me vengas a molestar, Berta, mira que ando apenas. Amanecí peor que nunca. Ando mareada como si hubiera tomado. Yo no sé qué le pasa a Coya que está tan rara, no es contigo no más, para mí que quiere irse. Yo creo que es por Juan, por la vuelta del hombre y como tú andas metida con él.
- No salgas con calumnias Flora. No tengo nada que ver con él. Ya tengo todo pasado y Coya no quiere leer los papeles.
- Se habrá cansado pues, tú sabes como es de floja.
- Tan chistosa que estás. Yo creo que tú le levantas copuchas de mí. A ti siempre te ha gustado poner mal a la gente.
- Coya nunca te ha querido mucho, ella misma me lo dijo la otra vez, me contó todas las cosas, así es que no veo qué culpa voy a tener yo, mejor mira tu propia conciencia. Si quieres le pregunto por los papeles, porque me estoy aburriendo sin hacer nada. Además lo último me lo aprendí de memoria, Coya en persona me lo tomó y no me equivoqué en ni una palabra.
- Siempre que llega el momento se te olvida todo y haces que las cosas se demoren. Si fuera por mí, ya te habría cambiado por otra hace rato.
- Pero tú no mandas nada. Los dueños son Juan y Coya y a los dos les gusta como lo hago.
- ¿Cómo no te va a decir eso, si lo andas alcahueteando con Coya? lo que más haces es mandarla a la pieza de él.
- Estás equivocada conmigo. Yo a Juan le tengo rencor y todas lo odian, menos tú Berta, que no puedo entender lo que te pasa. Llegarías a lamer el suelo si te lo pidiera.
- Yo no me igualo a ti, que haces todo lo que Coya te manda, todos

los favores que te pide y llegas a volar para complacerla. En eso te tenemos bien conocida. Conmigo, Juan de lejos, porque la que hizo no se la voy a perdonar nunca.

- Coya me dijo que lo que te hizo fue no quererte. Según ella a él nunca le dio para otra cosa contigo.

Desde el fondo de la cama la Rucia trataba de esquivar los rayos de luz que se filtraban desde la claraboya. Había dormido mal, revolviéndose entre las sábanas. Con el pelo pegado a la cabeza, se sentía pegajosa entera y traspasada por los recuerdos, perseguida: “dame otra copita, una sola más y de ahí me voy. La miraban y se reían, y se volvían a reír apuntándola con el dedo hasta que la cortapluma se acercaba a su lengua —tienes la lengua sucia, estás pescada del estómago— se le hacía el tajo y la boca se le llenaba de sangre: me la trago y para que no se me vaya, me pongo una toalla entre las piernas, cierro los labios, aunque se me mojen los pelos, la retengo”. Haberse quedado empantanada allí, cuando tuvo la oportunidad de irse, o a lo mejor le habría salido peor, pero no sabía, no estaba segura de nada, salvo ese sentimiento de que venían por los cuatro costados.

— Alguna razón le darás para que se ponga tan sublevado, Coya.

Ninguna razón tiene, más que dejarme sin vestidos, sin pinturas, sin nada que me transforme y me tape la cara en belleza, porque hasta el pelo me lo amarra para atrás, para que se me noten las caídas que dice que tengo. En cambio, a las zarcas las examina con la luz apagada y las tantea de memoria, estrujándolas, que amanezco llena, cruzada de moretones en las piernas.

— Por lo menos he oído que andas en malos pasos y no lo dice una sola persona Coya, que son muchos los que afirman eso.

Tú deberías defenderme, pero estoy segura que no haces nada y después llegas con la vista nublada a pedirme cuentas, porque te tiro la reputación al suelo. Harto mal que te consideran a ti también, que para corrida ya tienes todo el país aplanado, pero a él nunca le ha importado la vida que llevas, lo que yo hago sí, cómo me conduzco, es su cadencia lo que le vuelve tan diestras las manos.

— Ya empiezas con tus animosidades y mala crianza, en vez de estar tirándome barro, deberías agradecer que él te aguante y en gran parte me lo debes a mí.

El me pesca como animal y a las otras como personas. De seguro eso es lo que quieres que te agradezca, que mire de qué manera se pone en refinamientos con ellas, porque en algo me ha mellado y es en la poca educación que me tiene sumida. Perpleja, apelo a los más elaborados rituales para demostrarle mi valía y dignidad: modosa soy, limpia y permanente me comporto, accediendo a sus requerimientos que ni en el corral se estilarían. Ya se me estampó en el pecho el escapulario que me pusiste, ya estoy impregnada por tus tatuajes, ya giro, ya gimo.

— ¿Qué pueden importarte las habladurías de la gente, Coya?

No es por mí, pero él las recoge todas, que si dicen esto que si dicen lo otro y después anda mirándome con desconfianza y empieza a revisarme entera. Deja todas revueltas las sábanas y empieza a oler mi ropa, haciéndola tira. Yo ando siempre pendiente de su ánimo y le meto todas las mujeres que conocemos para distraerlo y sacarlo de su mutismo, pero igual, cuando las está trajinando, de repente me mira y me dice: Coya ¿en qué estás pensando? mientras su mano sube, se alza, se eleva sobre los muslos blancos, albos, hablo.

Mi ánimo está por el suelo tan sólo de mirarte me enturbio, tu propio reflejo me altera. — Te has propasado conmigo ¿qué no ves que estoy agarrada de las uñas?

Si se deja caer la oscuridad, te taparé a redobles y haremos el camino al revés y capaz que entone algo para solemnizarte. — Ya lo tienes todo preparado, pero tus chillidos sólo lograrán enfurecerme.

Algunas todavía se mueven en sus camas, pero de a poco se acompañan las respiraciones y los cuerpos se divisan en distintas formas. Coya se arquea y se tapa la cara con la manta. Más allá, otra se tiende de espaldas y sus pies asoman fuera de la sábana.

Así, en distintas posiciones se les deja caer el sueño, con los ojos cerrados, la carne laxa, cubiertas por las mantas, encuadradas por las paredes.

EL DIABLO TIENE CUERNOS, COLA Y UN TRINCHE

El diablo se les apareció anoche cuando estaban durmiendo, bajando desde la claraboya y mostrando sus dientes amarillos, se empezó a pasear por la pieza ¿a quién elijo? parecía decirse. Mientras husmeaba, levantaba suavemente las sábanas para no despertarlas.

Parece que las hallaba muy feas, porque salía azufre de su aliento en vez del vaho del frío. Pero el diablo era mucho más horrible que todas las extremas que allí estaban.

No acababa de decidirse por ninguna, ya que después de verlas, daba un respingo y su cola se enroscaba. Tampoco las clavaba con su trinche. Se iba tan despacio, como sintiendo temor ante el grupo y cada vez se ponía más colorado de furia y sentimiento.

Hasta el malvado se sobresaltó cuando escuchó a una hablar entre sueños y fue tal su miedo que se metió debajo de una de las camas para no ser descubierto. Un pedazo de su cola y el vértice de su trinche quedó afuera, pero el resto estaba sumergido debajo de las patas de la cama. Cuando cesó todo ruido, empezó de a poco a sacar la cabeza y a mirar fijamente el techo como para irse lo más luego posible.

Era bien raro este diablo, porque bajaba como viniendo del cielo y no por abajo como los condenados, acercándose a las mujeres que estaban esperándolo desde siempre y a lo mejor lo habían hecho llegar con la fuerza de sus llamados.

Por eso empezaron a reírse de él. Lo habían visto desde el principio y la que soñaba, le echó una serie de impudicias cuando él había corrido la sábana para mirarla. De pronto, se vio atravesado por la vista de todas que estaban con los ojos entreabiertos. Porque era igual a como se lo habían imaginado y vieron en las estampas: grandote, rojo y armado.

Una, la más insolente, se atrevió a tocarle la cola que tenía la punta como una flecha. El diablo pegó un salto, llegando hasta el otro extremo de la pieza, pero eso animó al resto que con carcajadas cada vez más festivas, aplaudían con frenesí.

Se reían con tantas ganas que parecía que se iban a caer de la cama con la tembladera. Así se burlaban de su presencia tan conocida.

La cola del diablo se movía con rapidez para evitar que lo agarraran y levantaba el trinche amenazante. Por fin, se replegó contra la muralla, en el hueco que quedaba entre un par de camas.

Ahí se quedó.

Las risas empezaron a ceder de a poco. Aburridas, ellas se tendieron de nuevo y sus párpados empezaron a caer.

El diablo se movió hacia la puerta. La mujer que estaba más cerca, se enderezó y le enterró el trinche. El diablo gritó y pegó un tremendo salto.

Esa fue la última imagen que tuvieron y que fue motivo de gran jolgorio: el diablo rojo, tirando azufre, con el trinche enterrado entre los muslos, perdiéndose en la noche.

- Agacha un poco más la cabeza que tienes el cuello inundo Coya, lleno de piñén.
- No me resfriegues tan fuerte que me duele. Mejor me dejas así no más, Flora, porque parece que te ensañas conmigo.
- Es increíble que tenga que estar limpiándote todos los meses. A ti nunca se te ocurre lavarte, yo no sé cómo aguantas el olor, hasta la espalda la tienes sucia, por eso te llenas de granos.
- Si alegas tanto mejor me dejas como estoy, es a ti a la que se le ocurren estas cosas.
- A ver, date vuelta que te voy a lavar el pecho. Tienes hasta los pezones sucios, por lo menos el agua está calentita ¿está calentita? ¿cierto?
- Sí, pero de todas maneras ponme algo en la espalda, mira que me estoy entumiendo.
- Son ideas no más, ahora no hace tanto frío. Lo que te entume a ti es la limpieza. Se nota que nunca tuviste esa costumbre. Si no fuera por mí, yo no sé lo que harías.
- Nada pues, Flora. No me lavaré y listo.
- Y más encima eres mal agradecida, pero conmigo te sacaste la lotería, porque a mí nunca me ha gustado la suciedad. Desde chiquitita me acostumbré a lavarme, con frío o con calor, yo igual me metía al agua.
- Es que eres muy maniática. Lo que es a mí, me da lo mismo.
- ¿Cómo que lo mismo? la de infecciones que una se pega. Yo le tengo miedo a la gente sucia, porque andan contagiando puros microbios. ¿En serio que no te dan ganas de lavarte?
- No, me da mucha flojera.
- Quizás cómo habrás sido tú cuando chica, no se te debe haber

distinguido la cara entre la mugre. Ahora abre bien las piernas, mira que es la parte más delicada. Las mujeres siempre tienen que cuidarse ahí, porque después vienen las enfermedades internas. Oye, qué feo es, yo no sé qué les encuentran los hombres a esto, nunca lo he entendido.

- Menos mal que a ti no te gusta, si no andarías en la boca de todos Apúrate que me haces cosquillas.
- Tienes que separar más las piernas, así te limpio bien adentro. ¿Es que tu mamá nunca te enseñó a lavarte en esta parte?
- No Flora, mejor ni te cuento las cosas que me enseñó.

Coya yace en su cama como las ociosas. Piensa en los espejos, las sirenas pintadas en las paredes, las cubiertas de formalita, la acumulación de botellas, los meseros y surge, de a poco, en su cabeza una imagen de muerte:

Baila la música entre las mesas como una fogueada danzarina y en la exuberancia de sus piernas tiene su padre los ojos.

Hay otro.

Avanza a su espalda y la mano sostiene el arma: la gatilla.

Entra la bala a la altura del riñón, se lleva la mano a la cintura, cae y fallece con sus tacones y los labios rojos. Se tiñe.

Entra la bala a la altura de la columna vertebral y cae quebrada con la cabeza loca que se le va para atrás. Vomita sangre y de su nariz escurre el hilo.

El vestido lindo manchado por rosetones, la mano alba. Porque entra la bala en la parte posterior de su cabeza y se convulsiona. Los ojos se salen de las cuencas y tanto rictus le vuelve masa la cara.

Se desploma y es difunta danzarina.

¿No hay otro? ¿No hay otro?

¿Habrà otra muerte para la estrella?

Yace tal como está en su cama y empieza violentamente el ahogo que le impide respirar, acude a la sábana y sus dedos agarrotados la estrujan, hasta el cuerpo se le arquea buscando aire, pero no puede emitir sonido. Ya casi no respira: azulada y guturante se asfixia, sola en su pieza se muere.

Pero es el pecho ahora en donde se enclava este dolor insoportable que la atraviesa. También el grito atraviesa el pecho, la cama, las paredes. Es su padre quien cruza el pasillo hasta su cuarto, el hombre viene borracho y con dureza abre la puerta.

Su ebrio pariente se acerca hasta el borde de su cama, tropieza.

Ella abre los ojos y antes del grito, el cuchillo la hiende.

La monta.

No puede sortear el auto que se le viene encima y los focos la encandilan en el arrollamiento y la dispara con la misma violencia con que la empujan al vacío, o es la mano inerte la que deja caer el frasco que sostenía cuando el cirujano da la orden del cese de la operación.

Se electrifica, se desploma, se desploma.

Al pensar en su muerte, llora por sí como deudo inconsolable. Se seca las lágrimas con la mano. Se levanta y va hasta la cama de Flora. La remece.

- Otra vez, Coya, ha sido un mal sueño. Duerme de nuevo y vas a ver que mañana todo será distinto. Tranquila, aquí estamos todas acompañándote. Coya, que me muero de sueño, vuelve a tu cama, ahora me desvelaste a mí y estoy traspasada de frío.
- No fue un sueño. Estaba despierta. Se me cruzaron malos pensamientos y me da miedo que cuando vuelva a la cama, empiecen de nuevo.
- Ya no te escucho más, quiero dormir. Me duelen todos los huesos y tú eres una desconsiderada. Que sea la última vez que me despiertas.

“Lo hizo con intención porque quiere que yo la vele, sabiendo que me cuesta tanto dormir. Ahora ella se mete en la cama y se acompasa la respiración. Me da tanta rabia, por mí que se muriera bien muerta de una vez por todas”.

Se tapa hasta la frente con la manta, pero aún sigue tiritando:

Adolorida, se levanta entre las piedras y ve sus rodillas partidas estilando sangre. Se arrastra hasta el borde para ponerse sus zapatos blancos, mientras mira hacia lo alto, hacia su madre que se recorta contra el corredor

de la casa. Apenas puede caminar cuando empieza a subir estrujando el vestido, despejando la arena de las narices, de la boca, del cuello y es entonces cuando llora y la cabeza de su madre se vuelve a mirarla. Deja el tejido y va hacia ella. Se agacha a mirarle las piernas, su mano se adelanta y ella también se inclina a recibir la caricia. La mano de su madre se levanta desde sus piernas para golpearla en la cabeza: “eres una estúpida Flora, pareces un animal que ni te fijas por dónde andas” su madre que se para y su cabeza que se tuerce ante el bofetón y salta más arena cayendo sobre los zapatos manchados de sangre.

- No sigas con tus cuentos, Coya, que te van a terminar poniendo la cabeza mala.

Pero si todo es cierto, cómo avanza mi deterioro, las manchas negras debajo de los ojos, parecen señas del mal dormir que él me da. Con tanto ajeteo como programa, la garganta no me descansa en la ronquera por las proclamas que lanza. El me trata de floja e incomprendible para atenderlas. Pero nada más quiero que me dejen mi hueco para estirarme. Que las demás hagan lo que quieran con su bullanga, para eso me puedo tapar las orejas. Que sobre mí caiga la sordera y me diluya.

- Aprende a cerrar la boca Coya y tendrás recompensa.

Pero si no hablo ¿en dónde voy a parar? si yo tengo que contestar a sus preguntas y ayudar en su elección, porque siempre está dudando entre una y otra. Tal vez por eso las toca con bronca y sudor y después me mira para que sea yo la que marque a la zarca que lo ha conmovido y en ese momento me deja poner encima la mano y rasguño el lienzo que retiene mi sangre en el trapo. Estoy tan sucia que por eso es que él me conmina.

- Esa sí que es mentira grande, Coya. Tú ya no botas sangre. Hace tiempo que no escurres.

Eres una envidiosa, porque sabes bien que todos los meses me tiño y doy vueltas el año en esas. Tengo la cama imposible a manchas y los colchones igual. Parece que fuera una niña porque me atacan los mismos dolores. El me prepara el agua caliente, él nada más entiende lo que yo sufro y paso en esos días. Me dirige palabras suaves y caricias que me adornecen. Hasta las otras se quedan quietas gruñendo por su cariño.

— Cuando yo he yacido en tu cama, no he visto más suciedad que la de tu cuerpo.

Tu propia calaña te muestra. Mi cama es el delirio tuyo que siempre quisiste bajo tu espalda. Pero no eres mi pesar, con los colores que portas nadie te ansía ni reclama. El y yo te tenemos en descarte y todos. Acarreo la mancha en la falda y sus ojos me miran tan hondo y sus dedos me tocan con tal deleite, que nunca podrás suponer ni de lejos que te embargue. No hay olor, no hay visiones que tu escuálida estampa me domine, porque hasta en los sueños que tiene en su descanso, ahí estoy yo, abierta en medio, pidiendo que me tape.

— Mira, Coya, si eres atrevida, así es como te buscas las enemistades.

No te hagas conmigo ni arrumacos. Malferida por ti nazco sigo y me perjudico. No has hecho más que meterme miedo con todas las cosas: que si esto, que si lo otro y ya no veo por doquier sino maldad y atentado. Hasta de mirarme a mí me puerco y que me vean. En la pura noche siento que yazgo con tranquilidad, porque en lo oscuro no entras a imprecicar tus advertencias y de eso es lo único que puedo dar fe: de los elegidos relatos que te hago, pero en eso te portas como lo que eres y das señas de tramposa.

— Lo que tienes es templanza, Coya, es pura templanza.

No me entiendes, no me entiendes. Si estoy en esas y si caigo, es el puro envalentonamiento del medio filo y la desesperanza. Me andan tambaleando las cosas: corridas y chuecas las veo y a ti no, que te diviso clarita. Más que ninguna eres nítida de vida y salud. Ni sombra de lo mío, porque allá me tienen el hueco abierto y la tierra en los costados me clama.

— Es el vino el que te pone tan descarada e injuriosa. Está bueno que te avengas a la serenidad.

Tan mal que me quieres y se te nota. Tan poco aconsejadora que eres conmigo, siempre apabullando mis triunfos y queriendo ver en mí tu imagen y semejanza, como una hija baldada y reseca. Pero no es así.

Los ojos se me descosieron de susto ante tu cara y mi cuerpo se asqueó por tus tocaciones. Aunque de cerca la muerte mía, no me pondrás encima la mortaja, por muy fina y bordada que la hayas hecho, ni por el tiempo y las ganas que has gastado en su confección. El sí, él será quien dispondrá de mis resabios al lavarme angélica y traspuesta.

¿Qué te crees que eres? a todos — Ya no me aburras, vuelve a tu
nos va a llegar el día. Estás en el covacha y cierra la boca.
pecado de la soberbia, ése es tu mal.

Mala crianza te di para dejarte — Si tú no me pagas nada ¿a qué
ir de farra llevada por tus ideas y cuento las lamentaciones?
veleidades. No me apenas. No te
reconozco.

Ya veo que te vas derecho pal fondo. Ni aunque te agarre te subes.

Estaba parado en el zócalo de la puerta y hasta él volvió la mirada Coya, buscándolo en la penumbra con la cabeza ladeada y los labios entreabiertos.

El dijo:

- Mira Coya, vas a arreglar este desorden tú solita esta vez, además ya está por cumplirse el plazo que te di. Muévete y que todo quede bien.
- Bueno, pero ¿qué me dices? ¿qué opinas?
- Estás mejor Coya, estás mucho mejor.

Sentada al borde de la cama, Berta lo miraba enrabiada, pensó que así era desde siempre, que ya tenía cansada la vista de tanto seguirlo.

- Ahora van a apagar la luz y se quedan tranquilas. No quiero ni un ruido más. La que quiere agua se la va a buscar de inmediato. Les dejo encima las pastillas. Eso es todo, por esta noche quiero dormir en paz.

Coya estaba imposible. La noche anterior la había sacado de la pieza para hablar y ella no quiso contestar a ninguna de sus preguntas, le dijo que no se acordaba de nada, que después del susto se le habían olvidado las cosas y que más le valía porque si no, la vida le era imposible. Por supuesto que no le creyó una palabra, pero no había manera de lograr algo más en ese momento y la dejó ir porque todo el tiempo Coya estuvo jugando con el alfiler que le cerraba la blusa y sin que se lo dijera, notaba que estaba sobreviviendo muy a pesar suyo en el antro.

- Mira Coya, quiero que entiendas que no soy tu mamá, ya no me sigas tratando así, ni corriendo cada vez que te pasa algo. Yo cumplo mi papel. Además a ti no te interesan mis problemas, no me escuchas ¿por qué no te arrimas a Berta? ella tiene más preparación, ella sabe mucho más que yo.

Por fin se lo había dicho. Ya estaba cansada de ir tras ella mirándole la cara para ver cómo andaba y correr con el agua caliente para arriba y para abajo, y todavía tener que defenderla ante las otras. Coya era una aprovechadora. Ya le había pagado con creces todo, que tampoco era tanto, porque el día de la encerrona Coya era la única que tenía la gama total de indicios.

- Yo no tengo nada que hablar con Berta ¿no te das cuenta que me tiene mala? si de ella dependiera pasarme un vaso de agua, me lo tiraría en la cara. Y tú tampoco te pongas tan creída, que no tienes nada que ver con mi mamá, porque ella era una señora distinta a ti y a todas. Mi mamá es rubiecita y todavía debe andar pagando la falta inmensa que le hizo a mi papá. Yo madre, mamá no reconozco en ti. Con lo que me dijiste olvídate que voy a volver a escuchar tus historias y ahora mismo voy a pedir que me cambien de cama. Eso le voy a decir a Juan, que te ponga a otra al lado.
- Ay, Coya, si no es para tanto. Siempre que digo algo te enfureces y empiezas con tus amenazas. Si quieres hablarme de tu mamá, yo te escucho.
- Hoy no, Flora, mañana será.

- Oye, Coya, no te metas conmigo, ni andes hablando cosas que no sabes. En una de estas se me va a acabar la paciencia.

Berta estaba delante suyo. Coya pensó que algo debía haberle pasado para desquitarse con ellas: algo debe haber pasado, una cosa con Juan seguro. Y no pudo evitar la pena. Por una vez quiso estar afuera y que el viento la rasara, transportándola a su barrio, a la puerta de la casa que había compartido con su padre.

- Nada Berta, nada. Ya oíste a Juan, si nos pilla conversando capaz que nos suspenda.
- Tú gozas nombrándolo. No puedes dejar de meterlo en todo ¿crees que con eso me conformas? después te viene a buscar y vuelves llena de ojeras y bostezando. Tampoco sigues mis instrucciones. Yo no sé a qué se debe esa rebeldía tuya, para que te enteres leí la carta que te mandó.
- No me interesa que la hayas leído, de todas maneras la iba a romper. Nunca creí una sola palabra de lo que escribió.

Desde el fondo de la cama, la Rucia hizo un gesto de desagrado: “yo no sé por qué Juan hace tanta tontera cuando todas lo conocemos tan bien. Después de todo Coya tiene harta resistencia y también es más fuerte que el mismo Juan y lo va a dominar con el puro odio y rencor que le tiene. Tal vez si le digo una cosa a Juan pueda salir de aquí, porque soy la única de pelo rubio que de tan fino parece de hilitos. Eso le voy a decir: oye, Juan, entre todas éstas, yo soy la rucia que tanta falta te hace. Por favor mírame, mírame bien ¿que no ves que me ha costado tanta plata?”.

ACERCA DE VENCEDORES Y VENCIDOS

Vago trasparente por estos para-
jes y desfallezco alucinada por
tu desértico resplandor.

Abre tu tienda y dame del ban-
quete con que las otras te fes-
tejan tus vestidos bordados en
plata y el olor a mirra y sándalo.

Estás en la pradera bailando y
aplaudiendo como una niña
acompañada por los que te
avivan, pero me ves y tus ojos se
vuelven torvos. Cesan tus pies
el ritmo y tus dos manos caen
a los costados de tu vestido de
gasa.

Es verdad que tu raza y la mía
han permanecido intocadas y
tu habilidad con los instrumen-
tos ha sido el oído del pueblo,
pero te has acercado a mí para
rozarme con la fusta, sonriendo.

Báilame otra vez, cántame. Avan-
za tu mano y con toda la palma,
tócame.

Nada ha sido fértil. El grupo ha
huido de mí con desconfianza

— Como un general asesino remiso
y demente azuzo a la tropa que
se lanza a cabalgata limpia sobre
las cabezas curvadas.

— Como un general obseso y taci-
turno, alabo a la tropa y doy
estrellas de plata, espadines y
regalías a los más apuestos.

— Como un general venerado por
la tropa, levanto la cara entre
el agitar de los pañuelos y los
vitores, mientras planeo la ven-
ganza para los ausentes.

— Como uno de esos generales sedi-
ciosos, urdo junto a mis leales el

y todos se han burlado de mi torpeza. El infortunio se ha dejado caer sobre mis bienes. La lepra inunda mi superficie corporal.

Has repartido entre el pueblo el mezquino pan, con júbilo y seguida por tus secuaces. Después has vuelto a regocijarte a tu mesa cubierta de manteles dando a tus animales la mejor parte. Has cumplido uno a uno los sacrilegios, pero a pesar de eso, en alguna parte te aguarda la mejor cena.

Miraste con fijeza a la que te acompañaba y yo también la he mirado y no soy peor que ella. De eso pueden dar crédito todos los que me conocen, pero tú resplandesces humillándome y sumiéndome en la desventura.

ataque artero desde la seguridad de mi fortaleza.

— Como el más alto de los oficiales en rango y alevosía, dejo que la tropa me alabe y me seduzca con los dones que me ofrecen para celebrarme.

— Como el más feroz de los perros del general muerdo los humanos restos.

Están diseminadas las camas y los cuerpos parecen bultos. Los huecos entre los catres marcan el desplazamiento como en un laberinto estrecho sobre el suelo encementado e impregnado de manchas.

Ya ninguna se mueve con desvelo e incomodidad.

Detrás de la puerta está Juan, sentado en el suelo y arropado con una manta. Su cabeza está apoyada contra el metal que lo distancia, sus ojos abiertos cortan la mirada hacia la pared que tiene al frente, mientras su cabeza se frota con la puerta una y otra vez y debajo de la manta sus manos sostienen la carta:

Salvo encontrarte, no he tenido otra obsesión que me ligara a la vida. Por eso yo no sé qué es estar vivo fuera de ti que me sobrevives y pueblas.

Salvo encontrarte, todo lo que he hecho hasta este día es imaginarte con los ojos abiertos en otro, otra cosa cualquiera que me disuelva.

Por eso, haberte encontrado viva fuera de mí, es un engaño con el que pretendes marginarme para negarme mi vida y la existencia que te he dado.

Al encontrarte viva, sin mí, me llevas hasta la muerte que es además la tuya y definitiva. Pienso ahora Coya, Coa, en la muerte que nos dimos y cómo ninguno de los dos de mí, fuimos capaces de saldar el sobrehumano fin de nuestra historia. Me apacienta saber la felicidad que te di y que me diste en todos estos años en que al habitar me te habité.

En mi mirada, hoy sangras profusamente y sólo perduras en la herida letal. Así es como te veo en las múltiples formas imaginables por mi mala visión, siempre sangrante y moribunda, manchando las sábanas en la muerte que te doy para seguir vivo en mí.

Es la manera única Coya, Coa, de verte viva, mientras falleces en el calvario que te doy en mi agonía. Roja, granate es la sangre que te

corre por la piel que se raja, tu cabeza se parte y estalla, tus ojos se vacían y la boca se te llena de coágulos hasta ahogarte. Por eso Coya, Coa, cuando te veo delante de mis ojos sonriendo y caminando por la pieza, pareces un espejismo o un ánima que me pena y que tengo que rematar a cualquier costo.

Toma lo que escribo como un regalo, porque aunque te inunde la sangre en la imagen que te tengo y persisto, sigues debajo intacta y me miras agradecida por mi gesto.

Juan que frota la cabeza una y otra vez con el metal de la puerta, hasta que de pronto, echa violentamente la cabeza para atrás y el golpe atruena y sobresalta.

3. VAGARAS POR LAS CALLES, LLORANDO

- Que no me sigas, que no me digas y la paz final.
- Si no concedes, caerá el silencio anterior y la pérdida de vocalidad, de nacionalidad y familia.
- ¿Y si concedo?
- Asumiré toda la parentela: madre, padre acecharé la partición.
- ¿Darás noticias del afuera?
- Te daré toda la información.
- Dame una señal.
- El barrio fue desmantelado, claramente erradicado, irremediablemente invadido, emblemáticamente disuelto.
- ¿Los hechores de mi padre?
- Sobreseídos al poco tiempo.

Lloro entonces sí. Entono. Me tapo los ojos con la mano y las lágrimas escurren cara abajo aletargando. Juan, guardián, desaparece de mi visión y comparece.

COMPARECE

en mi vista chilena nublada el iris y me imagino un desfile infinito de tropas regidas por guaripolas, orladas por artilleros, coraceros, guardacostas, pisoteando, no, arando la superficie nacional y erosionando. Me imagino sí, mientras lloro, la planicie marítima retirándose hacia atrás, atrás tocando el infinito corte, perdiendo su pacífico estado y pudriendo el cielo confinado.

Así
con los ojos cerrados, produzco consciente un eclipse de sol y pre-

gunto eclipsada, erizada y oscura:

- ¿Los hechores de mi padre?
- Sobreseídos al poco tiempo. Definitivamente Coya y en ejercicios plenos.

Me acerco y lo aferro cuando ciega suplico por la voz, por la suma de nuestras voces reductas, por este encierro atroz:

- Mamá, le digo, sácame de aquí, llévame al combatiente sitio, incrustame una estrella en la frente y metálica para que no me fracturen el cráneo y me estrellen. Provéeme de municiones, tírame tus admoniciones.

Me empuja violentamente el hombre contra la pared y empiezo a cesar, a acezar abriendo los ojos y ya nada es. No es nada ya, ni fuerza queda, ni ímpetu, solamente él y yo atrincherados:

- O te avienes o pierdes la voz.
- ¿A qué costo?
- Al absoluto de ti.
- ¿Qué es en mí absoluto?
- Toda, entera tu memoria.
- ¿Cómo puedes tener mi memoria? ¿Cómo puedes robármela? rasarla más bien.
- Hablándome sólo a mí y en tono preciso. Así me entregas y yo te vacío.
- Es imposible, le digo, eso no existe.
- Aprendí, Coya, para eso me entrené todo este tiempo.
- ¿Toda mi memoria Juan? ¿Toda completa?
- No entera. Hay una parte que quiero recomponer, una actuación que necesito rehabilitar, evitar el desprestigio. Te dejo el encierro intacto, pero para atrás nada: Coya voy a parirte de nuevo, así como estás ahora, ajada, avejentada, calmada. Es un favor a ti, un fervor mío.

Llevo mi mano a la cabeza y me la indago con los dedos. Está dura, cubierta, protegida por el hueso

oval impermeable.

Tengo que decidir una trampa a su impostado proceder para que hablen, para que sigan expresando y sobrevivan.

Le tiendo un cerco y traicionando, le digo:

— Juan, ya no tengo, no poseo memoria. Es la Rucia, ella es mi depositaria.

Duda, suda, y como siempre, como desde antes, me cree.

— Ya sabía, me dice, me parecía que algo habías tramado. Hoy mismo empiezo con ella. Tú estás terminada.

Entro en la pieza que me corresponde. Las mujeres me miran mal, sancionando. Ha amanecido.

La veo muy nítida, pero el sentido de culpa no me toca.

La Rucia se avecina como animal sacrificial.

Agotada en el trasnoche, la mala noche pasada, hago un esfuerzo múltiple hasta formarlas para mí.

Aparecen las más permeables.
Surge M. 3 (todas).

Me impongo en mi rango incestual, habitual, donado en la cruz.
Solicito, hago petición legítima de reunión a las madres. Digo:

- Voy a dar un discurso, abre selecto espacio a madre general.
- Quieren agusararme, les digo, quieren un plan de rapto al habla y a la incapacidad de la consigna.
- Ahora me clamas, dicen, cuando estás contra la pared y a punto de cortarte. Arréglatelas por la vía paterna. Toma ese camino.

(Intuyo que se dispone para mí la abdicación, pero imposible porque sin sucesión ni rama alterna sigo plena y vigente, aunque claustro).

Demuestra, dice madre 3.

- Yo, yo, mí, mí, machi al fin y siempre.

Picoteada en el ojo izquierdo, punzada en la multitud, soporto la arremetida.

Ellas recorren gateando mi interior pinchando, removiendo células, verificando mi capacidad, mi merma cerebral.

Se apoderan de mi ojo.

No me dejan y me indagan enunciando las neuronas. En mi glóbulo, en mi lóbulo se ajusta madre general y dice:

TIRATE UN DISCURSO

a, a, afásica casi, digo invirtiendo las palabras:

Soy el último reducto

mantengo intacta la memoria colectiva y metalizada.

— ¿La mantienes intacta? — Sí.

Les recuerdo la posesión efectiva corporal y libidinosa conducta de mi madre y el persuasivo excavamiento de mi padre allí en el mismo lugar y explanada. Ardida, arada en el abajo por ese par que ellas avalaron en inverosímil comportamiento.

- | | |
|---------------------------------|------------------------------|
| — Así fuiste electa. | — A gran costo dama. |
| — ¿Te quejas, Coya? | — Me pesa señora. |
| — ¿Necesitas hombre ahora? | — Rehúso a ello, dómina. |
| — ¿Abandonas la reclusión? | — Sí. No, no abandono cuando |
| — ¿Dejas solas a las comparsas? | aquí ya consumo, me tragué |
| | entero el acoso. |

Sigue ahora:

ma, ma, más, masco yerbas
(el hambre me destroza)

Alucinada veo barricadas, emboscadas y la preñez que cunde y expande a las niñas con las piernas débiles penetradas por la superficie y adentro.

— Estás en estado incoherente — Desfalleciente, dama.

Inicio (improviso):

Pa, par, para hablar la memoria las convoco a rito adicional en proyecto de reconstitución del barrio.

(estoy con la cabeza gacha, mantengo el párpado caído).

“He cometido traición por el habla”.

— Has actuado en defensa personal.

Madres 1, 2, 3, 4, 5, 6, corean:

— Un acto de inapreciable valor, una elevada traición.

Antes de la retirada, las interrogo:

— ¿Cómo van los guardias afuera?

— Van correctos, rectos hacia el objetivo multitudinario y sangre.

La Rucia es sacada de la pieza

Berta me mira intranquila, Flora se acurruca en la cama, las mujeres se tensan.

Pasan dos, tres horas.

Juan aparece y me llama: me lleva a otro cuarto y sin disimulo, apoyado en el muro llora.

Juan llora apoyado en el muro:

— Hablaste perra, sí que dijiste nuestro ímprobo proceder.

Repite:

— Hablaste bastarda.

— Tú hablaste primero, le digo.

— Es que ya estaba condenado.

— No es cierto, no estaba en nada marcado. Tú le abriste la ficha.

— Tú no me abriste las piernas.

— No sabías muchacho, no tenías estilo ni lujuria innata.

— Tenía sí, tenía un ancla por ti.

No sigo, no continuó la discusión. Recesiva, obsesiva caigo en mutismo y él avanza, se acerca, me toca:

— Dijiste a la Rucia la innobleza mayor de mi carácter.

— No me acuerdo, le contesto.

Me asombro, cuando con la Rucia nunca tuvimos confianza en ese aspecto, salvo el soplo que transferido corrió esparcido por el barrio, el cerco tendido por Juan a mi padre, a la gente habitante.

— Que yo nunca le contaste, que jamás.

— ¿Dije eso? ¿yo dije? no es posible, mi naturaleza es compacta.

— ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas esa vez y desesperada?

— No Juan, no me acuerdo de nada.

Peligrosamente sus manos bajan y sueltan la cremallera y explota su oscuridad erecta, su vanidad.

— Mírame ¿o es que ya has perdido la costumbre?

Rectamente mis ojos lo aplacan, lo bajan, lo enanan.
Cae lentamente y desintegrado como niño en su herramienta inútil.

Desolado, se cubre con la mano el hueco abierto en el pantalón. Su mirada cambia, la situación se altera.

He sido traicionada por la Rucia en la profundidad herida de la carencia de Juan.

La Rucia Jadea

La Rucia jadea tirada en la cama y la saliva blanca se agruma en sus comisuras, nadie se acerca.

Berta, afectada, me insiste en que hay que darle una indemnización, alguna forma de compensación. Estoy de acuerdo.

— Dale rol, le digo, abre para ella algo especial.

La Rucia jadea y cuando nadie se acerca yo tampoco y cambio la vista pensando en un apropiado papel.

Cruzamos, engarzamos pensamientos con Berta.

La retrocedemos a su plena vigente vida chilena.

Antes que Juan dotado de distintivo la acose, protegido en el brazalete.

La retrocedemos, digo, hasta el barrio ya muy cambiado, muy disminuido en la memoria y alucinado en su frecuencia.

Amanece:

La Rucia encabeza una fracasada insurrección.

Destella, maldice a su madre, se niega a los hombres, enalta el hombro.

Asciende, toma grado civil y es la comandante cuando ya han dictaminado el barrio en estado de sitio, sitiados.

Propone:

Invoca, habla de: estado de guerra.

Ordena fortalecimiento cuadra por cuadra, casa por casa, manzana

por otra.

Incluye a los enyerbados, a los habitantes borrachos, a la suma total de madres y preñadas precoces. Distribuye tareas a los combatientes que acceden ante su pelambrera rubia y evasiva.

Una anciana la toca como a santa.

Una niña le prende velas a los pies.

Un hombre le enciende un cigarrillo y se lo pone en los labios porque ella tiembla y sus rodillas chocan.

Aglutina, convoca, es una líder.

ubicada en entarimado espacio se eleva distinguida del resto que le trasmite su deslumbre en la esperanza del retardo de la invasión.

Aparece entre la multitud su madre

Su propia madre la desprestigia invalidándola sin decoro.

Un gesto de madre general la aleja y la ebria dama se retira con sus imprecaciones, con su queja infinita al yacer paterno, al hueco ocupado por su hija el abandono.

Se ha producido consenso.

Se ha producido consenso en torno a la muchacha que va a anunciar la estrategia, cuando dice:

— A multiplicar, a elaborar un arsenal de linchacos. Es lo metálico lo que nos puede proteger y las llamas de las hogueras.

Repite:

LINCHACOS

Se abre entonces estado de guerra arcaico y procedente en el barrio que da para la resistencia heroica, épica y suicida de 5, 6, 7 horas de ventaja.

(bastaron seis camiones y un soplo para el desarme del primitivo armamento. Su madre fue la primera declarante y cobró paga y recompensa).

Reclusa ahora, presente, me acerco a ella para iniciar el encuentro. Berta me sigue y allí la miramos de muy cerca. Sigue brotando saliva de su boca hasta la almohada y entre el pelo vemos el hilo de sangre que parte desde el medio de la cabeza. Permite que Berta separe el pelo para despejar el orificio diminuto. Pongo mi cara, al lado suyo me tiendo.

- Fue con instrumental, me dice, Juan lo hizo de esa manera.
- ¿Qué datos te requirió?
- Aquella maldita relación con tu padre y cada una de tus posturas. Ni siquiera preguntó por su delación.
- ¿Hablaste?
- Inventé, Coya. Tuve que inventar de principio a fin.

Entonces se puso de espaldas en la cama.

Boca arriba, dijo amenazante:

- Entraré de nuevo en el habla. Coya, tengo un parlamento para ti. Tu desprestigio alejará hasta los parásitos que nos chupan.

Insisto:

- ¿Qué dijiste de mi padre? ¿de las posturas de mi madre?
- Ya lo vas a ver, ya vas a ver la escena completa. Estás en la pira, en la pirámide destruida.

Se levanta una sesión: La Rucia se yergue y cómplice empieza a dar instrucciones:

me marginan en el vértice.

Las mujeres me tapan el trabajo que la Rucia compone, impone en su venganza.

Entra Juan y ya no hay sorpresa: Ninguna se incomoda. Nadie obedece.

Decaigo

Temerosa de la Rucia que conoce hasta el palmo todas las historias, los sucesos, los privados acontecimientos.

Sí, temo de ella cuando al acecho empujó su ojo al dintel de mi casa, de mi cama, de mi triangular acontecer.

Coya, yo, perdida en el ancestro, en el siniestro cargo y nobleza Coa.

La Rucia elabora artesanal, pacientemente mi historia.

1. Lee (la madre)

Describe a mi ma ma madre

(la veo a su través).

— Vaso de vino, dice, la boca tinta y Coya boca negra frotada. Rubiecita de arriba, pelitos negros y agarrotados abajo.

(Dice, desprestigia, devela).

Insiste:

— pelitos negros, abajo.

Me mira fijo en su primera ensañada.

Yo suplo con una sonrisa de menosprecio y doy a ella la señal de seguir. Juan se pone al lado mío y hace ademán de sostenerme.

Yo me retiro.

Las mujeres se ríen (corean).

— Mujer tramposa de arriba, ser verídico de abajo.

— Habanera, dicen, copetinera.

Yo me apoyo en mi lastre contra la pared la inclemencia dejada caer sobre mi madre.

Prosigue sus infidencias habla:

habla del gusto de ella por los esclavos,
por los zarcos en su afán de tocar el cielo, de tener el cielo en suspenso.

habla de ella y yo, de nosotras. De la lengua confinada sobre mi carne y refinada encima mío, mi ma ma madre.

Madre mía separada, descolgada de la actividad y muchacha loca tras los soldados el ojo y tras mi padre su celo.

2. Integra a mi padre

La Rucia se tuerce los dedos.

(Está nerviosa, ansiosa, perversa).

Atenta, me adelanto un paso a primera fila: mi madre es perseguida por él, camastro abajo se pelan.

Ella lo sorbe, lo absorbe, lo vacía.

— El se la lleva de lado.

— De espaldas, corrijo.

— De lado insiste.

— Yo estaba ahí, yo permanecía.

— Coya, tú no eras.

Las mujeres me reprueban. Juan me aprieta el brazo.

LA RUCIA SE TRANSFORMA

Copia la posición:

Habla como mi padre y la acaricia: se desnudan: se acoplan: acaban.

Acaba también mi madre se preña.

Sudando ambos de sí, se tiende en el suelo, pero apenas un instante,

porque el padre la tuerce aferrándola de la cadera insaciable y ella dice que no, que le duele otra vez e instantánea. El habla, sí, del goce y enarbola, sube el tono y descarnado arriba y abajo su instrumento esquivo, de costado, de animales y yo sufriendo el movimiento y brutal incidente.

No acaba. No termina.

Ninguno puede y el sudor de la Rucia es variable desde el estómago a los hombros y los pelos empapados, sus dientes apretados. Ella ahora, mi madrecita está con ganas, la malvada cuando yo.

Está con ganas y se fuerza y lo distancia para darle calidez, para otorgarle altivez.

Arido sufre el esfuerzo. El encuentro de goce pasa a guerra:

- No puedes, le dice.
- Aguántate, le contesta.
- No sirves.

La sirve, la lame, la contenta a medias y con pena se mira tan bajo, tan decaído mi pa, mi pa pa papá.

Yo sí me río, me calmo, me dejan quieta cuando todo eso va por fuera.

Pero ella no.

(nunca se detuvo en sus exigencias).

Pero ella no le da paz en disturbio declarado.

La Rucia abierta en cruz espera, supera todos los pudores y espera. El la mira en abismo y su cabeza se hunde examinándola. En esa imagen se desata su promiscuo acontecer hacia adentro, más adentro que nunca. El me toca inicial a mí, a su sucesora. La toca sin miramientos, sin saber, sin pensar en un acto tan implacable para mí.

La Rucia se mece rítmica y calzada, acoplada busca el acabo. Algo interrumpe:

— No puedo, dice la madre.

Y él estupor.

— ¿Por qué no puedes?

Ella enrabiada.

Ella dudosa.

— ¿Me quieres?

— Sí, sí.

— ¿Me querís? ¿Me querís?

— Sí, sí.

No quiero, no puedo escuchar aquellas palabras y me doblo contra la pared estrujada, rota, indefensa.

Juan me levanta, me afirma para escuchar:

— Oye esto bien clarito, me dice.

Y el amor que se tenían me remece otra vez, tirándome al suelo la guardia: mi cara imperfecta, mis rasgos oscuros, mis crenchas.

Por el amor que se tenía retumban las palabras de la Rucia y sus respuestas: el abandono a mí, que me empujaban atrás de todo procedimiento y decoro.

Sí, me repite en eco a mí, que me abro tímida y gustosa, para recibir un granito, un poquito de su afecto y me abro adentro de ella dual y le digo inaudible: sí, sí y él sigue topándome y malformando mi cuerpo que yace envuelto en la carne de ella y agua.

La bilateralidad lo confunde, lo retarda y mi voz, más la de ella:

— Sí,
sigue, sigue.

La Rucia se transforma otra vez triangular pira pirámide toda.

Estamos los tres en su mole, en su base de la obra construida y esclava.

Lúdica, lúcida juega.

Por la arista que me corresponde hiere y sangro.

Sangro como una santa la herida de mi muñeca rota y fracturada por el guardia, por la vileza paterna y la obsecuencia materna.

Juan escarba la rotura mía y me doblega.

De escuchar las palabras todo se me agolpa en la memoria:

— Rua, le digo, para.

Detente por caridad, pienso.

— Ru, Rua, Rucia, grito.

En seguida vértigo.

NADA LA DETENDRA AHORA

Aparece ella ahora como travestida, convertida en madre general. Hasta Juan reclina la cabeza y las mujeres acatan sin límite.

Se prepara para mí un nuevo interrogatorio. La Rucia forma a las mujeres en escuadras de madres 1, 2, 3, 4, 5, 6. (Flora se hace cargo del último grado).

Empiezan

—se acomodan, piensan, sonríen—
—urden, traman, se devanan la testa—

Madre General

Coya

— ¿Ama?
— ¿En qué estilo?
— ¿Desde cuándo?
— ¿Quiénes intervienen?
— ¿Y tú?
— ¿Mirando?
— ¿Origen?
— ¿Nobleza quechua?
— ¿Decadencia?
— ¿Urbana?
— Explica:

— Hampa.
— De lo mejor.
— De procreación.
— Madre, padre, ambos.
— Disfrutando.
— Viendo el espectáculo.
— Nobleza quechua.
— Decadencia aimará.
— Caída urbana.
— De Coya a Coa.

VENCEDORES Y VENCIDOS

han parido, han parido hasta el cansancio, hasta llegar a la perversión incestual como enamoradas, como engañadas, como enardecidas.

Han emigrado:

Portando, llevando en las espaldas los vástagos. Han cruzado pantanos, altiplanos, cumbres moderadas huyendo de la invasión y acurrucadas sobre los arenales con las piernas abiertas y la sangre: el niño, la niña bañada con agua fría en el río al alba.

Solas, solas, solitarias reclutadas al rifle, al caballo en ancas, el inca, el cacique que las perturbó.

Reductas al fin pariendo y mezclando la sangre con blancura, cayendo siempre en la huida, al servicio necesario y civil: han opuesto a ustedes extranjeras arrogantes, insinuantes y banales.

Han deslumbrado la zarquedad.

Han deslumbrado la zarquedad de punta al ojito negro y baqueano, renegando de la oscuridad, de la continentalidad orgullosa, abriendo todo el espacio al lejano crespo rubiecito, tan bonito y cautivante. Tan traicionero.

Tupidas, enrarecidas, habrán huido de nuevo de la reducción, acomodándose en el barrio la herida.

El tajo del barrio y el surco que ustedes aran piernas abiertas y luto de la viudez repentina.

De la nobleza perdida llegan al delito incipiente, paren:

monreros
cogoterros
lanzas y escaperos.

Yo, yo mí, mí misma caí, tropecé varias veces. Me turbo y linchaco añoro el instante lúcido y perdido de la boleadora y los juegos de guerra.

Electa en el erial, adquiriré compromiso después de la inmensa burla de mi ma ma mam mamá, cuando ya la pirámide, cuando emerjo de vencida en vencedora, presa y desalojada del bar, de mi único barrio.

Victimada en el soplo: viuda de mi padre, viuda de mi madre, enlutada, me recojo hasta mi propia fundación, anterior al bar, ensañada en la selva oscura de mi madre.

Los busco por hastío y por hábito en mi pantano, en mi altiplano. Tengo:

Tengo un monte, un Judas, una tradición religiosa y conversa. Tengo además ánimas que me penan y destruyen mi ánimo cotidiano.

¿Qué más quieren de mí?

No duermo, pienso. Los busco, insisto, desde el instante en que mi madre permitió la inclusión de mi padre y placer tuve que fue mucho e incontrolable.

Nadie más. Nunca como ellos conjuntos para mí.

Para mí que resta poco. Mi insurrección es total. Quiero mi casa, mi cama y yacer autóctona con otro nombre y rango.

Cedo mi cargo.

Ya no Coya incesto e hibridez.

Renazco Coa y mi maldad me subyuga.

La Rucia conversa en madre general acusa el golpe. Se cubre la cara, me dice:

— Tú Coya, reina y mía. Tú Coa también. Basta de lucha fratri-cida.

Juan abandona el recinto. Las llaves chocan entre sí cuando detrás de la puerta da la vuelta final y encierro.

(yo escribo sobre la pared).

PAZ Y PLENITUD SOBRE EL ANTRO CHILENO

- Te libraste, supiste hacerlo a tu medida, impresionaste hasta a la Rucia que es muy dura.
- Fue algo sincero. Era la única alternativa para nosotras.
- Para ti querrás decir.
- Yo soy todas ustedes.
- Mentira, yo soy yo, no más.
- Sin mí, hace rato que estarían perdidas.
- Es por ti que nos pasa esto.
- Mujer, estábamos todas en lo mismo.
- Porque tú nos incitaste. Nos metiste para proteger la imagen, los negocios de tu padre.
- Era cosa del barrio y del ambiente que nos regía, del acoso en que nos tenían.
- Insististe mucho, Coya, nos tiraste con todo por delante y sabías que no había ni una sola posibilidad.
- No, Berta, sabes que hubo un soplo.
- Ya es hora que aclaremos eso. Desesperaste al hombre hasta el punto que se pasó al otro lado. Le dijiste cosas. Escuché lo que le dijiste, cómo lo fuiste alterando, esperanzando y retrayendo en los momentos decisivos.
- Estás despechada, hablas por el resentimiento. Tú lo dijiste, empezamos a aclarar todo este asunto: la que le metiste cuentos en la cabeza fuiste tú y no dejaste cosa sin acudir cuando me declaraste la guerra. Llegaste hasta la calumnia, Berta, fuiste tú y no yo quien lo empujaste. Eso lo saben las otras.
- Lo único que hice fue consolarlo. Abrirle mi casa y consolarlo cuando llegaba conmovido por tus desaires y por la mala fama que le infundías.

- Yo sé que tu caridad duraba toda la noche, que te pasabas la noche entera consolándolo.
- Si él llegaba, no podía dejarlo afuera. Yo no soy como tú que lo tirabas a la calle sin contemplaciones.
- En mi casa no podía avanzar, sabes como eran ellos de delicados, cómo me cuidaban.
- Mira Coya, no inventes, en tu casa no penaban ni las ánimas.
- No voy a hablar contigo de mis cosas, no tengo por qué darte explicaciones. Yo a él nunca le hice ofrecimientos. Nada de mi conducta justifica el extremado compromiso que tomó. Cuando alguien hace lo que él, es que estaba metido en su carácter, que su propio temperamento lo arrastró.
- A Juan yo lo conozco desde siempre y lo estaban preparando para líder. Era el único que tenía la posibilidad de sacarnos, de conducirnos de nuevo al sendero abierto. Eso fue todo. Rechazaste su liderazgo, lo impulsaste hasta el límite. Querías comandar la operación, quedarte con todos los méritos.
- ¿Yo, Berta? Estás errada. No quería arrebatarle nada y en cuanto a líder no tenía ni la pasta ni la energía. El único dirigente válido, preciso era mi padre. A él, Juan quiso hacerle traición, para que te des cuenta fue el primero que entregó, la víctima más conocida antes de la insurrección.
- Tu papá no era un líder. Era comerciante, traficante. Un puro organismo de fachada, pero para él solo, para su servicio.
- Mi papá era líder, también se educó para eso.
- No Coya, era prácticamente iletrado, descolgado de todo el barrio y personal.
- ¿Qué te pasaba a ti con mi papá?
- Coya, eres muy ingenua. No me pasaba nada, absolutamente nada, ni a tu mamá tampoco, ni a tus amigas. Sólo tú lo mirabas como a las cumbres, como al diluido universo.

- No sigas incitando a la revuelta, Coya. La situación aquí es seria y me estás comprometiendo.
- No mientas, eras el más interesado. Te brillaban los ojitos.
- Despertaste mi interés. Pero primero está mi cargo, mis responsabilidades y el peligro de mi destitución.
- Renuncia, pues, déjale sitio a otro traidor.
- Eso te gustaría, pero aquí nos vamos a consumir los dos.
- Tú te vas a consumir solito. Ya viste, sigo al mando.
- Es una estupidez tuya. Te apoyas en un grupo menor, en madres quejasas, te saltas la otra jerarquía.
- ¿Tu madrecita?
- Si ella estuviera en ese arreglo, te mata con sus propias manos. Pero no saquemos la parentela. No los nombremos.
- Es que no te conviene.
- No es eso Coya. No entiendes, no has entendido nunca.
- Nada hay en ti que pueda afectarme.
- Algo me queda: he tenido noticias de tu madre. Se apresta una visita y yo en persona la voy a autorizar.
- ¿La vas a ingresar dices?
- Sí, Coya, va a ser ingresada y recluida.
- ¿Recluida?
- Completamente recluida.

- Fue tan bonito, Coya. Hablaste muy bien. A la Rucia le salió igualito a tu papá, idéntica a los modales de tu madre ¿me viste en la fila de atrás? ¿me viste Coya? Me quedé quieta, bien derecha en la formación que me pidieron.
- Estuviste excelente. Ahora ándate a tu cama que quiero pensar.
- ¿No vas a juntarte con Juan esta noche? Seguro que viene a buscarte, cuéntale todo lo que me gustó, claro que estuvo feo que se fuera antes que rayaras el muro con la consigna que inventaste.
- Juan no va a venir. No va a venir nunca más.
- Ay Coya, no puedes enemistarte con él ahora que las cosas se han puesto mejores, ¿te acuerdas cómo lo pasábamos antes? imagínate si nos llega a tocar otro.
- Bueno, entonces que siga aquí.
- ¿Y por qué estás tan decaída? parece que ni me escuchas.
- Lo que pasa es que quiero que me dejes sola, que no me preguntes ni me hagas encargos. Todas ustedes me tienen cansada, me echan encima todos sus problemas.
- Lo único que se te pide es que consigas un poco de alivio, porque tienes el poder con el hombre es que te pedimos los favores. Otro asunto sería si no tuvieras esa facultad, ya verías el juicio que te haríamos. He oído a las mujeres hablar de eso y es algo terrible.
- ¿Me harías un juicio, Flora?
- Yo no, las otras te lo harían.
- Acabas de decir que me lo harían y te incluiste.
- Tú sabes que jamás sería capaz de una cosa así.
- Capaz que se avecine, capaz que me enjuicien y ahí sí que vas a estar en primera fila. Te veo clarito.

- Eso es pura desconfianza, además, ¿por qué dices que se viene un juicio en contra tuya?
- Es un presentimiento. Algo presiento de Juan.
- Juan lo único que hace es buscarte y tú deberías ser más amable y perdonar para atrás.
- Yo no estoy para perdones. El odio que le tengo se va a convertir en delito mayor y con saña inaudita.
- ¿De qué estás hablando ahora?, parece que la Rucia te dejó la cabeza mala.
- Claro que ya tengo la cabeza mala y ustedes me la empujan. Son ustedes las que me la llevan cuesta abajo.

- Rucia, dice Juan que va a traer a mi mamá aquí.
- Es mentira Coya. Ya te dijeron clarito lo que pasó con ella. Tú misma viste los informes, las fotos, todo.
- Pudo haber sido un engaño.
- No hay engaño. Yo también hice averiguaciones y todo coincidía.
- ¿Por qué me iba a hacer esa amenaza?
- Quería hacerte pasar la noche en vela. Eso es lo que quería.

Golpeo la puerta. Exijo la salida y grito. Digo que necesito al guardián. A Juan.

Las mujeres tratan de hacerme callar por el sueño, por celos Berta, por susto Flora y el insomnio.

No me intimidan y sigo, proyecto el grito hasta el traspaso y paso la barrera: Aparece, aparece otra vez con los ojos enrojecidos, la sorpresa en su cara morena, sí, torvo como siempre, siervo de mí.

- Vamos, me dice.
- No, le contesto, aquí si te atreves.
- ¿Otro espectáculo?, me interroga.
- Uno bien lindo y completo para estas mujeres.
- Quédate tranquila. Nadie más va a ser ingresada. Este grupo ya está cerrado.
- Llenémoslo un poco más, contigo y conmigo.
- Me voy a dormir, Coya, no quiero ni un chillido más.
- Claro que sí. Duerme bien tranquilo, que es lo único que sabes, lo único que puedes hacer.

Abandona, cierra la puerta y sus pasos se pierden.

Mañana, en la otra noche continuará su acecho.

- Qué impudicia más grande, Coya. Mira que venir a ofrecerle trato encima de nosotras. No tienes respeto y más encima nos dejas intranquilas. Esta noche Berta se va a ir sin cerrar un ojo.
- Lo que puede importarme a mí si alguien duerme o no. Pero él tampoco. Ese sí que se va a ir de revolcón en la cama y solito. Lo más tremendo es revolcarse solo en la cama y la manta.

Es de noche:

Han tomado obedientes las pastillas, las píldoras que las van a adormilar.

(yo estoy cansada, hastiada, abúlica)

Por molestar emito ruidos, gemidos, me finjo enferma. Me retuerzo víctima de dolores varios e imprecisos. No acude. Flora no acude a mi servicio ni nadie.

Berta es la primera que cede.

— ¿Quieres a Juan?, me pregunta.

— Te quiero a ti, ya me da lo mismo.

— Nada de eso conmigo. Habla con Flora para esos asuntos.

Me río y ya no puedo parar, mientras ellas reprueban con los ojos abiertos y el descontento las inunda.

Ensayo los tonos y se apodera de mí la primera histeria, el terror de haberme quedado sola enclaustrada sin avanzar, sin lograr el más mínimo perfeccionamiento. Sin instrucción. Apoderada por la histeria me desbando.

Demando inédita mi libertad. Exijo el poder para deambular por el barrio tocando, comiendo la tierra.

Invoco mi libertaria costumbre y el estatuto: salir, salir hacia afuera para ver otras caras morenas y tan bellas que recuerdo en el ataque.

Nada controlo en absoluto.

Estoy agarrotada, doblada en la cama y quiero volver a recobrar la compostura.

Las insulto con apodo animal diciendo “perras rastreras” y ellas nada.

Nadie contesta.

El entra otra vez y lo veo muchacho como antes del soplo. Me lastima su visión.

Lo llamo.

Sus ojos se iluminan brillando. Se acerca y me toma conmovido:

— Ven, ven, le digo, a hacer algo juntos al erial.

— ¿En serio, Coya? ¿en el erial el lujo?

— Lujo y despilfarro, le incito.

— ¿En el erial?, me insiste.

— En medio de la hierba, al revés de los cañamazos.

— Yo encima:

Yo encima de la cama y tullida lo empiezo a recomponer y la voz se me tuerce.

— a, a, aparta Ju Juan l'arva y pájaro d'estío de hastío.

(me sorprende este lenguaje)

Sigo.

— cáliz en frente ma ma mala muerte y entraña pecado en la tierra que ya mujo, pujo d'esta tierra ya nacional y anal la cobertura l'altura del monte y la fluidez de la ladera.

Mi anca no resiste. Necesita jinete.

Galopo en las praderas y en las callejas del barrio.

Mi grito interrumpe la cabalgata: me digo:

— Coya, Joya.

— Coa ya co comienzo.

Acabo.

A, a, acaba, acecha lo extraño, lo nefasto.

Ya no brillan sus ojos, ya no relumbre: Está parado al frente con el sueño interrumpido por segunda vez en el mismo transcurso y furia.

Me dice:

— Te vas al castigo.

Y me saca a empujones.

Enlazo al segundo corredor donde ya antaño nos encerramos. El piso

mojado que mis pulmones resienten el frío, la tos que me conturba. Juan en la esquina, tiene los pies empapados y descalzo me mira y allí en medio de la helada me lanza, me inculpa, manifiesta su rencor.

JUAN

(Habla, Parliamenta, Sufre)

“Eres mi madre, mi padre, mi familia.

Eres todo lo que tengo.

Exclusiva en mí, traicionando por el desconocimiento y el error confuso que hiciste con parientes, con corrientes seres que te engendraron. Eres Coa mi memoria. Coya raza. No te amo, eres el descampado que me rige y la memoria de mi origen.

Esa es la forma de mi búsqueda incipiente, constante, enferma.

Aquí liberada en el rapto te poseo íntegra en mi particular nacionalidad: mi necesaria traición para evitar la matanza. Todo mi humanismo como dote a ti, cuando te protejo del afuera que está corrupto y agarrotado.

Hablas.

Has hablado de soldados y de defensa. Antes, anteriormente tú venerabas el linchaco. Débil e inconsistente se presentaba y yo sabía, que el linchaco en tu mano era la muerte, es decir, Coa, la mía.

Hablas.

Has hablado de soplo. Yo remito mi proceder y cambio esa palabra proscrita por trato: un trato cometido con tu madre, con su materna postura en contra de tu padre.

Todo por salvarte y perderte en mí que soy, que fui, que seré tu contramemoria y el viso de realidad que te afirma.

Tú que eres todas las cosas, toda mi familia y la humillación, mantienes viva mi lucidez y en cuanto viva seremos los sobrevivientes, los tejedores que más, mucho más adelante se van a destacar, saliendo de la oscuridad, del frío miserable que nos invade.

Mis pies resisten mejor que tú el frío.

Mi mirada traspasa tus ojos.

Mis dientes se afilan por mascar tu carne.

Mi alma se evapora tras tu vello.

Mis dedos endurecidos por las flexiones ni te tocan”.

Lo miro asombrada. Pienso que ha dado con el término exacto. La peligrosidad se yergue: El ha sido, va a seguir siendo mi contramemoria.

La rabia me impulsa a revolcarme sobre el agua del piso y me empapo.

Tan mojada, traspasada de agua, retorno a la androginia. Retorno, digo, en la carencia y el exceso, habitada de muchachos expertos, de mujeres insurrectas y me deshago. Pierdo pubis y carne, pierdo mis bienes corporales.

Así, ensayo posición y respuesta.

COYA-COA

(despejada, despojada, ardiente)

Memoria

Hay una hazaña que no puedes ni podrás con nada desmentir.

Hay una épica.

Surgida de la opresión y destello del linchaco.

Yo para ti madre y padre en cuanto insurgente y diestra, en tanto reina y el poder de resistencia a tu vacío.

Olvidé.

Olvidé aquello a lo cual te aferras y tras lo cual te prevaleces: Olvidé tu cuerpo.

Olvidé tu cuerpo porque fue mínimo e insuficiente al boche, al barullo del afuera que me deslumbró.

De espaldas en la cama, en mi mama, en mi leche me querías: Yo erecta, erguida y doble soy: punzando y recibiendo, mojando y mojada, desmaterna y despaterna, desprendida ya.

Olvidé el ritmo que tenías, los bruscos movimientos que me dabas: la saliva, la lengua, el mordisco, tu cabeza hundida en mí, buscando a tu padre, a tu madre, a ti.

Olvidé mi ansia y la necesidad de las tocaciones.

Olvido aquello a lo que te aferras para contenerme.

Pierdes, pierdes, vas a perder la empresa

He sabido que además de noble ascenderé a comandante civil como Coa y así ya no podrás retenerme como lo has hecho en este tiempo indescriptible, increíble para nosotras.

Me has encerrado con mi corte desterrando.

Reduciéndome a las mujeres, privando mi horizonte para llegar tú y ocupar el lugar de los muchachos movedizos.

Erraste.

Erraste porque mi corte ha tomado todos los roles y jugar.

Yazgo, estoy privada pero no ajena.

He ingeniado un sistema para conectarme con él afuera del barrio: sé del levantamiento ocasional, de los desalojos constantes, de las víctimas y del seguimiento a la preñez primeriza.

Cunde, corre la yerba afuera, aspiran bencina muchachas y muchachos, vagando avizores por el barrio, ocupando las esquinas y planeando por sobre guardias, provocando el terror en los banqueros, extranjeros y zarcos.

Cuando ascienda en Coa, saldré a la última arremetida y al clandestino mando: ajada, avejentada como me sacas en cara, sin verme.

Entregarás tu brazalete y me seguirás por las calles como un desamparado y yo tendré que protegerte del compacto juicio que te vendrá.

Voy a protegerte para que me expliques, suplicando el perdón para el fenecimiento de mi padre y el sople enclavado.

Vagarás por las calles, llorando.

He concluido.

Juan me mira asombrado, entendiendo que ya sé que se anuncia una amnistía.

Me veo en la calle con mis amigas, veo también su descuelgue y la

respiración agitada de nosotras.

— Amnistía, dice.

Seré de vencida en vencedora especie.

PASE ESA NOCHE

La pasamos encerrados como penitentes en el escaso cuarto. Después todo fue más simple cuando él me tomó, hacia el amanecer creo, contra la pared húmeda y yo misma le di una segunda vuelta hincada sobre el piso al amanecer indudable.

Me tomó como mi madre, si lo fuera, cautamente y con liviandad.

Fue la fiesta final y la negatividad del gusto reinando sobre mí.

Al volver a la pieza, les dije:

— Mujeres, nos vamos, tenemos amnistía.

— No quiero, decían.

— No sé, repetían.

— Es una trampa a la muerte.

— Es una pena.

— Estoy lista, dijo la Rucia.

Y su cara era de lo mejor, el mejor rostro que yo había visto por esos lugares.

Las vi erguirse, gastadas en sus contexturas. Entendí que nuestros cargos iban a lo superior: estériles y cortadas, eriales todas.

Salimos al atardecer, ateridas, aterradas:

Me sentí rodeada de un ejército de madres, caminando por calles extrañas. Somos veinte, pensé, veinte rangos en disputa por la carga que ganamos, por esa obstinada resistencia que tuvimos. Somos madre general y madres 1, 2, 3, 4, 5, 6, al destrone de las viejas y el nuevo símbolo de la parición invertida: la defensa.

Multiplicadas en veinte coas de raza coya y yo Coya en el incesto total de la patria.

Libertas hablamos

1. La Rucia:

Pichicata y yerba para el picunicú.

Desorden al picunicú.

Muerte al picunicú.

Al cachaco, al agente, al botón menor, colimacho, a todos.

2. Berta:

La biaba cayó sobre mi birlita adolorida, calada en la caleta por el cambia que canuló su vida.

Mancó la vigilancia y yo fui su moi, su moi, su muelera la muca.

3. Flora:

Era un calila y no merecía el cobral. Este es el choe y nos sin chipe pasamos, todas las mujeres sin chipe clavetuneras. Aregui mando y no vamos a desteñir: andamos palomas pero no víctimas, sólo palomas en chuqui.

Se apresta el infante:

Se levanta el coa, el lunfardo, el giria, el pachuco, el caló, caliche, slang, calao, replana. El argot se dispara y yo.

El fuego, el fuego, el fuego y la épica.

Volví a sentir: volví a sentir sobre el erial,
superpuesta a mi niñez.

Todas soltamos el cuerpo y las manos
móviles y diestras.

Vimos el continente y fuimos otra vez
combatientes y hermanas, humanas casi.

Hablé extenso, feliz, prudente y generosa:

— Se abre el bar, mujeres. Lo abrimos, lo
administramos con jerarquía.

Y la sed se apoderó de ellas.

INDICE

I.	LA LUZ, LA LUZ, LA LUZ, LA LUZ DEL DIA	5
1.	Se ríen	7
2.	No te mueras	35
3.	Estacas en las esquinas alambradas	69
4.	El cerco, el delirio, el cerco	73
5.	Testimonios, parlamentos, documentos, manifiestos. . . .	111
II.	SE FUNDE, SE OPACA, SE YERGUE LA EPICA.	153
1.	Ella siempre tiró pa'reina	155
2.	Acerca de vencedores y vencidos	203
3.	Vagarás por las calles, llorando.	241

2 LA LUZ, LA LUNA, LA VEZ DEL DIA
7
32
60
73
111
123
125
203
241

BIBLIOTECA NACIONAL
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y PROCESOS DE CHILE
DL 22 ENE. 1987
Ca ☐ D ☐
Co ☐
SECC. CHILENA
Alfabeta Impresores

TITULOS PUBLICADOS

EL DIARIO BRUJO

Sergio Marras

LOS LUGARES HABIDOS

Antonio Gil

LUMPERICA

Diamela Eltit

América Latina:

LOS DESAFIOS

DEL TIEMPO FECUNDO

Sergio Spoerer

MACIAS

Sergio Marras

DORANDO LA PILDORA

Ariel Dorfman

OBECEDARIO

Juan Forch

CANCHA RAYADA

Antonio Gil

LA FUERZA DEMOCRATICA

DE LA IDEA SOCIALISTA

Jorge Arrate

LAS RELACIONES EXTERIORES
DEL GOBIERNO MILITAR CHILENO

Heraldo Muñoz

SILENDRA

Elizabeth Subercaseaux

SUEÑOS EROTICOS

AMORES IMPOSIBLES

Marco Antonio de la Parra

LLAVE DE PASO

Rodrigo Baño

EL CANSADOR

INTRABAJABLE (II)

Claudio Bertoni

ESTRATEGOCRACIA

El gobierno de los generales

Jorge Tapia

LA CAIDA DE ALLENDE
Y LA HUELGA DE EL TENIENTE

Sergio Bitar/Crisóstomo Pizarro

POR LA PATRIA

Diamela Eltit

POR LA PATRIA rescata las zonas desplazadas del ser latinoamericano y configura el perfil de una época acosada por el signo violento de lo marginal.

Coya, personaje reducto de una historia mestiza y convulsa, se convierte en el centro de una memoria que apunta a los nudos familiares, mediante sucesivas visiones de un ser victimado por el poder.

Coya, deviene en Coa en una aguda polifonía donde el relato emerge como la gran ópera del lenguaje patrio.

